



Bela Marbel

Mi Yo
contigo



Lectulandia

Stuart K. Lyon es implacable, grosero, frío, ambicioso y justo. Cuando el amor le da de lleno, siente el golpe como un ataque, y como el fiscal acostumbrado a pelear que es, lo combate con todas sus armas. ¿Amor? Eso no le va a pasar a él.

Lucy Toyer ha sentido miedo durante mucho tiempo, pero cuando ese pesar se convierte en rabia, lo descarga sin piedad sobre la persona que mejor aguantará sus golpes. ¿Amor? Eso no le va a pasar a ella.

Leo hubiera querido poder sacárselo del corazón y de la cabeza, en realidad tendría que quitárselo de todo el cuerpo, porque no podía engañarse, lo llevaba dentro. Pero no esperaba volver a verlo, ya no. Después de lo que pasó en ese bar, esa última noche antes de que él... antes del final.

Lester se plantó delante de esa puerta aun sabiendo que no debería, que iba a pasar aquello que no debía pasar. Sabiendo que la recaída iba a ser la peor de su vida. Pero allí estaba y en ese momento, iba a aprovecharlo.

Dos historias de amor, cuatro personas que se cruzan en el peor momento de sus vidas. La verdad que se desdibuja hasta que los débiles se convierten en los fuertes.

Bela Marbel

Mi yo contigo

Segundas oportunidades - 5

ePub r1.0

Titivillus 03.05.2022

Título original: *Mi yo contigo*
Bela Marbel, 2020

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

EP L ESTÁ
EN SU



9^o



ANIVERSARIO



M·@&Á#S LI/&BR"!!OS, M\$##ÁS LI%))BRª°?ES

*A Cheny Ace, porque veintisiete
años a tu lado son pocos.*

Lo peor que hacen los malos
es obligarnos a dudar de los buenos

Jacinto Benavente

Prólogo

Demonios

LUCY

Lo peor eran las pesadillas. Cuando me despertaba sentía que me ahogaba, no podía respirar, pasaban eternos los segundos hasta que era consciente de que los demonios que poblaban mi cabeza no eran reales; lo habían sido, aunque ya no, tenía que dejarlos marchar, pero cómo.

Aun así, esos momentos de estar entre dos mundos eran preferibles al sueño. La incertidumbre de no saber si esa noche sería una de ellas, de las elegidas para desgarrarme el alma, hacía que al ponerse el sol mi corazón comenzase a latir como loco. Me resultaba imposible controlar la respiración, sudores fríos se apoderaban de mi piel. Dejaba de escuchar, de sentir, de ser. Justo al atardecer, ese momento mágico y romántico para casi todos, para mí era una tortura tan inmensa como la propia pesadilla.

Esa tarde no era diferente. Veía esconderse el sol tras las montañas y me abrigué, recogí los pies por debajo de mi cuerpo y me hice una pequeña bola en el columpio del porche trasero.

Debería entrar, no tendría que estar ahí esperando el momento, pero la atracción era tan fuerte como un imán de esos que usan los físicos. Eso suponía yo.

Me mecí, empujé el columpio con la espalda y apoyé la punta del pie en el suelo de madera, intenté acompasar el ritmo de mi respiración al movimiento del asiento. Funcionó, por lo menos durante un par de minutos.

Cerré los ojos intentando centrarme en Survivor; mi yegua sí sabía cómo hacer que me sintiera a salvo.

En mi sueño corría encima de la yegua sin montura y en mi huida tiraba al suelo a mis demonios. La maldad en forma de hombre era derribada por una mujer; una mujer sin corazón, sin piedad, la mujer que quería ser. La mujer que iba a conseguir ser en cuanto todo terminara.

El ayudante del fiscal me recordaba una y otra vez todo lo que pasó aquella noche, sabía que debía hacerlo, sabía que era necesario, pero eso no lo hacía menos doloroso. Lo odiaba por ello, lo odiaba casi tanto como a los monstruos que me hirieron, que me vaciaron, dejándome expuesta, haciéndome sentir vulnerable. La carcasa de la chica que fui en otro momento.

En noches como aquella, en las que la tortura que me producía mi propia mente no parecía remitir, solo había una cosa que pudiera hacer.

Entré en la casa y, tras coger una manta y unas almohadas, me dirigí a las caballerizas, me acomodé en el suelo junto a mi querida yegua. Pude dormir.

* * *

STUART

No tenía ni idea de qué hacer con todo eso. Y no estaba pensando en la pila de documentos que se me amontonaban en la mesa.

El terror que veía en los ojos de Lucy cada vez que me miraba me dejaba indefenso, y eso era algo que no me podía permitir. El abogado de los niños era muy bueno, un cabrón hijo de puta, casi tan capullo como yo mismo. Si me veía titubear se agarraría a mi yugular y me la mordería sin piedad.

Y eso era algo que no le iba a permitir, aunque tuviera que pasar por encima de Lucy como una apisonadora. Así que tendría que tragarme la bilis amarga que se me formaba cada vez que la veía abrir los ojos tan desmesuradamente que parecía que se le iban a salir, buscando alguien en quien apoyarse. Cualquiera menos yo mismo. Sí, sabía que tenía cierto parecido físico con el cabecilla de los agresores, quería creer que a estas alturas ya se habría acostumbrado a estar en mi presencia, pero no era ese el caso.

Excepto la última vez; aquella tarde, en el rancho de Candy, me atacó. Me pasó cerca con el caballo hasta tirarme. Maldita loca. El traje había quedado inservible, y ¿qué había hecho yo?

Tan solo quería hablar con ella, vi cómo todos los demás pasaban a saludarla, incluso el tipo ese que parece un gigante y es rubio como el dios del

sol. Pero ella solo se ensañó conmigo. Y después su amiguito remató la faena tirándome contra la pared; una cosa estaba clara: no iba a darles la oportunidad de volver a atacarme.

Por eso en este momento estaba volviéndome loco buscando la mejor manera de afrontar la situación. Lo que iba a ordenarles, porque iba a ser una orden, no les iba a hacer ninguna gracia. Si tenía que enfrentarme al indio, lo haría. No en vano pasaba gran parte de mis horas libres trabajando los músculos en el gimnasio. De algo tenía que servirme el boxeo; si tenía que tumbarlo, lo haría.

¡Claro! Ahí estaba la solución, eso era lo que iba a hacer con ella. La risa inundó el despacho, me di cuenta.

Mi secretaria me mandó un mensaje por el chat que usábamos para trabajar.

RINA 12:50
¿Estás bien?

STUART 12:51
Perfectamente. ¿Me lo preguntas por algo en concreto?

RINA 12:51
Te he oído reír... y bueno, estás solo, así es que me preocupé.

STUART 12:55
Suelo hacerlo. A veces. Lo de reír. ¿Tanto te sorprende?

RINA 12:55
Eh... Tu visita está aquí.

STUART 12:57
Que pasen en... tres minutos, ni uno antes ni uno después.

* * *

LUCY Y STUART

Los vi entrar y me puse de pie, pero no me acerqué a ellos, me mantuve detrás de la mesa y desde ahí extendí la mano.

Primero me dirigí a Jeremy, que me saludó afablemente.

—¿Cómo vas, Stuart?

—Bien —le contesté—, he estado trabajando.

Dirigí la mirada y la mano hacia Byron, él me devolvió la mirada, pero las manos se las guardó en los bolsillos levantando ligeramente la barbilla. Qué

ganas tenía de rompérsela.

Entonces la miré a ella. Era muy hermosa, la tez dorada, los ojos prácticamente negros y tan expresivos que parecía que hablasen, te contaban todo lo que ella no decía. Todos me consideraban un tipo muy intuitivo, y lo era, por eso no hice el esfuerzo de ofrecerle la mano también a ella, ya que Lucy las ocultaba detrás de la espalda. Podía adivinar que se las estaba retorciendo.

—Sentaos, por favor.

Yo también lo hice, y porque necesitaba infundirme algo de calma antes de la gran revelación, me puse a mover papeles como si estuviera buscando algo en ellos.

—¿Tenemos fecha de juicio? No he tenido notificación.

Jeremy. El cabrón se sabía todos los trucos, no en vano era uno de los mejores, le había costado volver al que realmente era su oficio, y yo no estaba muy conforme con eso, porque, aunque ahora trabajábamos por una misma causa, en el futuro seguro que nos enfrentaríamos, y eso no sería agradable para ninguno de los dos.

Dejé los documentos como si nunca me hubiera puesto a mirarlos.

—Está bien, pongamos las cartas boca arriba. Tenemos un grave problema. Ya lo anticipé hace algún tiempo y tú —dije señalando a Jeremy— estuviste de acuerdo.

—No des más rodeos —me contestó.

—Hemos conseguido que... —hice un silencio mirándola a ella— Lucy confíe en ti, pero sigue sin ver que yo estoy de su lado.

—¿Por qué será? —comentó Byron, que se mantenía cerca de la puerta, apoyado en la pared sin sentarse.

—Lucy —me dirigí a ella, obviando a su amigo.

—Yo...

Vi cómo seguía retorciéndose las manos, esta vez apoyadas sobre el regazo.

—Tú... —insistí yo— eres la única que tiene la respuesta, y la única que puede solucionar este embrollo.

—No hace falta que os hagáis amigos, límitate a hacer tu trabajo —me atacó Byron.

—Para hacer mi trabajo —recalqué— tenemos que entendernos, y tiene que ser capaz de estar a menos de un metro de mí sin desmayarse.

—Stuart —llamó mi atención Jeremy—, no levantes la voz.

—La levanto, claro que la levanto, y si quiero gritar ¡grito! —exclamé elevando el tono y alzándome yo de la silla al mismo tiempo—. Incluso puedo dar un golpe en la mesa —amenazó a la vez que lo hacía.

Vi como Byron se apartaba de la pared y se acercaba a Lucy, apoyando su mano en el hombro de la chica, estaba tan rígido que podría partirse si seguía aguantándose las ganas de darme un puñetazo, pero seguí. Al fin y al cabo, si lo hacía, yo disfrutaría también; esta vez, lo haría.

—Vamos a calmarnos todos —sugirió Jeremy con la voz serena del que no se altera por nada.

Volví a sentarme y continué mi razonamiento.

—Tú sabes cómo funciona esto, Jeremy. Es a ella a la que se va a poner en la piqueta.

»La defensa va a diseccionar cada uno de sus movimientos, de sus gestos. Van a investigar su pasado, su presente, insinuarán que se lo buscó, la insultarán, le gritarán, harán lo que haga falta para que pierda los nervios y, en ese momento, yo necesitaré que me mire y crea en mí.

»Y cuando yo lo pregunte si disfrutó con esos cerdos, querré que sepa que no la estoy juzgando, que lo que quiero es una respuesta que los hunda. —Me giré entonces hacia ella—. Y eso, no lo conseguiremos si no te acostumbras a mí, a mi presencia, a mi voz, a mi aspecto, en una palabra: necesito que confíes en mí.

—Cinco —contestó ella.

Todos la miramos confusos.

—¿Qué? —le pregunté yo.

—Ha dicho usted cinco palabras.

Sonreí, sí, tengo que reconocer que me dio esperanzas saber que tenía esos pequeños conatos de rebeldía, que le vendrían muy bien para pelear.

—Tienes razón. Puedes tutearme —le permití.

No me contestó, en cambio, se atrevió a fijar su negra mirada en mí durante tres segundos, ¡y qué tres segundos!

—La verdad es que tendremos que trabajar en ello. Stuart tiene razón, Lucy, necesitas confiar en él para poder acabar con esos malnacidos.

—¿Por qué tendrían que juzgarme a mí? Los acusados son ellos, yo no he hecho nada —se quejó ella, aunque con la voz apenas audible.

—Estaría bien que dijese eso y te lo creyeras.

Ahí estaba de nuevo esa mirada, casi letal.

—Yo no he hecho nada malo —repitió ella, esta vez en un tono más alto y contundente.

—Mucho mejor —la animé—. Ahora quiero hablar contigo. A solas. Dejados solos.

—¡No! —gritó ella tirando la silla al ponerse de pie para aferrarse al brazo de Byron.

—Quizá deberíamos empezar por algo menos amenazador —sugirió Jeremy.

—¿Amenazador? —inquirí yo.

—No es cómo es, sino cómo lo percibe Lucy, Stuart, tranquilízate.

Juraría que escuché a Byron gruñir.

—Está bien. ¿Qué propones? —le pregunté.

—Es hora de almorzar, bajemos. Vosotros os sentaréis en una mesa y Byron y yo en otra cercana, estaréis solos, pero...

—Lo pillo, me tendréis vigilado —le contesté de malhumor.

—Te repito que no es cómo...

—Deja ya las clases de psicología, Jeremy, lo próximo va a ser hacer terapia de pareja.

—¿Pareja? ¿Tú? No lo verán mis ojos.

—No lo harán, no. Está bien, vamos.

Me puse de pie y cogí mi chaqueta, me la ajusté y alisé; abrí el cajón, saqué mi cartera y la metí mi en el bolsillo interior. El traje se amoldaba a la perfección a mi cuerpo, entré en el baño un momento y me lavé las manos.

—¿Ya te has empolvado la nariz? —intentó insultarme Byron.

Lo ignoré.

—¿Sabes, pequeña? Lo que estoy haciendo por ti, no lo haría por nadie más —le dije a Lucy acercándome a ella, a pesar de la mirada de su amigo.

Cuando salimos Jeremy se dirigió a mí.

—No lo haces por ella, lo haces por ti. Si ganas el caso tienes todas las papeletas para dejar de ser ayudante.

—Sí, pero eso es mejor no decírselo a ella. Se trata de que confíe en mí, ¿recuerdas?

—Mentirle no es la mejor manera de conseguirlo.

—No es del todo mentira. Se parece más a la adulación.

—Si tú lo dices.

Veinte minutos después, ahí estábamos. Ella tenía delante un plato de ensalada de la casa y un té helado, y yo, un bistec sangrante con patatas fritas y un café cargado. Ella se retorció las manos apoyadas en el regazo nuevamente, la comida abandonada, desviando constantemente la mirada

hacia sus guardianes. Yo masticaba mi carne con entusiasmo hasta que decidí provocarla un poco. Pinché en su ensalada.

—No está mal. —Le acerqué un trozo de bistec a la boca—. ¿Quieres?

—Es asqueroso —me contestó.

Bien, por fin una reacción.

—¿El qué? ¿La carne o yo?

Por primera vez desde que la conocía vi asomarse a sus labios un amago de sonrisa, no llegaba a ser sonrisa completa, claro. Tan solo levantó un poco los labios hacia la derecha y algo brilló en su mirada, pero rápidamente apretó la boca y desvió su atención a la mesa segura, aquella en la que estaban sus amigos. Esa pequeña muestra de alegría duró un segundo, pero fue suficiente para que mi pecho se inundara de algo que no sabía muy bien qué era.

¿Podía escocer el corazón? ¿Y los pulmones? Porque parecía que me fueran a estallar, seguramente me había sentado mal la comida, tendría que ir al cardiólogo, después de todo en mi familia había antecedentes de infartos. Me froté la zona y aparté el plato.

—¿Sabes lo que te vendría bien? —continué. Ella no me contestó—. Deberías aprender a defenderte.

Vi cómo Lucy levantaba la mirada y la fijaba en mis ojos. Los suyos tan abiertos que le ocupaban gran parte de su exótico rostro. Vi algo nuevo: interés. ¡Por fin! Parece que había captado su atención. A pesar de que no me contestó.

—Eso de la terapia con los caballos y el psicólogo y toda esa mierda está bien, pero sería mucho mejor saber que si alguien vuelve a intentar hacerte daño, puedes zurrarle a base de bien.

Lucy seguía sin contestarme. Pero ya habían pasado casi dos minutos y no apartaba su mirada de mí. No había vuelto a buscar a sus cuidadores y había dejado de retorcerse las manos. En cambio, a mí se me estaba retorciendo el pecho. El nudo se apretaba, y no sabía qué coño era eso porque yo, nunca, jamás, me dejaba impresionar por los casos que llevaba.

—Si comes un poco, te contaré lo que he pensado —la incité.

Y ella pinchó un poco de ensalada y se la llevó a la boca.

* * *

LEO

No había sido la mejor de las noches, un tiroteo en el centro de la ciudad había colapsado las urgencias de los hospitales en muchos kilómetros a la redonda. Allí estaba yo, cogiendo mi mochila para volver a casa, una casa vacía, cuando me avisaron de que debía doblar turno. Los sanitarios tenemos esa especie de chip que nos mete en situaciones de emergencia y, de repente, todo desaparece alrededor, el cansancio se torna energía y el sueño se esconde agazapado a la espera de un mejor momento.

Esa noche, como tantas otras, los litros de café corrían por todas partes, el problema era cuando se calmaba la situación: la adrenalina bajaba, pero la cafeína seguía aún en el torrente sanguíneo.

Ahora estaba echado en mi cómoda cama; solo. El silencio me resultaba insoportable desde que Candy y Angel habían vivido conmigo; en esa época nunca había tranquilidad y me había acostumbrado, lo disfrutaba. Además ahora, mi mejor amigo Chack se había enamorado de la que era ya su familia, la increíble Bea y sus tres hijos; eran pura locura, una maravillosa locura, pero yo me sentía todavía más solo.

Me levanté, me puse un pantalón corto y conecté el televisor, el ruido de fondo me ayudaría; ojalá fuera un hombre de whiskys, pero no lo era, odiaba el alcohol, y ese pensamiento me llevó justo donde no quería ir: Lester.

La última vez que nos vimos fue terrible, nos dijimos cosas que nunca íbamos a poder borrar, y aun así, lo echaba de menos; sabía que no debía quererlo, Lester no era bueno para mí..., Dios, ni siquiera era bueno para sí mismo, lo sabía, pero eso no cambiaba nada, no cambiaba lo que sentía, no cambiaba las ansias de tenerlo, de estar con él, de amarlo, incluso de discutir y pelear.

Seguía sabiendo de él por Candy, era curioso porque nunca pronunciábamos su nombre, pero ella incluía un «él está bien» o «lo está consiguiendo». No es que yo preguntara, pero habíamos creado algo así como un código, yo me quedaba en silencio y Candy sabía que necesitaba escuchar algo acerca de Lester.

Después de lo que pasó con la familia de Candy y Lester, cuando las autoridades descubrieron lo que Jack —el padre de Candy— y Dustin —su capataz— estaban haciendo y la participación de Lester en todo ello, decidió ingresar en una clínica para desintoxicarse, en realidad no fue una elección, fue una condena, debía cumplirla en un centro de rehabilitación para alcohólicos o en la cárcel; gracias a que había colaborado con la justicia, el fiscal Stuart Lyon le había dado esa opción. En ese momento me sentí

aliviado, casi feliz por él y, a pesar de todo, sabía que entre nosotros nada cambiaría.

Seis meses, ese era el tiempo que tenía que estar ingresado, pero ya había pasado un año y seguía sin señales de él. Salvo las noticias que me aportaba mi amiga. El sueño continuaba esquivándome, pero me sentía terriblemente cansado, cambié la cama por el sofá, me dejé caer en él y tomé el mando a distancia de la televisión para entretenerme cambiando de canal. Apoyé la cabeza en el respaldo y me dejé llevar a la oscuridad que tanto necesitaba.

* * *

LESTER

Estaba nervioso, y esa descripción se quedaba muy corta, me temblaban las manos, hacía ya tiempo que no me pasaba eso; me limpié la humedad que las empañaba en las perneras del pantalón, me quité el sombrero vaquero que acostumbraba a vestir y me sequé el sudor de la frente con la manga de la camisa. Debía parecer fuerte y seguro de mí mismo, tenía que ser arrogante y gilipollas, como siempre había sido, no podía parecer que el alcohol o la falta de él me habían cambiado, y sin embargo, en este momento daría casi mi vida por una copa, casi, y esa era la palabra clave con la que hacía malabarismos para no recaer.

Se suponía que había dejado atrás un infierno, y puede que así fuera, pero los demonios no se habían ido, ellos seguían ahí, cada día, cada hora, cada segundo. La terapeuta me había dicho que necesitaba estabilidad, que no podía volver a los viejos hábitos autodestructivos, no debería volver a Leo... El bueno de Leo, la única persona, aparte de él mismo, con capacidad para destruirlo.

Una señora entró en el portal y aproveché para colarme, sería más fácil si lo veía ya arriba, si tocaba desde abajo era muy posible que no me dejara subir.

Me planté delante de la puerta y dejé pasar los minutos, no sabía cuántos, pero sabía que demasiados, no tenía los cojones necesarios para enfrentarme a él. Después de mi estancia en el infierno, de hacer frente a Dustin, de sacar a Candy a escondidas del rancho, y resulta que no era capaz de ponerme delante del hombre más bueno del mundo para pedir perdón.

Me daba golpecitos sin parar con el sombrero en una pierna. Era uno de los muchos tics que había adquirido durante el tratamiento, Cathy, mi

terapeuta del centro de desintoxicación, decía que era algo de sustitución o no sé qué, algo como comer chocolate. Un año, hacía un año que no tomaba un trago, que no tenía sexo y ni siquiera fumaba, vaya mierda. De nuevo, traté de ensayar el discurso que había preparado un montón de veces frente al espejo. En estos momentos me había quedado en blanco.

—Leo, yo... yo... ¿Qué coño voy a decirle? ¿Qué me he mantenido alejado porque primero debía estar bien conmigo mismo? El mismo egoísta de siempre.

—Ejem, se te da bien mantener conversaciones contigo.

Me di la vuelta para ver a una señora mirándome con curiosidad, mientras sujetaba varias bolsas.

Pensé en decirle que se metiera en sus asuntos, claro que ese sería el antiguo Lester, el nuevo debía ser educado con los vecinos de Leo o él nunca me admitiría de nuevo en su vida.

—Buenos días, señora —saludé.

—Buenos días, joven. Si buscas a Leo, debe de estar dormido, ha llegado de trabajar hace apenas un par de horas.

—Ya.

—Ten. —La mujer me tendió una bolsa de papel con un exquisito olor a dulce.

Los olores, eso era algo que había recuperado, y me encantaba. La forma en que el aroma a pan caliente y magdalenas recién horneadas me hacía salivar era digno de admirar.

—¿Gracias?

—Dáselos a Leo, son sus *muffins* favoritos.

Así era Leo, todos lo querían y lo cuidaban, todos menos yo.

La señora continuó su camino hacia arriba. La seguí con la mirada intentando reunir algo de valor. La puerta se abrió de golpe.

* * *

LEO Y LESTER

No soy capaz de describir lo que sentí, quizá algo ardió en mi interior, sé que de repente tenía la boca seca, no podía hablar, el estómago me daba vueltas y corría el riesgo de vaciarlo ahí mismo. Mis pulmones necesitaban aire, lo sabía, tenía que respirar; vamos, vamos, inspira, expira. Me concentré, pensé en Cathy durante las sesiones que teníamos, cómo me hablaba con esa voz

melodiosa que infundía paz, ella se pondría tajante en este momento, me diría algo así como: *si no lo haces es porque no quieres hacerlo, y entonces deberás preguntarte por qué te boicoteas.*

No, no quería preguntarme nada. Di un paso hacia delante para entrar, pero Leo no se movió, eso hizo que nuestros cuerpos quedasen muy juntos, demasiado. ¿Por qué coño había tenido que recuperar la capacidad de oler? Su aroma alteró todo mi sistema y tuve que comenzar de nuevo con las respiraciones. ¡Joder! Craso error. Vale, no respire, me dije. Lo miré a los ojos, tenía ojeras, evidentemente no había dormido. El amor por su trabajo era su droga, todos tenemos una. Mirarlo tampoco fue buena idea. Extendí la mano en la que llevaba la bolsa.

—Magdalenas —le dije.

Me miró durante no sé... tal vez, cinco minutos o cinco segundos, ni idea. Cogió la bolsa y miró dentro. Sonrió.

—¿Te lo ha dado la señora Ortega? —me preguntó sin moverse del sitio.

Solo vestía un pantalón corto, su cuerpo estaba trabajado, siempre fue fibroso, le gustaba cuidarse, pero ahora, en este año algo le había pasado, todo él gritaba sexo. O quizá fuese yo.

—Supongo —respondí.

—Así es que un año después vienes hasta aquí para darme las magdalenas que me compra mi vecina —no dejó de mirar el interior del paquete.

—Sí. ¡No! Quiero decir, joder, no sé lo que quiero decir. Necesito sentarme.

—¿Y no tienes sillas en tu casa? O donde sea que vivas desde... desde cuándo. ¿Cuánto hace que saliste? —Estaba cerrando la bolsa con más fuerza de la necesaria, eso me dio una pista sobre lo mucho que me lo iba a hacer pagar.

—¿Podemos hablar dentro? Por favor —le pedí.

—Esa palabra es nueva. ¿Soy tu paso número uno hacia la recuperación?

—Eso ha sido mezquino.

—¿En serio?

Se rio de esa manera suya que me ponía a cien, echando la cabeza hacia atrás, dejando a la vista la columna de su cuello, con las manos en las caderas, esas caderas de las que colgaba un pequeño pantalón, dejando el resto de su cuerpo para disfrute y tortura del mío.

Di un paso más para entrar, pero él dejó de reír y me bloqueó el paso, ahora nos estábamos tocando y yo no podía soportarlo, pero tenía que hablar con él, no podíamos caer en la vieja rutina de irnos a la cama directamente.

Intenté pensar de nuevo en mi terapeuta, ¿cómo se llamaba? ¡joder! ¿y a quién le importaba? A Leo, le importaría a Leo, quizá no ahora, pero sí mañana. Respiré hondo antes de volver a hablar.

—¿Podrías ponerte algo encima?

—¿A ti?

—Ropa.

—¿Crees que puedes venir a mi casa y decirme lo que tengo que hacer? Que me vista, que te escuche, que deje que limpies tu conciencia... Te diré una cosa: no. Esta vez yo pondré las reglas.

Me vi empujado contra la pared con brusquedad, oí la puerta cerrarse de golpe. Perdí la noción del tiempo. Sus manos me estaban tocando, su boca asaltó la mía, de camino al dormitorio pisoteamos el desayuno. Lo que pasó después no fue bonito, no fue tierno, no fue amor. Pero en ese momento lo sentía respirar sobre mi piel, dormía entre mis brazos, seguiría intentándolo.

—Te quiero —le susurré a sus sueños.

Capítulo 1

Atrevimiento

—Dame un segundo —le pidió Stuart sacando el móvil.

Abrió la aplicación de su seguro médico y solicitó cita con el cardiólogo. Lo que estaba sintiendo en el pecho últimamente no era normal. Tampoco era del todo desagradable, no sabía muy bien qué era, pero sin duda lo mejor sería acudir al especialista. Tendría que ser cuidadoso, no iba a alarmarse ni alarmar a nadie sin motivo. Y discreto, sobre todo tenía que ser discreto. Nadie quería tener trabajando a un fiscal enfermo. Ni un atisbo de debilidad. Laura Johnson estaba al acecho, esperando el momento de tirársele al cuello y arrancarle de cuajo la yugular para ocupar su sitio como mano derecha y virtual sucesor de Jake Murdock, el actual fiscal jefe.

Stuart había luchado toda su vida por conseguir aquello. Es cierto que su transcurrir en este mundo no había sido nada complicado. Fue delegado de curso en el colegio, líder nato de debates y equipos de deportivos, guapo y con carisma. Perseguido y admirado por chicas y chicos indistintamente. Pasó al instituto entre ovaciones de profesores y compañeros con notas inmejorables y grandes recomendaciones. Sus padres, adinerados y cariñosos, le matricularon en un prestigioso instituto privado, pero le quitaron la presión de ser el mejor en todo, le decían que lo importante era llegar a la meta, no hacerlo el primero. Él nunca lo creyó. En esa etapa destacó aún más que en la otra, pero no sufrió para conseguirlo, fue feliz; de nuevo delegado de su clase, portavoz de los alumnos, *quarterback* del equipo de fútbol, capitán del equipo de ajedrez; amado por las chicas y algunos chicos, envidiado en silencio por el resto. Eso no hacía que no tuviera amigos, los tenía, y de los buenos.

No había un motivo en su infancia que justificara que él fuera un cabrón sin corazón. Tampoco lo buscaba. Él solo quería una cosa en la vida: ganar. Y era algo que conseguía siempre. Porque se lo merecía.

Nunca se había enamorado, ni siquiera había estado cerca de hacerlo, y estaba encantando con ello.

Su hermana y su madre le insistían en que debía buscar una buena chica o chico, lo que necesitara para enamorarse, ilusionarse y compartir su vida con alguien. A Stuart no le molestaba que hubiesen insinuado que era homosexual. Su familia sospechaba porque nunca había llevado una chica a casa. No lo era. Tenía relaciones heterosexuales, solo que no de la clase que esperaba su familia. Cuando llegara el momento escogería a la mujer adecuada para él. Había renunciado a eso del amor, por lo menos tal y como se lo presentaba su familia.

Sus padres se adoraban, cuando peleaban eran temperamentales y cuando se reconciliaban lo eran aún más. Su hermana tenía a su marido; Mario, agarrado por las pelotas, el pobre hombre besaba el suelo que ella pisaba, y lo hacía encantado.

Para Stuart no sería así, él no había conocido una mujer que le hiciera sentir esas cosas de las que ellos presumían como si fueran algo maravilloso. Él escogería a la compañera perfecta, alguien compatible con él y su carrera. Sobre todo, alguien sin complicaciones y sin mochila que él tuviera que ayudar a cargar. Tal vez Melisa, su actual *amiga*. Ella era una mujer profesional y segura de sí misma, con un negocio del que ocuparse y ninguna complicación. El tiempo lo diría, pero era una buena posibilidad, debía comenzar por presentársela a su familia, sin duda sería una dura prueba. Él los quería mucho, pero reconocía que aun siendo personas que habían triunfado en la vida, no eran lo que se dice, sofisticados. Y Melisa... ella sí lo era. Y mucho.

—¡Stuart! ¿Estás aquí? —preguntó Jeremy.

—¿Qué? Perdona, me he distraído.

—¿Distraído? Has hecho un viaje astral. Llevas como diez minutos con el teléfono en la mano, mirándolo como si fuera un extraterrestre.

—¿Puedo confiar en ti? —le preguntó con cara de circunstancias.

—Sabes que sí.

—No. En realidad, no lo sé.

—Bueno, pues sí. Puedes —le confirmó su colega.

—Desde hace un tiempo siento un dolor en el pecho. Algo extraño, no es exactamente molesto, pero... no sé, creo que debo ir a examinarme.

—Claro, tío. No debes dejarlo.

—El problema es que tengo que ser cuidadoso, ya sabes, este caso está siendo mediático, y no nos beneficiaría en nada que mi cara se asociara a

debilidad.

—Estar enfermo no debe traducirse exactamente como ser débil. En cualquier caso, tu preocupación no es por el caso, es por tu futuro, ¿no?

—Tal vez.

—Regla número uno de la amistad: la sinceridad.

—Amistad. ¿Somos amigos?

—Eso creo.

—Vale.

—Llama a Leo, es enfermero en el Houston Methodist Hospital. Puede conseguirte una cita con discreción.

—Leo es el novio del borracho, ¿no?

—Si hablas así delante de él, no te va a hacer ningún favor.

—No me lo va a hacer igualmente. Metí a su chico en la cárcel.

—En un centro de rehabilitación, en realidad. Y hace mucho que no es su chico.

—Es verdad que llegamos a un acuerdo —Jeremy asintió con la cabeza—. Lo llamaré. Debo tener su teléfono por alguna parte.

Stuart comenzó a rebuscar entre las carpetas de la mesa de su despacho. Un buen montón se apilaba encima de una bandeja metálica sobre su escritorio de estilo victoriano Maple. El mueble había sido un capricho, una de esas extravagancias que se permitía. Era una pieza que había comprado por internet a un tipo de Tijuana. Le costó cuatro mil quinientos magníficos dólares y otro tanto la restauración, pero quedaba impresionante con su sillón Chester conseguido en una subasta en Abalarte Subastas Internacionales en el año 2014. David, su especialista en restaurar, sonreía de oreja a oreja cada vez que lo veía entrar por la puerta, en este caso, poner a punto el sillón le costó más que el artículo en sí.

Melisa le sugería cambios en el despacho cada vez que pasaba por allí, no en vano era decoradora. Quería dejarlo como uno de esos lugares luminosos y minimalistas con muchos blancos y mucho metal.

—Te lo he mandado por WhatsApp —le informó Jeremy.

—¡Ah! Gracias. Bueno, dejemos las tonterías y pongámonos con lo que nos interesa.

—Lucy nos ha contado la maravillosa idea que se te ha ocurrido para que confíe en ti —le dijo con tono reprobatorio.

—Va a funcionar.

—Estás como una cabra, tío. De verdad crees que lo mejor para una mujer traumatizada por un ataque de un grupo de hombres es que entre en una sala

llena de machos agresivos. —No era una pregunta.

—También hay mujeres —se quejó Stu.

—He estado contigo. No es un gimnasio, es un tugurio. Algo que, por cierto, a ti tampoco te pega.

—No, claro, el único con derecho a ser hombre aquí es Byron.

—Si mi mujer te escuchara te daría un sermón de los grandes.

—Por eso procuro no decirlo delante de ella.

Jeremy negó con la cabeza.

—La cuestión es que, aunque haya aceptado, en cuanto entre por la puerta saldrá corriendo. No va a poder...

—Kawosa —lo cortó—. Lucy es más fuerte de lo que pensáis. Vino a nosotros traumatizada, pero ahora la habéis convertido en un conejillo asustado. Y no habéis conseguido mejorar su trauma.

Jeremy pensó un momento en lo que acababa de decir su colega.

—¿Quieres decir que la estamos sobreprotegiendo?

—¿Está acudiendo al psicólogo?

—Más o menos...

—Jeremy...

—Casi siempre, pero...

—Jeremy...

—Está bien —reconoció—, va cuando la obligamos y por lo general no abre la boca.

—Creo que saber que puede defenderse la hará sentirse segura y, además, me lo agradecerá y comenzará a confiar en mí.

—Por descabellado que parezca, creo que puedes tener razón. Pero ¿no podías haber escogido otro sitio?

Stuart sonrió ladino.

—El lugar forma parte del plan.

—¿Y cómo piensas hacer que entre ahí?

—Las primeras veces supongo que irá su autonombrado guardaespaldas.

—Te apoyaré en esto porque vamos justos de tiempo y entiendo que es necesario que confíe en ti.

Stuart afirmó con la cabeza y le rebatió:

—Y porque no suelo equivocarme, dilo, no te vas a atragantar.

Jeremy obvió el comentario y se centró en el juicio.

—La fecha de la vista para elegir al jurado se ha fijado para dentro de tres meses.

—El hecho de que sea con jurado nos favorece.

—No estoy seguro. Si no los seleccionamos con cuidado podemos encontrarnos con odiadores profesionales.

—Seremos tendencia en Twitter. Tenemos que contactar con alguien que maneje bien las redes sociales.

—Esto puede explotarnos en las manos —le advirtió Jeremy.

—Tienes razón. Buscaré a alguien —acordó Stuart—. Y ahora tengo que dejarte, mi cita con la joven es apenas en media hora y tengo que prepararme.

—¿Prepararte? ¿Para ir a ese antro? —le preguntó extrañado Jeremy.

—Sí. Siempre es importante estar preparado y, además, supongo que Byron tratará de darme una paliza, lo está deseando, y esta vez no va a irse de rositas.

Jeremy sonrió, no, en realidad sonrió Kawosa, porque esa forma de ladear los labios y achicar los ojos era digna del mejor de los coyotes.

—Pues esta vez ha cambiado de guardaespaldas, va con Chack.

—¿Chack? ¿Quién es Chack?

—El Gigante rubio.

Stuart se dejó caer de nuevo en el sillón, disfrutando de la calidez del cuero. Ese tío era un peso pesado, le iba a partir las piernas, estaba claro. En fin, el juego era el juego y tenía que continuar.

* * *

Stuart dudó de su propio plan una vez estuvo delante de la puerta del club de boxeo Iron Man. La verdad es que por fuera parecía un tugurio y por dentro más. Olía a sudor y a pies, sin duda, a veces a sangre y siempre a dolor. Sin dolor no hay gloria, o eso decía el psicópata que tenían por entrenador, a él esa expresión le sonaba a película de los ochenta, algo entre *La chaqueta metálica* y *Rocky*. Sí, además de los muebles antiguos le gustaban los grandes clásicos.

—Allá vamos —se dijo a sí mismo infundiéndose ánimo.

* * *

Lucy miró fijamente el sitio en el que se ubicaba el gimnasio. Chack había apagado el motor de la furgoneta y le había informado de que la puerta de metal roja, que estaba a falta de un palmo para perderse en la parte superior de la fachada, era la entrada del gimnasio, lugar en el que habían quedado con el fiscal, o ayudante, o lo que fuera. Lucy esperaba que por dentro pintara mejor. Por fuera parecía un antro a punto de ser derruido por una de esas bolas gigantes. En las paredes que rodeaban la puerta metálica, se podían ver

diversas pintadas de grafitis, algunas más artísticas que otras, aunque ninguna con mal gusto, eso debía reconocerlo.

El Gigante rubio seguía mirando al frente, no hacía amago de bajar y tampoco la presionaba para que lo hiciera ella, tan solo estaba allí, esperando con una paciencia infinita.

Lucy se dio cuenta de que se estaba mordiendo el labio. Sentía el corazón retumbar en su pecho. No era capaz de acostumbrarse al rubio abogado del Estado. A él se le llenaba la boca cuando decía eso. *Abogado del Estado*. Como si fuera la gran cosa. Además de todos sus defectos, que eran muchos, se mostraba como un engreído patán.

Lucy consideraba que había superado en parte lo que pasó. *Lo que pasó*. Qué gran eufemismo, pero así solían llamarlo todos, incluso ella. Vivía rodeada de hombres ya que en el rancho los había a montones, pero la jefa era Candance, sin duda alguna. Con esa bonita sonrisa y ese acento tejano dulce y servicial era capaz de descuartizar a cualquiera que se opusiera a sus deseos. Por algún motivo en el rancho siempre se sintió segura. Y cuando tenía dudas, o flaqueaba, solo tenía que correr a las cuadras, allí la esperaba su querida yegua.

Lyon se parecía al cabecilla de los que la atacaron, era *ese tipo*. Rubio, guapo, delgado, pero con músculo, triunfador a todas luces. Con una sonrisa que relumbraba como un faro en la noche. No sentía miedo estando con Lester, que era un perdedor, ni con Chack, que era un tierno gigante. No se trataba solo del físico, era también el carácter, la presencia, los modales. Todo en Lyon le recordaba a ese monstruo con unos años más.

Dejó de mirar a la puerta y se fijó en su acompañante, él seguía con la vista perdida al frente, esperando.

—Debería entrar —confesó ella.

—Estaría bien, sí —le contestó mirándola con una tímida sonrisa— ya que estamos aquí.

—No quiero verlo.

—Eso no es posible. Si no es ahora, será en el tribunal.

—Lo sé. Sé que tiene razón, pero esto no es una cuestión de razón. Es algo instintivo, me supera estar en la misma habitación que él.

—Lo has hecho otras veces, y lo has hecho bien. Además, ¿no te pone de mejor humor saber que puedes darle una paliza?

Ella lo miró con una sonrisa agradecida. Suspiró profundamente armándose de valor y agarró la manecilla de la puerta del enorme vehículo para enfrentarse a su destino, por lo menos al más inmediato.

Hacía ya rato que Stuart la esperaba, no dejaba de mirar a la puerta con ansiedad, comenzaba a notar esa picazón en el pecho, mira que si le daba un ataque en plena pelea... La distracción le costó un Cross en plena mandíbula. Sin la protección del casco se le habría saltado una muela.

—¡Joder! —gritó.

—O espabilas o te dedicas al pilates *Niño Bonito*.

Iba a contestar con algo que desmintiera el mote que le había puesto cuando notó que en el gimnasio se hacía el silencio. Todos los rostros girados hacia la entrada mirando al intruso.

El tío más grande que Stuart había visto en su vida. El tipo debía medir casi dos metros. El cabello largo y rubio cogido en uno de esos moños modernos y la barba muy poblada y también rubia. Vestía un pantalón de chándal cortado, botas altas de motorista y una camiseta desmangada que dejaba a la vista brazos como columnas griegas. Se miró a sí mismo con fastidio tras comprobar que sus cincelados músculos no pasaban de corrientes al lado de eso.

Los tipos más duros del gimnasio se fueron acercando a él, mirándolo retadores. ¿Estaban locos? Ese tío los aplastaría sin deshacerse el ridículo peinado de los cojones.

—¿Es esa la chica que esperabas? —le preguntó su entrenador.

—Sí.

—¿Eres consciente de que si a ese tío no le gusta algo de lo que haces te va a masticar y tirar tus huesos al río?

—Kangaroo, para eso estás tú, para entretenerle. Si me disculpas. —Se quitó los guantes que tiró al cuadrilátero y se dirigió a ellos.

Con una decisión que no sentía pasó de largo al lado del Gigante y se puso delante de Lucy. Ella se pegó a su amigo inmediatamente.

—¿De verdad no te asusta esta bestia y te asusto yo? —inquirió incrédulo.

La bestia en cuestión le puso en el pecho una mano del tamaño de Manhattan y frenó en seco su avance.

—Soy más agradable que Byron y más paciente, pero no voy a permitir que la obligues a hacer nada para lo que no esté preparada.

—Si fuera por vosotros estaría encerrada en el rancho hasta el día del juicio final.

El otro lo miró levantando una ceja.

—Vale, no ha sido una frase afortunada. Lo que quiero decir es que necesita esto. Necesita saber que puede defenderse y necesita estar en forma y

segura de sí misma para el juicio y, sobre todo, necesita confiar en mí.

—¿Se puede saber por qué habláis de ella como si no estuviera delante?
—les recriminó una voz chillona.

Stuart la reconoció al instante. La mujer de George, más conocida como la *Tocapelotas*.

—¿Qué hace ella aquí? —le preguntó a Chack.

—Jamás se me ocurriría contestar por ella.

—Gracias, además de estar muy bueno eres inteligente —le dijo la pequeña pelirroja dándole una palmada en la espalda con tanta fuerza que Stuart pensó que se le saldría un pulmón—. He oído que ibas a enseñar a pelear a mi amiga y he decidido unirme, a mí me gusta pelear, ¿sabes?

—Lo sabe todo el mundo en Houston.

—Pues eso. ¿Cuándo empezamos? —Y se marchó directa a Kangaroo.

¿Cómo había sabido esa bruja quién era el jefe? Tras un minuto hablando con la chica el viejo soltó una carcajada, la primera que Stuart le había visto desde que lo conocía. Negó con la cabeza y se volvió hacia Lucy.

—¿Preparada? —le preguntó tendiéndole la mano.

Ella escondió la suya detrás de la espalda e intentó meterse detrás del Gigante. Este se movió casi imperceptiblemente, pero impidiéndole esconderse. Bien, ese tipo le gustaba.

Stuart dejó caer la mano y se dio la vuelta, cambiando de táctica.

—Sígueme —le ordenó. Ella no se movió del sitio—. Vamos Lucy, has llegado hasta aquí, tienes que poner algo de tu parte. Mira la loca de tu amiga.

Nat le daba golpes a un saco que vez sí, vez también se le venía encima, mientras uno de los chicos trataba de corregirle la postura. De repente, la chica se volvió y dio un codazo en la zona baja del vientre al hombre que la ayudaba, de forma que cayó al suelo retorciéndose de dolor.

Stuart no entendía suficiente español para saber qué diablos le estaba diciendo, pero desde luego no eran halagos. ¡Joder! ¡Qué bien sonaban los tacos en español y cuánta variedad! Tendría que decirle que le enseñara. El entrenador se reía apoyado en una columna, Stuart se sintió obligado a intervenir cuando vio cómo un minúsculo pie iba a acertar en las joyas de la corana del pobre infeliz.

—Eh, tranquila, pelirroja. Solo estaba intentando ayudarte con tu postura.

—Eso —gimió el incauto.

El ayudante del fiscal se dirigió a la chica recriminándole su actitud.

Estaba muy graciosa dando pequeños brincos con unos pantalones que le llegaban más allá de las rodillas. Se preguntó si llegaba al metro y medio.

—¿Y con qué me ibas a colocar? ¿Con tu tercera pierna? Mira que te doy otra patada en los *huevos*.

—Vale, vale. Perdona —imploró al borde de las lágrimas el chico.

Chack había escuchado suficiente, se acercó, lo cogió del pantalón levantándolo en el aire y lo tiró a la calle cerca de un contenedor. Con la basura, pensó, como debía ser.

Stuart volvió a mirar a Nat que seguía dando saltitos.

—¡Eh! Eso ha sido como en la serie esa de la tele, esa que siempre tiraban al amigo de la casa así —se reía mientras botaba.

Chack entró sacudiéndose las manos.

—¿Sabes? Alguien como tú le vendría bien a mi equipo de boxeo —dijo el entrenador mientras se acercaba.

—Lo siento, pero esto no es lo mío —expresó el Gigante.

—¡Ah, perdona! Claro, tú no nos vendrías mal, pero me refería a ella —señaló con el dedo a Nat.

—¡Guau! Soy genial, ¿a que sí? —dijo mientras levantaba las manos y seguía saltando.

—Quizá es ella la que tendría que enseñar a tu amiga y no tú.

—No soy su amiga —intervino por primera vez Lucy.

Lo dijo con tal determinación que todos se quedaron mudos esperando la reacción de Stuart.

—Sí, en eso estamos de acuerdo. Eres mi cliente, y ahora vamos a trabajar. —Se volvió a Kangaroo—. Esto no está saliendo como esperaba.

—Yo creo que ha estado bien. Ha visto que una mujer pequeña puede defenderse. Por cierto, qué mujer.

—No te enamores, es la esposa de un *ranger* con malas pulgas. En una ocasión la metió entre rejas para hacerla callar.

—Todas las buenas están pilladas —se quejó el viejo—. Pelirroja, a ti te voy a entrenar yo personalmente; la chica de los ojos tristes, con Stuart, y tú, Gigante, no machaques a muchos de estos, los necesito para competir.

Capítulo 2

Otra vez atrevimiento

Lucy miró con desconfianza el trozo de suelo cercado por cuerdas. Él estaba dentro. Sentía el corazón golpear contra sus costillas y una náusea amenazaba con salir de su estómago cargado con el desayuno. Tragó saliva con fuerza y se armó de valor para mirarlo a los ojos desde su rincón, fuera del cuadrilátero.

—Si no entras no podremos trabajar —se quejó él.

Ella no contestó, miró alrededor buscando a sus amigos.

Nat le daba con ganas a un saco que cada vez se mostraba más dócil, Chack estaba cruzado de brazos observándolos desde una distancia prudencial.

Suspiró y pasó por debajo de las cuerdas, pero no avanzó hacia él. Se quedó resguardada en el córner. Continuaba mirándolo y decidió levantar los brazos como en las defensas que se veían en las peleas de la tele.

—No hace falta que levantes la defensa de momento. Vamos a empezar por algo más sencillo que una pelea, o técnicas. ¿Ves lo que la pelirroja le está haciendo a ese saco?

Ella asintió sin desviar la mirada de sus ojos, ya había visto antes a Nat y sabía que le estaba dando una paliza al pobre saco.

Stuart no podía apartar la vista de esos profundos ojos negros. No creía conocer a nadie que los tuviera de un color tan oscuro. Apenas podía distinguir la pupila. Ella no dejaba de mirarlo y a él se le estaba acelerando el corazón. Tampoco es que el esfuerzo del entrenamiento con el Kangaroo le hubiese supuesto un gran esfuerzo. No tenía ni idea de qué le estaba pasando, pero comenzaba a preocuparse.

Se llevó la mano al pecho sin darse cuenta de que la mirada de ella se desvió hacia ese lugar. Stuart no pudo evitar fijarse en que se relamía los

labios con nerviosismo y su maltrecho corazón se quejó un poco más. Ahora no podía marcharse, tenía que seguir, ella había llegado hasta allí y había sido capaz de plantarse delante de él, combativa. No podía echarse atrás por un pequeño dolor en el pecho, o un amago de infarto, lo que fuera.

—Quiero que trates de hacer lo mismo que tu amiga. —Stuart vio como ella miraba alrededor y comprendió su confusión—. No le vas a dar a un saco. Me vas a dar a mí.

Por primera vez desde que había entrado, Lucy habló.

—¿Quieres que te pegue? —le dijo con un hilo de voz.

—Si eres capaz de tocarme, aunque sea para pegarme, obtendremos nuestra primera victoria. La de ambos.

Ella dejó pasar un minuto más y él tuvo la paciencia de esperarla con los brazos bajados y una sonrisa provocadora, y el amago de infarto tocando a su puerta, pero lo ignoró.

La vio acercarse. Un paso, otro, y otro más. Se paró, miró al Gigante que seguía en la misma postura y el mismo lugar y continuó avanzando. Se quedó a un metro de él.

Stuart pensó que iba a morir, así tal cual. Jamás había sentido algo como lo que tenía ahora por el cuerpo. Un hormigueo que le recorría de pies a cabeza, algo en la garganta, como un nudo o algo así, y el maldito órgano de bombear sangre que no quería bajar el ritmo.

Podía olerla, su aroma le recordaba a las fresas. ¡Por Dios! Pero ¿qué estaba pensando?, ¿fresas? Vale, y ahora una inoportuna erección, probablemente la más grande y dura de su vida. Había leído en algún sitio que era normal en algunos tipos de muerte. Pero ¡joder! no quería que el forense le hiciera así la autopsia. Se imaginó encima de la mesa con una sábana tipo tienda de campaña.

De repente sintió un dolor agudo, y no fue en el pecho, no. La cabeza se le había girado hacia un lado, el impacto de un puño enguantado contra su mandíbula borró de golpe todos sus absurdos pensamientos. Movié la cabeza tratando de aclararse y se llevó la mano a la cara, a la zona donde Lucy le había estampado su puño.

Probó a mover la mandíbula, arriba y abajo, derecha e izquierda. Todo bien, ningún diente fuera de sitio. La miró incrédulo.

Lucy tenía un gesto de horror en la mirada. Se tapaba la boca con ambas manos que, al llevar los guantes, ocultaban su rostro casi por entero.

—Bien —confesó Stuart—, me alegra saber que no te ha costado mucho tocarme.

—Lo siento, yo... —balbuceó la chica.

—No lo sientas, es justo lo que tenías que hacer y te aseguro que me ha venido muy bien. Ahora pasaremos a la segunda fase.

Stuart decidió picar su curiosidad y esperar. No seguiría explicándole hasta que ella se decidiese a volver a hablar.

Pasaron algunos minutos en silencio. Ella con la mirada fija en sus pies. Él mirándola a ella.

—¿Qué hago?

—No te he escuchado —mintió él.

La vio levantar la mirada hacia él con rabia y los labios bien apretados.

—Me has escuchado perfectamente —se quejó.

—Digamos que este tono me va bastante mejor.

—¿Qué toca ahora?

—Ahora me vas a dar algunos golpes en sitios estratégicos y yo no me voy a mover.

Ella sonrió y a Stuart le dio vueltas la cabeza y comenzó a sentir que todo se oscurecía a su alrededor. Respiró hondo varias veces y trató de controlar su desbocado pulso. Jamás la había visto sonreír. Sus ojos se achinaban, sus dientes relucían como perlas y él se estaba volviendo gilipollas. Solo era una chica sonriendo, ¡por el amor de Dios!

—No es necesario que me hagas daño, solo acostúmbrate a tocarme.

Tal vez ella sobreviviera. Él, probablemente, no.

Lucy se acercó más. Ya no se sentía nerviosa, curiosamente ese primer puñetazo la había llenado de seguridad. Era absurdo, sabía que él se estaba dejando y que si fuese de otra manera ella no tendría la menor oportunidad. Como con *lo que pasó*.

Desechó ese camino en sus pensamientos y se centró en su cometido. Debía tocar a Lyon. Tenía unos estupendos guantes rojos, con lo que no sería un contacto directo, pero por algo había que comenzar.

Miró a su estómago. La camiseta se le ajustaba por efecto del sudor. Lucy no pudo evitar darse cuenta de que se le marcaban los abdominales. Tenía una cintura fina y caderas escurridas. Y... se echó hacia atrás un par de pasos. El pantalón era ancho, pero aun así distinguió el bulto que se le marcaba. Apartó la vista, azorada, y la dirigió a su cara. Se había puesto rojo.

—Lo siento —se excusó—. Simplemente no le hagas caso, como si no estuviera. A veces estas cosas no se pueden controlar.

Lucy no supo si fue la erección, o la elección de palabras al disculparse. *No se puede controlar*. De repente lo vio todo rojo. Algo en su cerebro hizo

clic, dejó de pensar, solo salió todo lo que estaba conteniendo en su alma. Un dique que se había roto y la necesidad de devolver todo el daño que ella había recibido.

Stuart no la vio venir, pero la sintió. Los golpes venían por todas partes en forma de puñetazos, patadas y codazos. Derechos, reveses, directos. Se tapó la cara y la dejó hacer unos minutos. Los sonidos que profería iban a juego con los golpes. Sonidos de dolor, de animal herido, de frustración. La cosa se puso peligrosa cuando los pequeños pies se acercaron a las joyas de la corona en un par de ocasiones.

Stuart la abrazó con fuerza, pero dejando que pudiera retorcerse intentando asestarle más golpes mientras lloraba de forma desgarradora.

No había muchas personas en el gimnasio en ese momento, pero tras una breve mirada de curiosidad siguieron a lo suyo.

El Gigante rubio había cogido con una mano del tamaño de un yunque el brazo de Nat impidiéndole meterse en el cuadrilátero para proteger a Lucy de sus propios sentimientos, más que de él. Nunca podría agradecer a Jeremy lo suficiente el que enviara a este y no al indio con ella.

La inercia y el choque de dos fuerzas opuestas hicieron que terminaran en suelo, ella abajo y él arriba. Cuando Stuart pudo verle la mirada intercambió la posición rápidamente, pero no la soltó.

—Te odio —le confesó ella.

—Lo sé —advirtió él—. Pero necesitabas esto.

—Tú no sabes lo que yo necesito. Lo que necesito es que no hubiera pasado. Necesito que ellos y tú y todo *lo que pasó* desaparezca.

Seguían abrazados. Ella todavía rígida. Él sujetándola.

—Eso no puedo cambiarlo. Pero podemos hacer justicia.

—¿Justicia? Nada podrá compensar todo este dolor. ¡Nada! ¡Yo no soy yo! ¿No lo entiendes? Solo han dejado un despojo. Un motón de miedo e inseguridades. No sé cómo volver a ser como era.

—Nunca volverás a ser como eras. No es posible.

—¡Vete a la mierda!

—Cada uno somos un conjunto de vivencias. Las cosas que nos pasan nos cambian. Puedes hacer que el cambio sirva, aunque sea para que no lo vuelvan a hacer. Y para sentar un precedente, para que otros se lo piensen antes de atacar.

—Dices eso, pero tú solo quieres la fama y el ascenso que te llevarás si ganas.

—Si ganamos. El ascenso que me llevaré si ganamos.

—¡Suéltame! ¡Maldito cerdo egoísta! —le exigió con voz dura.

Él abrió los brazos. Ella lo miró extrañada.

—¿Por qué te sorprendes? Si tú me dices que te deje, te dejo. Eso sí se puede controlar. Es lo normal, así funcionan las cosas en las relaciones sanas.

Ella volvió a lanzarse al ataque, pero esta vez a él le dio tiempo a esquivarla y la chica se fue contra las cuerdas.

—¡Nosotros no tenemos ninguna relación!

—La tenemos. Es una relación laboral, pero la estamos estrechando y considero que ha sido un día muy productivo —le contestó él mientras la sorteaba moviéndose por el *ring*—. ¿Es la palabra *control* lo que tanto te molesta? —quiso saber.

—¿Hemos terminado? —preguntó ella parándose de repente y limpiándose las lágrimas con los antebrazos.

Stuart cogió la toalla que tenía prendida en las cuerdas de su esquina y se acercó a ella. Con cuidado comenzó a limpiarle la cara, luego le cogió la nariz en un suave pellizco y también se la limpió. Sonrió. Lucy lo miraba con una mezcla de tristeza, esperanza y odio.

—Me duelen hasta las pestañas. Así es que sí, hemos terminado por hoy. Me has dado una buena paliza. Te veré mañana a la misma hora.

Salió del *ring* y se dirigió a las duchas, al pasar delante de Chack, el rubio le dio una palmada en la espalda que Stuart sintió como un mazazo. Lo miró y se percató de que el Gigante le sonreía.

—Buen trabajo —le dijo.

—Eso creo —contestó él.

—Espero por tu bien que esto no la hunda, porque si lo hace iré a por ti con todo —lo amenazó la pelirroja.

Él le tocó la punta de la nariz con un dedo.

—No sé por qué te llaman *Tocapelotas*, a mí me pareces un encanto —le dijo.

Ella sonrió sin darse cuenta.

—¡Eh! —se quejó al percatarse de la burda manipulación. Pero continuó sonriendo.

Stuart llegó al vestuario jadeante. El nudo que apretaba su pecho era cada vez más grande. En este momento no sentía dolor; no exactamente, al menos. No sabía bien qué era lo que le pasaba, y ni siquiera estaba seguro de que fuese desagradable. Se apoyó en la pared y se dejó caer hasta el suelo. Puso la cabeza entre las piernas y comenzó a respirar despacio, muy despacio. Escuchó que se abría la puerta, pero no se movió.

—Tío, eso que has hecho ahí fuera... en fin, que me parece que ha estado bien. Yo también creo que lo necesitaba. Lo necesita.

La voz del Gigante rubio lo sacó de sus propias cavilaciones. Carraspeando se puso en pie, dispuesto a componer su imagen más dura, al fin y al cabo, ese tío le sacaba dos cabezas.

—Sí, bueno. Era necesario.

Chack lo miró y asintió.

—Lo era para ella, pero no ha terminado contigo. Por lo que estaba diciendo, yo de ti me pondría protectores en... bueno, ahí.

Sin darse cuenta Stuart dirigió la vista a su propia entrepierna, seguía erecta.

—Ya. A veces funciona sin avisar, por la adrenalina y eso. Tú eres un tío, ya sabes cómo va. Parece que le ha molestado.

—Sí, pero creo que Lucy quiere arrancártela de cuajo y Nat le está dando ideas.

Stuart se quedó pensando, no solo la había enfurecido eso. La palabra *control* tenía detrás una historia que no les había contado.

—Prefiero que me odie a que me tema. El odio la mantendrá alerta y con ganas de pelea, el miedo la hundirá. Si ella se hunde, lo hace también mi carrera.

—¿Quieres decir que todo esto... —hizo un gesto abarcando el resto del gimnasio—... es por tu carrera?

—La mayor parte —contestó él.

—Ya, bueno —pareció no creerle—, en cualquier caso, quiero que sepas que te apoyaré frente a Byron cuando venga a por ti.

—Gracias —se sorprendió.

Cuando Stuart salió del vestuario, vestido con su traje de marca y zapatos italianos hechos a mano, dando vueltas al llavero de su Jaguar, no estaba preparado para lo que vio.

Lucy estaba empapada en sudor, seguía dando golpes, esta vez a un saco que sujetaba el entrenador mientras Nat la jaleaba.

—¡*Esta va por ti, cabrón!* —gritaba Nat.

—¡*Esta va por ti, cabrón!* —repetía Lucy también en español.

—Imagina que ese saco es Lyon, vamos, dale —continuaba animándola.

—¡*Capullo!* —gritó Lucy a la vez que golpeaba.

A Stuart se le encogieron las pelotas. Vale, la pelirroja le estaba enseñando español.

Estaba tan concentrada que no lo vio pasar detrás de ella para salir a la calle. Stuart estuvo a punto de dejarlo así, pero no pudo evitar aguijonearla un poco más.

—Si me echas de menos sabes dónde encontrarme, Brown Sugar. Por cierto, es importante que *controles* esa pegada —le soltó remarcando especialmente la que ya sabía era una palabra prohibida.

El Gigante la cogió a tiempo. Agarrándola por la cintura evitó que se tirara sobre él y le sacara los ojos.

—¡Eres un cerdo! ¡No quiero recordar! ¡No quiero volver a vivirlo!

—Lo sé. Lo siento —contestó él justo antes de perderse en la marabunta de gente que poblaba las calles a esas horas. Y era verdad, lo sentía, pero iba a seguir presionándola.

* * *

Stuart estaba molido. No había pegado ojo en toda la noche. Una y otra vez la imagen de Lucy con esos pantalones cortos irrumpía en su plácido —dicho sea, con ironía— descansar. Tenía que reconocer que le parecía atractiva de un modo que no era el habitual. No pretendía tirársela, no era eso. Aunque últimamente siempre tenía una excusa para no quedar con Melisa. No lo hacía de forma consciente, pero no le apetecía verla. Estaba cansado, eso era, cansado y frustrado, Jake, su jefe, no dejaba de presionarlo, y Laura había intentado ponerle la zancadilla en varias ocasiones, quería quedarse el caso. Si ella supiera lo que había tenido que hacer para ganarse la confianza de la chica.

Estaba convencido de que, desde la interacción del día anterior, las cosas entre ellos iban a cambiar, la prefería combativa, y lo demás vendría después, una vez se sintiera segura y se acostumbrara a él, a verlo y a tocarlo, todo cambiaría. Lo que no tenía nada claro es si él mismo sobreviviría a su propio plan. Ella ya no le tenía miedo, aunque el odio brilló en esa última mirada de sus magníficos ojos negros; era un paso, un gran paso que podría usar en el estrado. Si era capaz de mirarlos a ellos como lo había hecho con él, el jurado la creería.

Sonaron unos golpecitos en la puerta, Stuart levantó la mirada de los documentos a los que no les estaba prestando atención.

—Adelante —dijo.

—Hola, cielo —saludó Laura.

—Hola, ¿cielo? ¿Te has golpeado la cabeza? —Nunca se habían molestado en ocultar su animadversión.

—No, pero tengo grandes noticias —declaró ella tomando asiento en una de las sillas Chester a juego con su sillón.

—Mierda —comentó él. Si eran grandes noticias para ella, para él serían un desastre en potencia, eso seguro.

La chica movió su melena clara sonrió con coquetería. Tras morderse el labio inferior haciendo una especie de puchero, declaró:

—Mañana estaré contigo en la elección del jurado.

—¿Por qué?

—Alguien tendrá que recogerte si te caes.

—No me he caído en mi vida y no voy a empezar mañana. En cualquier caso, me parece bien, tienes buen ojo, serás buena para el caso. Es lo que importa, ¿no?

—Por supuesto —respondió ella.

Stuart estaba convencido de lo que había dicho. Laura tenía buen ojo, era incisiva y captaba las segundas intenciones en las respuestas de los jurados a la primera, además, los enemigos cuanto más cerca mejor.

—Te pondré al día.

Estaban enfrascados en los entresijos del caso cuando les interrumpió Rina por el interfono.

—Señor Lyon, una tal doctora Kierlovsky al teléfono. Dice que es urgente.

—¿No te ha dicho respecto a qué tema quiere hablar?

—Me ha dicho que la palabra clave es *control*.

Capítulo 3

Verdad

Leo se despertó con una sensación extraña, un peso le oprimía el pecho. De nuevo había soñado con Lester. Algo se conectó en su cerebro y abrió los ojos sorprendido.

Estaba allí, junto a él. Apenas recordaba cómo había llegado ante su puerta con magdalenas y que él lo había empujado contra la madera y se lo había tirado. Así, sin más, sin preámbulos ni tonterías. Lo repitieron en la cama varias veces rápido, fogoso, algo agresivo. Nada que ver con hacer el amor. Terminó tan cansado que cayó profundamente dormido. Se le olvidó echarlo antes de viajar al mundo de los sueños.

Se permitió mirarlo mientras dormía. Tenía el mismo perfil rotundo, esa nariz prominente, los pómulos marcados, los ojos hundidos rodeados de ojeras oscuras, labios gruesos y perfectos para besarlos. Lo amaba tanto que se le encogía el corazón, sentía el mundo en el pecho en este momento.

Le dio un empujón para despertarlo. Lester se estiró aún con los ojos cerrados y sonó un rugido de tripas, seguido de una risa, y seguía sin abrir los ojos.

—Abre los ojos —le ordenó Leo.

—Eso es una película, y no quiero. Estoy muy a gusto así. —Se giró de lado y lo tomó entre sus brazos.

Leo se escabulló y se levantó de la cama. Sin perder tiempo en buscar el pantalón corto que llevaba para estar por casa, se dirigió a la cómoda, abrió el cajón de la ropa interior, sacó un calzoncillo y se lo puso.

Cuando se giró hacia la cama, Lester estaba apoyado en el cabecero con los brazos cruzados detrás de la cabeza. Estaba muy delgado, más de lo habitual. Las costillas se le marcaban y el vientre se le hundía cóncavo. Lo miraba con expectación.

—Tengo hambre —le dijo.

—Será mejor que te vayas, aquí no tienes nada que hacer.

—Pues yo creo que lo que hemos compartido esta noche...

—Lárgate. Por una puta vez en tu vida respeta mis deseos y vete.

Lester se levantó completamente desnudo y se plantó delante de Leo.

—Tus deseos quedaron patentes en esa cama y no tenían nada que ver con que me fuera.

Durante unos minutos se miraron en silencio. ¿Cómo podían un par de minutos durar horas en el tiempo?, pensó Leo.

—Eso ya pasó, ahora quiero que te marches.

—No. Prepararé el desayuno y hablaremos, si después sigues queriendo que me vaya respetaré tus deseos.

—¡Mi deseo es que te largues ahora! —gritó Leo sin poder contenerse.

—Por favor... déjame... deja que yo...

—¡Tú, tú, tú! ¡Siempre tú! ¿Es lo único que te importa?

—¡Joder! Es que no sé qué puedo decir...

—¡Ha pasado un año, Les! ¡Un maldito año! No quisiste recibir mis visitas en la cárcel, me enteré de que habías salido por Candy, esperé semanas a que te pusieras en contacto conmigo y nada, ni una jodida palabra tuya. Me volví loco de preocupación durante los primeros meses, hasta que comprendí que así había sido siempre. Lo que tú querías como tú lo querías. Ya no soy ese chicho necesitado de amor y de... las cosas materiales más básicas. No puedes comprarme con nada. Y ¿ahora qué? ¿Qué vas a hacer?

—Te quiero.

Capítulo 4

Más verdad

Stuart levantó las cejas sorprendido, y complacido también. Debía ser la psicóloga de Lucy, o eso esperaba.

—Pásamela.

—De nada.

—Rina...

Stuart cogió el teléfono y tapó el auricular con una mano para dirigirse a Laura, que lo miraba expectante, pero a la que no se le veía la más mínima intención de abandonar el despacho.

—Laura, seguiremos luego, debo atender la llamada.

—Por supuesto —dijo la joven cogiendo sus cosas y sonriéndole con indolencia.

Stuart respiró hondo y se dispuso a enfrentarse a lo que fuera que había al otro lado de la línea.

—Doctora —dijo—, al habla Stuart K. Lyon.

—Buenos días, Lyon, he oído hablar mucho de usted... en las últimas dos horas.

—¿Solo en las últimas horas? —reconoció con genuina sorpresa.

—Mi clienta no tiene por costumbre parlotear sin sentido, pero en esta sesión ha sido especialmente... descriptiva. Sobre todo, con el tipo de torturas que le tiene a usted preparadas.

—Ya, bueno. No es la única persona con esas fantasías.

—Pero verás, yo tengo cierto... ¿cómo decirlo?, reparo. Sí. Tengo cierto reparo a que trate de hacerlas realidad.

—Doctora Kierlovsky, soy abogado, ¿tengo que recordarle la confidencialidad entre médico y paciente?

—De hecho, mi paciente está aquí conmigo presenciando esta conversación.

Stuart no supo qué contestar a eso. Lo había sorprendido. ¿Por qué Lucy le habría pedido a su psicóloga que lo llamara?

—¿Ayudante?

—Sí, perdón, es que... debo reconocer que me ha sorprendido.

—Verá, creo que lo que usted está haciendo no es mala idea...

—¿No es mala idea? Doctora, he conseguido en unas horas más que usted en varios años.

Se escuchó una risa al otro lado de la línea.

—El problema es, ayudante, que, si no dirigimos estos nuevos sentimientos adecuadamente, podemos crear más daño que beneficio. Y por si no lo ha notado, he dejado de reír. Esto es serio.

—¿Y se puede saber por qué hay que dirigir sus sentimientos?, ¿qué tal si dejamos que los lleve ella sola?

—Querido Stuart, ¿puedo llamarle Stuart?

—Sr. Lyon será suficiente.

Ella volvió a reír.

—Señor Lyon, entonces. A veces tenemos tanto dentro que no sabemos manejarlo, lo confundimos con locura, o con enfermedades físicas, no nos deja avanzar, nos postra de rodillas y termina con nuestra vida tal como la conocemos. Necesitamos una guía. Lucy necesita una guía.

—Déjeme adivinar. La guía de Lucy es usted y no quiere interferencias. ¿Me está meando en los zapatos, doctora?

De nuevo una risa al otro lado de la línea.

—No, querido. La guía de Lucy es usted, y yo, seré la suya.

Era la segunda vez que la doctora lo dejaba K.O. en pocos minutos. Desde luego le parecía una mujer muy particular, pero él no creía en todas esas chorradas de la psique. Cuántos delincuentes habían escapado a las garras de la ley, por culpa de los diagnósticos de gente como ella.

—Se lo agradezco, pero no será necesario, yo soy mi propio faro.

—No lo dudo, no obstante, le aconsejo que venga a verme. Será una sesión, si sale bien puede que sea única, en ella usted y Lucy dirán todo lo que necesitan y yo seré algo así como un árbitro de sentimientos. Quiere que Lucy confíe en usted, estoy ofreciéndole la oportunidad de acelerar el proceso.

Stuart pensó un momento en lo que la loca esa le planteaba. Podía ser una buena oportunidad para sacarle a Lucy información, él no creía en los psicólogos, así es que cuando George le planteó usar uno en las declaraciones

de Lucy se negó. No quería que nadie manipulara lo que ella debía decir, y no iba a arriesgarse a que se pusiera en duda en el juicio. Pero después de todo, también podría serle de ayuda en ese momento, podía llamarla como testigo, y aunque por la confidencialidad había muchas cosas que no podía decir, él podría... sí, podría ser, lo haría. ¡Qué Demonios!

—Lo haré, pero a cambio usted me contará qué significa para Lucy la palabra *control*.

—Sabe que no puedo hacer eso. Pero espero que sea ella quien lo haga, quizá no hoy, pero pronto.

—¿Hoy? ¿Quiere reunirse hoy?

—Es una forma de hablar, Lyon. Pero estaría bien mañana a las once, es la hora que tengo reservada para Lucy.

Stuart lo pensó un momento.

—De acuerdo. Dele la dirección a mi secretaria. Ella reorganizará mi agenda, pero Kierlovsky... haga que merezca la pena.

Stuart pasó la llamada a Rina nuevamente, sin siquiera despedirse.

Y con esto Lucy se había asegurado de que no volvería a verlo antes de intentar manejarlo en un terreno que le resultara cómodo de nuevo, el despacho de su doctora, pobrecita si pensaba que por ello iba a poder mantener el control. De nuevo la maldita palabra. Sabía que lo necesitaba para sentirse segura, pero era algo que iba a perder en el tribunal, en cuanto el abogado de la parte contraria comenzara con sus preguntas, o si declaraban los acusados; debía aprender a lidiar con ello antes de que pasase.

* * *

Olga Kierlovsky colgó el teléfono tras despedirse de Rina, la encantadora ayudante del ayudante. Desde luego era un hombre con mucha soberbia, muy seguro de sí mismo y muy prendado de su clienta. Iba a ser divertido verle sudar. Se atusó el cabello azul, que llevaba peinado en un corte liso por los hombros. Agarró las cuentas de colores que decoraban su cuello en una suerte de múltiples collares y dirigió una sonrisa a su clienta.

Lucy la miraba con ojos muy abiertos, en esas profundidades negras advertía el miedo, la ansiedad y la tristeza que la habían caracterizado desde que la conoció. Pero ahora había algo más. ¿Un reto? Tenían que agarrarse a eso para recuperarla.

—Es una mala idea. Llámalo otra vez y dile que he cambiado de opinión. Todo esto es una locura. Entrenaré, esa parte me gustó. Pero sola. Sin él. No quiero verlo. ¿Puedo pedir que cambien al fiscal?

—Recuerda que aún es ayudante. Y le viene bien que se lo digan de vez en cuando. Y diría que tú eres la persona idónea para ello.

—¿Yo? Yo no soy nada.

—Tú eres todo tu mundo, Lucy. Tú eres lo único que necesitas para recuperarte. Vuelve a contarme cómo te sentiste dándole a ese saco con todas tus fuerzas.

—Poderosa.

—Eso eres, Lucy, poderosa. Es tu palabra. Quiero que te la repitas cada vez que flaquees. Te propongo que vuelvas mentalmente a ese saco y le des un gran puñetazo al puto mundo. Es una forma de mantener el control sobre ti y tus emociones. Ese control que tanto te importa. Tú eres todo lo que Lucy necesita, recuérdalo.

Lucy no pudo evitar esbozar una sonrisa.

Esa tarde volvió al gimnasio, sabía que Stuart no estaría. Él y Jeremy tenían varias reuniones y entrevistas. Acudió con Byron, que se descubrió como un gran encajador, por más que le daban, no lograban derribarlo. Ella estuvo practicando técnica y después vino su parte favorita, desquitarse con el saco.

* * *

Stuart se miró en el espejo. Había pasado otra noche en blanco. La reunión que Jeremy y él mantuvieron por la tarde con dos de los abogados de la parte contraria que querían llegar a acuerdos, no fue muy fructífera.

Uno de los chicos quería hablar, se lo veía en la cara cada vez que lo miraba. Pero el abogado lo tenía bien atado. Quería inmunidad completa porque, aunque el chico se rio y aplaudió las aberraciones a las que sometieron a Lucy sus amigos, no la tocó. La absolución del cobarde. Eso no iba a pasar. Jeremy había flaqueado. Pensaba que, si jugaban la carta de la declaración de un testigo, los otros chicos se acojonarían y se declararían culpables, a cambio de una condena no tan dura como la que él estaba pidiendo.

Aun así, Kawosa pensaba que merecía la pena con tal de evitar el juicio a Lucy. Habían discutido. Stuart no quería ni oír hablar de ello y Jeremy pensaba que estaba pensando en él mismo y su ascenso y no en la chica.

Su conciencia le había zarandeado durante la noche, eso y los oscuros ojos de Lucy. Era como si su cerebro se quedara colgado como los ordenadores, con la imagen de ella mirándolo desesperada, llena de rabia y dolor, fija en la pantalla.

La ducha y el apurado afeitado no habían mejorado su imagen. Eran las seis de la mañana. Se había levantado a las cinco cansado de dar vueltas sin sentido en la cama. Estas cosas no le pasaban a él. Por primera vez en su vida Stuart K. Lyon tenía remordimientos, como el resto del mundo, bueno, salvo los psicópatas; eso debería hacer que se sintiera mejor, pero no era así. Le gustaba más su mundo antes. Además, el agujero de su estómago se hacía grande por momentos, aún no había tomado cita en el médico, no debía dejarlo pasar.

Fue hasta la cocina con una toalla tapándole lo necesario y nada más. Empalmado, otra vez. Se había masturbado en la ducha, pero al parecer su miembro no tenía suficiente. Su frustración iba en aumento. Se hizo un café *latte* que tomó mirando en la *tablet* los periódicos del día. Crímenes y más crímenes, abuso de poder, políticos corruptos, y alguna lacrimógena historia de un perrito rescatado, nada nuevo bajo el sol. Su foto y un artículo sobre el caso en un pequeño espacio al final de la página de sucesos. Eso cambiaría en breve y, para entonces, más le valía a Lucy estar preparada.

Lucy. En esta ocasión la imagen se colgó en la sensación de su cuerpo bajo el suyo. ¡Dios! Ahora además era un perverso. No podía pensar en ella en esos términos, estaba mal a tantos niveles que no era capaz de procesarlo. Movi6 la cabeza para espantar esa sensación. No lo consiguió. Decidió prepararse otro *latte*.

* * *

Lucy durmió sorprendentemente bien esa noche. Suponía que el cansancio físico tenía que ver con ello. Casi todos los días se despertaba al amanecer, pero hoy estaba disfrutando de esos cinco minutos más en la cama.

El día anterior la había dejado exhausta y no solo su cuerpo, también su espíritu, habían caído rendidos como unos fardos en la cama.

Solía despertarse a las cinco de la mañana, se levantaba y, tras tomarse un café con Candance como única compañía, porque Byron ya andaba por los prados, se encargaba de dar la primera comida del día a los animales que tenía asignados. Un poco más tarde aparecían Doble M, Lester y el resto de los trabajadores. Por lo general desayunaban todos juntos unas horas después del amanecer, ella prefería retirarse y hacerlo sola en la cocina. Muchas veces Magui la acompañaba con la excusa de preparar la comida del día. La mujer iba repartiendo emparedados, frutas y ensaladas a media mañana por cada uno de los lugares en los que se encontraban los trabajadores. A veces se desplazaba en un carrito de golf por los terrenos. Cenaban todos juntos de

nuevo a las cinco y media. Ella se saltó la comida porque siempre que tenía que ver a Olga Kierlovsky se le cerraba el estómago, y se saltó también la cena para ir a entrenar, también lo hizo Byron, pero al regresar a casa se encontraron dos grandes fuentes con carnes asadas y verduras en la cocina. Y galletas, a Lucy le encantaban las galletas caseras de Magui.

Y ese era el olor que la despertó. De repente algo enturbió su buen humor. Lo recordó, hoy era el día en que lo vería de nuevo. Y Olga pretendía que se enfrentaran, quería que ella le dijera todo lo que sentía y por qué no iba a seguir practicando con él.

Volvió a taparse la cabeza con las sábanas pretendiendo que no iba a continuar con ese día. Nunca los minutos habían pasado tan rápido y tan lento a la vez. Lo sintió como una especie de tortura. Y de repente estaba en la consulta de la doctora dándole un millón de excusas para no abrir la puerta que dejaría entrar a su enemigo. Porque así lo sentía ella, como su enemigo. Un enemigo que le había hecho sentir de nuevo, y eso no le gustaba, no lo quería y no lo necesitaba.

* * *

Cuando Stuart llegó a la consulta de la doctora Kierlovsky la sala de espera ya estaba ocupada. Había albergado la esperanza de que fuese el Gigante rubio el que acompañara a Lucy de nuevo, pero la suerte no estaba de su lado en ese momento.

Byron lo saludó con un gruñido. Stuart miró a su alrededor y se fijó en que la decoración de la sala era muy del estilo de Melisa. Todo blanco y minimalista. Una mesa baja con revistas pulcramente colocadas denotaba que, o pasaba poca gente por allí, o la doctora y su ayudante eran algo obsesivas con el orden. Completaba la estancia una multitud de sillones igualmente blancos con pinta de querer quedarte a dormir y un par de sillas algo menos cómodas, una de ellas ocupada por un indio con cara de cabreo. Los cuadros de las paredes sí le gustaron, eran coloridos. No reconoció al autor.

La secretaria apareció y le entregó a Byron una taza de café. Este le correspondió con una sonrisa y un cumplido que hizo las delicias de la mujer. De acuerdo, la cara de cabreo se la reservaba a él.

—No tendrá uno de esos para mí, ¿verdad? —le preguntó a la chica.

—Por supuesto, ayudante Lyon, enseguida se lo traigo y le hago pasar.

—Bastará con señor Lyon —remarcó él.

Ella solo sonrió.

—No te gusta que te recuerden cuál es tu lugar, ¿eh?

Stuart no contestó a la pulla de Byron. En cambio, se fijó en el morado que lucía el indio en el pómulo.

—Alguien me ha robado el placer de partirte la cara, por lo que veo —apuntó señalando con el mentón hacia él.

—Cuando quieras, Lyon.

Stuart cogió la taza que le ofrecía la secretaria y se quemó al dar el primer trago. No dijo nada. Absorbió el calor y sonrió a la chica como si le encantase achicharrarse de esa manera. Ella lo miró extrañada. El hombre se dio cuenta de que estaba en terreno enemigo. Nunca mostrar debilidad, ni siquiera con el último peón de la partida.

—Ayer estuve con Lucy en el antro ese que llamas gimnasio —le informó el indio.

—Ya veo.

—Me gustó.

—¿El lugar?

—No especialmente. Aunque he estado en sitios peores, pero me refería a lo que tratas de hacer con ella. Y a lo que vi en sus ojos, en su postura. En eso tenías razón, supongo.

No sabía por qué, la aceptación de Byron le produjo una gran satisfacción. Le extrañó que el indio admitiera su error, y le extrañó aún más que a él le importara su opinión. Dio otro trago al ardiente café.

—Te habría gustado más ver en directo cómo me zurraba.

—Nat lo grabó. Un poco al menos.

Stuart se puso rígido.

—Si eso sale a la luz...

—Tranquilo, Candy se encargó de jodernos la diversión, le quitó el móvil a Nat y lo borró todo.

—¿Sabes? Tu mujer es... una gran mujer.

—Sí. Lo sé.

La puerta se abrió y apareció una... señora. Stuart no sabía cómo describirla sin ser ofensivo.

Era bonita de cara, eso sí. Pero el color de sus cabellos, de un azul eléctrico, no la favorecía en nada. Llevaba una falda tan larga que rozaba el suelo y una especie de camisola de flores que se superponía con ella. El conjunto entero bien podría haberse hecho con las cortinas de la casa de su abuela. Para colmo, con cada paso que daba sonaba una miríada de cascabeles. Por un momento su idea de subirla al estrado se volvió difusa.

—Ayudante Stuart, soy la doctora Kierlovsky —se presentó la mujer.

La forma en que lo nombró le hizo perder el tacto definitivamente.

—Señora, para subir al estrado vamos a tener que hacer algo con todo eso —exclamó señalándola a ella y moviendo la mano en una especie de círculo.

Olga se asombró tanto que no supo contestar en el momento. Sí intervino Byron.

—He aquí el famoso estilo Lyon. Hasta yo sé que acabas de meter la pata. Para sorpresa de los dos hombres la mujer se echó a reír a carcajadas.

—No te sorprendas tanto, esto va a ser divertido —dijo mientras le daba unas palmaditas maternas en el rostro.

* * *

Desde su posición, de pie junto a la única ventana de la habitación, Lucy lo vio entrar en el gabinete de la doctora como si fuera el propio dueño. El muy ladino se acercó a la mesa de escritorio que era la estrella del lugar y la rozó con los dedos, despacio, casi con devoción antes de mirarla a ella a los ojos. Él seguía acariciando la mesa y ella pensó en cómo sería que la acariciase a ella con ese cuidado. Rápidamente desechó ese traidor pensamiento y una arcada le sobrevino. Se abrazó a la cintura y apartó la vista hacia el gran ventanal que dejaba ver una pequeña parte del parque Hermann.

La consulta de Kierlovsky se encontraba en el Memorial Hermann Center, un viejo hospital situado en un enclave privilegiado al otro lado de Cambridge Street, frente al gran parque. Vio pasar el centenario tren en miniatura recién reformado y decidió concentrarse en el entramado de ramas de un árbol especialmente enrevesado que la retaba desde el otro lado de la carretera. No sabía su nombre, pero se dedicó a admirar todos los cruces que lo poblaban y a contarlos. No dejó de hacerlo hasta que escuchó el carraspeo de la doctora.

—¿Empezamos? Lucy, ¿por qué no te sientas? —le dijo.

Lucy se volvió para enfrentarlos, sus ojos buscaron un sitio donde sentarse que estuviera lo suficientemente alejado de él. Eligió un sillón mullido individual en una esquina. A su lado, pero con cierta distancia, había un sofá de tres plazas, y al otro lado el butacón en el que se situaba la propia doctora. Por tanto, quedaba ver si él elegía el extremo más cercano o, como ella deseaba, el más lejano del sofá. Escogió el más cercano. Continuaba mirándola.

—Un escritorio precioso, doctora —comentó Stuart.

—Sí que lo es, tengo un amigo que los hace a mano. Un verdadero artista. Gana más dinero restaurando muebles antiguos a los pardillos obsesionados,

pero de vez en cuando hace estas cosas, generalmente las regala, no suele venderlas.

—¿David De Marco? —preguntó Stuart.

—¿Lo conoces? —se extrañó la doctora levantando una ceja.

—Me temo que soy uno de sus pardillos.

Ambos sonrieron.

El intento de aligerar el ambiente por parte de los dos no surtió efecto. Lucy estaba tan tensa que podía romperse en cualquier momento.

—Lucy —la llamó la doctora—, ¿quieres contribuir a la conversación? Es una buena forma de romper el hielo.

Ella negó con la cabeza.

—Hablar no es tu estilo, ¿eh? —la picó Stuart—. Tú preferirías pegarme.

Lucy levantó la vista hacia él y su mirada le dio la razón.

—Bien, será mejor que empecemos por algo más sencillo. Yo os haré unas preguntas y vosotros debéis contestar. Intentad que la respuesta sea algo más que un monosílabo.

Ambos asintieron en silencio.

—Stuart, empezaremos por ti. ¿Qué crees que siente Lucy en este momento?

—¿Cómo voy a saberlo? Ni siquiera abre la boca.

—Inténtalo. Ponte en su lugar. ¿Qué crees que puede estar pasando en su cabeza en este momento?

—Supongo que está fantaseando con tirarme por esa ventana que no deja de mirar.

—Eso ha sonado a reproche, Stuart. ¿Dirías que Lucy no está comprometida con esta sesión?

—Supongo.

—Te pido algo más que un supongo, ayudante.

Él la miró con fastidio.

—Está en su mundo, como hace siempre. No está aquí con esto y no está en las reuniones que mantenemos acerca del juicio. Solo piensa en su dolor.

Lucy apretó tanto los puños que los nudillos se le pusieron blancos. En el silencio que siguió a la declaración de Stuart, el sonido del chirriar de dientes de la chica pareció un trueno.

—Y eso te parece egoísta, ¿no? —continuó apretando la psicóloga.

—Pues claro que es egoísta. —Stuart se puso de pie, se quitó la chaqueta y la dejó perfectamente colocada sobre una silla. Lucy se arrebujó en el asiento subiendo los pies y abrazándose las rodillas—. Es decir, me dejé

convencer para llevar su caso, estoy dejándome los cuernos en él, la he dejado que se desfogara, aguanto a sus amigos, ¡hasta he aceptado participar en esta charada! ¿Y ella qué hace? Yo te lo diré. Nada. Eso es lo que hace. No, peor, no deja de ponerme problemas. —Cuando terminó su disertación se sentó de nuevo y cruzó las piernas apoyando un tobillo en la rodilla contraria.

Lucy no reaccionó. Continuó agarrada a sus propias rodillas.

—Y eso te molesta por el caso, ¿no?

—No, claro que no. —Se calló cuando se dio cuenta de lo que iba a decir, estuvo a punto de admitir que ella le importaba, lo cual era un absurdo producto de esta cosa de locos que estaban haciendo.

—¿No? —La doctora no quiso soltar su presa.

—Es decir, sí, claro. Es por el caso, por qué sino. Me estoy jugando mi carrera y a ella le importa una mierda.

—¿Y por qué tendría que importarle tu carrera, Stuart? —continuó Kierlovsky.

—Porque... porque... —¿Estaba tartamudeando? Él jamás había tartamudeado, pensó—. Yo estoy en esta situación por ella. Ojalá no hubiera aceptado el caso, pero para eso ya es tarde. Ahora lo único que quiero es ganarlo y olvidarme de todo esto.

—¿Y olvidarte de Lucy, también?

Stuart apretó los labios para no contestar, finalmente se decidió por la queja.

—¿A ella no le preguntas nada?

La doctora sonrió.

—Lucy, ¿qué sientes en este momento, en esta situación?

—Miedo —dijo ella casi en un susurro.

—¿Miedo? —intervino él—. ¿Porque me parezco a ese chico? ¿Sabes cuántos hombres rubios hay en Houston?

Lucy levantó un poco la cabeza y se atrevió a mirarlo.

—No es solo eso —se atrevió a comentar.

—No, claro que no. Te he visto interactuar con otros como yo.

—Como tú, no.

—Con mi aspecto físico.

—Pero tú... —Ella no sabía expresar lo que sentía cuando lo veía.

—¿Yo, qué? Vamos, dilo. Para eso estamos aquí ¿no?

—Tú me pones nerviosa. ¡Siempre quieres que recuerde, y yo no quiero recordar! —gritó ella con lágrimas en los ojos.

—¡Pero es que es la única manera! —gritó también él.

—¡Pues no quiero! —Ella se puso de pie dejando caer el cojín que había estado apretando hasta ese momento—. ¡No soporto las imágenes que se me meten en la cabeza! —acompañó la queja con palmadas en la frente.

Stuart se puso de pie y se acercó a ella, no sabía qué iba a hacer, pero tenía que parar de golpearse a sí misma. Ninguno de los dos era consciente de que en la habitación había una tercera persona, que decidió, por culpa de un pálpito, no intervenir. Lucy dio un paso atrás quedando pegada contra la pared. Él le agarró las manos y se las apretó llevándolas hacia su propio pecho.

—¡Lo único que te importa es ganar! ¡Te da igual destrozarme por el camino! ¡Maldito hijo de perra! —Lucy gritaba, pataleaba y se retorció intentando zafarte.

—Tú vas a ganar más que yo, Lucy. Dejarás esto atrás. Podrás con ellos.

—¡No podré! ¿No lo entiendes? ¡No voy a poder! ¡Volverán a reírse de mí! Y perderé de nuevo.

—No vamos a perder, porque yo soy un hijo de perra, como dices tú, más que ellos. Haré todo lo que haya que hacer para triunfar.

Ella levantó la vista y, con sus ojos inundados en lágrimas, le suplicó que fuera cierto. Él asintió.

De repente Lucy se dio cuenta de la cercanía que los unía y comenzó a pelear otra vez. Él la abrazó fuerte y ella se dejó hacer y rompió en un llanto animal de desesperación.

Ambos cayeron al suelo derrotados y abrazados aún. Lucy comenzó a hablar entre hipidos, limpiándose mocos y lágrimas con la manga del jersey. Stuart se sacó un pañuelo de lino del bolsillo del pantalón y comenzó a ayudarla.

—Era tarde. Me lo habían advertido muchas veces. Mi madre, mi abuela... *Las mujeres indias debemos tener más cuidado que las otras.* Pero yo no las escuchaba, eso no iba a pasarme a mí.

Y siguió hablando hasta contarle por primera vez todo. No los hechos aislados, sino la forma en que la hicieron sentir en ese momento y la pesadilla en que vivía desde entonces.

Les contó de las noches en vela, de los ataques de pánico, del miedo irracional a algunos hombres, de que no había sido capaz de ir sola a ningún sitio desde que pasó. De los meses que vivió encerrada en su casa antes de trasladarse al rancho de Candy. Del gran apoyo que había supuesto la ayuda de sus amigos. De las pesadillas... las pesadillas en las que todo volvía una y otra vez.

Capítulo 5

Otra vez verdad

Byron había paseado por delante de la puerta del despacho con ganas de tirarla abajo. Pero la secretaria de Olga lo había tranquilizado. La doctora le había prometido que saldría a pedirle ayuda si era necesario. No lo hizo.

Cuando por fin salieron, Stuart pasaba el brazo por los hombros de Lucy en un claro gesto protector. No sabía si eso lo tranquilizaba o lo ponía más nervioso. La joven tenía el rostro demacrado y lleno de restos de llanto, pero eso era algo normal en las sesiones con la terapeuta.

—¿Estás bien? —le preguntó directamente.

—Estoy mejor de lo que pensaba que estaría.

—Eso es bueno.

Ella asintió en respuesta.

Byron abrió la puerta de la salida.

—Trabaja en los ejercicios de respiración —se oyó la voz de Kierlovsky.

—Lo haré —contestó Lucy.

—Sé que lo harás, querida. Le decía a Stuart.

Él la miró con cara de pocos amigos y se fue despidiéndose con un gesto de cabeza, cuando ya había pasado la puerta se volvió hacia Lucy.

—Nos vemos mañana en el gimnasio y, por favor, no pegues tan fuerte —le pidió guiñándole un ojo.

En la boca de la chica apareció una tímida sonrisa.

Una vez en la furgoneta, Byron y Lucy abrieron las ventanillas para dejar pasar el frescor ya nocturno.

—No voy a preguntarte qué ha pasado ahí dentro, si quieres contármelo sabes que te escucharé.

—Quiero contártelo, pero en casa, con Candy presente y una taza de té.

Byron puso en marcha el motor y se dirigió a Wellstone, eran unos cuarenta minutos. Sabía que los harían en silencio, pero eso era algo que a él no le importaba, al contrario, lo disfrutaba.

* * *

Stuart conectó el motor del potente deportivo que conducía por la ciudad, el pequeño vehículo rugió en la oscuridad, tal como estaba haciendo su pecho.

De nuevo le atacaba la sensación de algo quemándose dentro de él. No quería ir a urgencias, pero mucho se temía que fuera algo serio. Sacó su teléfono y buscó el número que había grabado cuando habló con Jeremy.

Sonaron cuatro tonos antes de que el tal Leo contestara.

—¿Sí? —se oyó una voz tranquila y melodiosa en un solo vocablo.

—Hola, soy Stuart Lyon, de la fiscalía, ¿me recuerdas?

Al otro lado se hizo el silencio durante quince largos segundos.

—No sé qué ha hecho Lester esta vez, pero yo no tengo nada que decir ni sé dónde está —contestó por fin.

—¿Lester? —se extrañó Stuart—. No llamo por Lester, es por mí... yo... tengo un dolor terrible en el pecho, Jeremy me dijo que te llamara.

—Oh... bien... yo... sí, claro. Pasa por el hospital, estoy de guardia.

—Preferiría no ir al hospital, no puedo permitírmelo.

—¿No tenéis seguro médico en la fiscalía? —se burló Leo.

—Quiero decir que no puede saberse que estoy enfermo.

—Seremos discretos, créeme, soy el mejor en eso. Te estaré esperando en la puerta de urgencias. Houston Methodist Hospital. ¿Dónde estás ahora?

—Estoy... —pensó en cómo explicarle que estaba en la puerta de un hospital en el que no tenía la más mínima intención de dejarse atender. Ahí lo conocían y si había algo podría salir a la luz—. Da igual, te aviso en cuanto esté llegando. Y oye...

—¿Sí?

—Gracias.

Leo no podía estar más sorprendido. Buscó al doctor Estévez, era un veterano de guerra reconvertido en pacifista, pero con un aspecto de los que impresionan. Grande, muy fuerte, con barba y una importante cantidad de tatuajes.

—¡Doctor! —lo llamó cuando lo encontró en cafetería.

—¡Brewster! Qué placer verte, ¿cómo te va?

—La noche está siendo tranquila —contestó sentándose a su lado con la confianza de los que han pasado juntos muchas horas, algunas en lugares más

privados.

—Necesito algo —le dijo sin preámbulos.

—Como todos —contestó el otro removiendo su café a la vez que se zampaba media rosquilla de azúcar de un bocado.

Leo conocía muy bien esa boca.

—Lo que yo necesito es un favor —le dijo mirándolo a los ojos.

—Y cuándo no —contestó el otro con cierto resentimiento.

—Jordan...

—Perdona, no sonaba tan mal en mi cabeza.

—Déjalo, hablaré con Tami.

—No. —Dejó el donut a medio terminar sobre el plato y se acabó el café de un trago—. Soy todo tuyo, ¿qué necesitas?

Leo dudó unos instantes, apreciaba a Jordan, pero no lo amaba, no podía amar a otro que no fuera el capullo de Lester, no sabía por qué tenía que ser así, pero así era.

Jordan era un gran tipo, con principios muy marcados, sin problemas con su sexualidad. En una de sus noches de pasión le había contado que fue una decisión que tomó tras volver de la guerra, y sus compañeros del ejército, aquellos que seguían vivos, lo entendieron. Cuando la muerte te toca cerca, comprendes muchas cosas que hasta ese momento te son vedadas.

—Tengo un amigo...

—¿Qué clase de amigo? —le interrumpió el doctor.

Leo debería haberse ofendido, pero decidió dejarlo pasar, Jordan se mostraba algo resentido con él, era normal, él se había sentido así muchas veces con Lester. ¿Era eso? ¿Él amaba a Lester, pero Lester solo sentía cariño y deseo por él? Sacudió la cabeza en un intento de ahuyentar los sentimientos que le estaban invadiendo.

—Hetero.

—Lo siento, de nuevo te pido disculpas.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Dime, qué le pasa a tu amigo hetero —replicó sonriendo con pocas ganas, y se zampó el resto del donut que había dejado olvidado en medio de la conversación.

—Dolor torácico dice. Por cómo me estaba hablando tranquilamente, diría que es una indigestión leve.

—O mal de amores.

—No lo descarto.

—¿Y cuál es el favor? Si es por el pago, no te preocupes, ya despistaremos lo que haga falta.

—No. Al contrario, puedes meterle lo que te dé la gana. Tiene pasta a rabiar. Pero necesita discreción.

Leo fijó su mirada en el desfile de profesionales que no dejaban de acumularse en la cola del mostrador en busca de su dosis diaria de cafeína. Solo con el café que tomaban los sanitarios se podría mantener un país.

—¿Un famoso?

—Eso se cree él. No, en realidad es ayudante del fiscal, pero el caso en el que está trabajando será famoso en breve y no quiere demostrar debilidad.

—Tiene bastante sentido. Si tiene algo de corazón realmente, le aconsejaré dejar las emociones fuertes, y desde luego eso incluye un caso famoso.

—Por lo que lo conozco, creo que escogería muerte.

—Bueno, vamos por partes. ¿Quieres tomar algo?

—No. Tengo que volver a urgencias, estará a punto de llegar.

—Está bien —claudicó Jordan—, soy un hombre paciente. Ve haciéndole electrocardiograma, placa y analítica completa, ya sabes, enzimas cardíacas y demás. Tengo que hacer una visita en planta y después os buscaré por urgencias. Lleva el ecógrafo al box, le haremos un repaso completo para descartar toda posibilidad.

Leo sonrió y, tras levantarse, se encaminó hacia la zona de salida de la cafetería.

Los pocos minutos que tardó en llegar los dedicó a pensar en Lester, siempre era así, intentaba comenzar algo nuevo y él se le metía en la cabeza. Desde que apareció en el apartamento había vuelto a remover todo su mundo. Y su cuerpo.

Se situó en la puerta de urgencias a esperar a Stuart. Un par de minutos después lo vio dejar su coche en la zona reservada para trabajadores. No le dijo nada, en fin, era el fiscal, ¿no? Si se ponía a malas con él era posible que Lester no pasara la próxima revisión. Y eso era algo que a él no debería importarle, ¿verdad?

* * *

Dos horas después con los resultados en la mano, el doctor Jordan Estévez lo miraba con interés.

—Lo que usted describe se parece a los síntomas de mi hija de quince años cuando me habla de su novio —le soltó.

Leo agachó la cabeza intentando aguantar la risa. Stuart se arrancó los cables del electrocardiograma de malos modos y se puso en pie.

—Mire, doctor, entiendo que a usted le parezca muy gracioso, pero yo no me puedo permitir estar preocupándome por mi salud en estos momentos.

—No debería hacerlo desde luego, está usted como un roble. Como un roble sano, claro.

—Suficiente —levantó la voz Stuart.

—Mire, en cada uno de los episodios que usted ha descrito estaba con una chica en concreto.

—No estaba con una chica, estaba con un caso.

—De acuerdo. Existe algo que se llama Síndrome del corazón roto; eso quiere decir que una acumulación de stress puede provocar síntomas parecidos a los de un ataque cardíaco, pero en realidad solo necesita descanso. Si se lo provoca una chica o un caso deberá averiguarlo usted mismo. Aquí tiene una receta de melatonina, es algo inocuo para la salud, pero que le ayudará a dormir. Acépteme un consejo: analice sus sentimientos y tómelos con calma.

Stuart arrugó la receta y la tiró al suelo.

—Puede meterse sus consejos por...

—Lyon —le cortó Leo—, te acompañaré a la salida.

—De nada —se rio Jordan cuando los otros dos salían.

Stuart sacó la tarjeta de crédito en el mostrador y le pasaron los cargos. No quería que la compañía de seguros tuviera constancia de las pruebas que se había hecho. Leo lo acompañó hasta la salida, y cuando el otro iba a seguir su camino lo cogió del brazo.

—Puedo decirle que te recete algo para tranquilizarte cuando te pones nervioso, pero todo tiene efectos secundarios: sueño, cansancio...

—No, si estoy bien no necesito nada, debo mantener la cabeza clara, es importante.

—Mira, yo sé lo que le pasó a Lucy, lo que no has querido contar ahí dentro, eso es normal que te afecte. Prueba con el yoga, es una gran terapia.

—Prefiero el boxeo, pero gracias.

Leo vio a Stuart afectado, Jordan no había sido precisamente agradable, pero el diagnóstico no admitía error. A Stuart lo ponía enfermo Lucy, en su mundo eso se llamaba amor, en el del fiscal era un desastre, y de los grandes. Él había visto a la chica, era muy guapa, una dama en apuros, curioso, no es lo que él suponía que le pegase al insufrible ayudante, pero la vida es así,

tampoco él debería estar pillado con Lester y ahí seguía más de diez años después de haberlo conocido.

Capítulo 6

Tiempos pasados

Doce años atrás

Sentía hambre y frío, pero no era nada comparado con el miedo. La vida no había sido justa con él, eso estaba claro, aunque de nada servía quejarse. Sobrevivir, eso era lo único que importaba. Su madre siempre había dicho: «Un minuto, solo debemos sobrevivir al próximo minuto, un minuto más y todo irá bien». Así es que contó otro minuto y bravo, había sobrevivido.

Leo nunca supo quién era su padre, su madre le habló de un marinero apuesto que murió en un rescate en alta mar. Le habló de un héroe de guerra que falleció en una incursión muy peligrosa. Le habló de un voluntario de ayuda humanitaria que había muerto de una enfermedad mientras trabajaba en un pueblo africano. Él sospechaba que había sido un drogadicto o un alcohólico o un proxeneta... o simplemente un cliente cualquiera en un mal día.

Su madre lo había querido mucho, le contaba historias preciosas de gigantes y princesas y ogros. Pasaban horas charlando y mirando las estrellas; eran libres. Apenas pudo ir al colegio porque siempre se estaban mudando. Cuando era pequeño, muy pequeño, la vida era un juego continuo para los dos. Él pensaba que su madre era la mejor del mundo, la más divertida, la más aventurera, la más guapa.

Claro, que también estaban esos momentos. Los momentos oscuros, los llamaba su madre. Aquellos en los que no salía de la cama y él lloraba y lloraba y pasaba hambre y miedo. Como en ese instante. En ese instante todo era un momento oscuro.

Con el tiempo los momentos oscuros fueron haciéndose dueños de sus vidas, hasta que una señora que decía ser trabajadora social los sacó de la casa que habían ocupado, ayudada por unos hombres de blanco que agarraron fuerte a su madre y le pusieron una inyección mientras ella gritaba y pataleaba, acusándolos de ser espías que trabajaban para el Gobierno.

Entonces Leo solo tenía diez años, pero ya sabía que eso no era cierto. Supo que los de blanco venían de una institución para locos, y que la señora iba a llevarlo a una casa normal. La palabra normal era odiosa. Su madre siempre lo decía: «Todo lo normal es aburrido, nunca seas normal, cariño mío. Debes ser un príncipe o, mejor, un pirata».

Menudo pirata estaba hecho, si su madre pudiera verlo... En una esquina cualquiera tapado con harapos y sobre unos viejos cartones. Lo que nunca podía faltar era su linterna y su libro. Había leído mil veces *Las aventuras de Huckleberry Finn*, y las leería mil veces más. Huckleberry tenía a Jim, él solo tenía su libro y su linterna.

Habían pasado cuatro años desde que se llevaron a su madre. En ese tiempo había estado en varias casas de acogida. La última vez que lo pillaron el trabajador social de turno le dijo que había tenido mucha suerte, le tocaban buenas familias, familias que solo querían su bienestar.

En la primera la señora Jingle, una mujer con olor a galletas y perpetuo delantal, además de un poblado moño blanco, le contaba cuentos, tal y como había hecho su madre. Todos los domingos después de misa iban a verla. Pero Cat ya no era Cat, ahora era simplemente Catherine, alguien normal. Le decía que estudiase, que aprovechara el tiempo, que se hiciese un gran hombre. Ya no había piratas ni héroes en su mundo.

Su madre había sido diagnosticada como esquizofrénica paranoide. Mientras estuvo en la calle, tomaba la medicación durante un tiempo, y cuando creía estar bien se daba cuenta de que le aturdí los sentidos y la dejaba. Eso la convertía en alguien maravilloso y horrible a la vez. Alguien que sufría y vivía al límite en todo momento. Alguien incapaz de cuidar de un niño, o de ella misma. Su madre no era agresiva, nunca lo había sido. Solo estaba en un mundo que no la comprendía.

Leo se adaptó a la vida con la señora Jingle, iba al colegio, hacía los deberes, era un gran lector, aprendía con facilidad, y tachaba en el calendario todos los días hasta que por fin era sábado. Vivía pensando en que llegara el domingo para poder ver a su madre. Estar con ella, que le contara uno de sus cuentos, aunque ya solo fueran palabras sin luz. Necesitaba el contacto físico

con ella. Fueron cinco años de paz y tranquilidad en la vida del ya jovencito Leo.

Hasta ese domingo. El día que lo cambió todo. El domingo en que no pudo ver a su madre. Ese día se despertó temprano, como siempre que sabía que vería a su madre. La casa estaba en silencio y no olía a galletas, eso le extrañó, fue hasta el dormitorio de la señora Jingle y sintió que la pena lo arrastraba de nuevo a un lugar oscuro. Sabía lo que significaba la palidez de la mujer, el gesto ladeado de la cara y la abierta y perdida mirada. Ese domingo nadie lo llevó a ver a su madre. Lo reubicaron con otra familia y comenzó su pesadilla particular.

Conoció un mundo de drogas, alcohol y abusos. Una casa tras otra hasta que en la última robó el bote del dinero y se largó a vivir en las calles. Estaba solo, y nunca más volvería a ver a su madre.

En ese momento todo aquello ya no importaba. No la había vuelto a ver y tenía hambre, frío y miedo. Huckleberry y Jim acababan de escaparse y eso era algo que él no podía hacer. Estaba atrapado. Quería sentirse libre como tantas veces le había dicho su madre, pero no podía. Esta no era la vida que él quería.

Él deseaba un fuego que lo mantuviera caliente, un plato de sopa, más libros. Quería estudiar, quería ser como los enfermeros que ayudaban a Cat. Los que hablaban con ella, los que la sostenían en sus crisis, los que trataban de comprenderla. No quería ser médico, eso no le parecía especial, él quería estar con los pacientes, quería el contacto con ellos.

Pero ¿qué tenía? Su libro, unas zapatillas baratas, pero de calidad, que le había comprado la señora Jingle y que se le estaban quedando tan pequeñas que llevaba los dedos encogidos, y una manta raída. Sabía lo que tendría que hacer, y pronto, para conseguir comida. No le gustaba, pero era lo que había, mientras estuviera en la calle, podría escoger él. Si volvía a cualquiera de las casas de acogida que le tocaron en los meses posteriores a ese maldito domingo... no. Eso no iba a pasar.

Un chico caminaba por la cera en dirección a él. Le calculó su edad, unos quince años. Lo estaba mirando con curiosidad. Se plantó delante y aseveró:

—Mi tío dice que los que pedís en la calle sois unos vagos.

Él lo miró a los ojos, eran de un reluciente azul, aunque estaban algo rojos, probablemente hubiera llorado, o bebido. Le resguió de arriba abajo con la mirada. Llevaba ropa de rico. Un polo azul claro, unos vaqueros muy nuevos y unas botas de *cowboy* relucientes. Piel buena, si se las quitaba y las vendía sacaría para comer un mes, incluso para estar caliente.

—No lo mires así, ¿eres marica o qué? —comentó otro chico que se había acercado a ellos. Tenía una postura mucho más agresiva y los puños dispuestos para pelear. También iba bien vestido, pero su ropa se veía más usada.

Leo continuó sin contestar, intuía peligro y prefería no provocarlos, si lo dejaban hecho papilla no podría conseguir comida.

Una chica rubia se colocó junto a ellos.

—¿Qué hacéis? Hola, soy Candy, ¿cómo te llamas? —le preguntó la joven.

Era muy guapa, muy rubia, se parecía al primero de los chicos, pero en agradable. El segundo matón cambió rápidamente de postura volviéndose un joven lobo con piel de cordero.

—Vámonos, chicos —ordenó—, vuestro tío Jack nos estará buscando.

—Espera, Dustin —pidió la joven mientras sacaba unas monedas del bolsillo de su vestido, alargó las manos y, cogiendo una de él, sucia y renegrida, le puso el dinero dentro—. ¿Quieres que llamemos a alguien para que te ayude? —le preguntó.

Él hizo un gesto negativo con la cabeza. Era un ángel, la chica rubia era su propio ángel. Y le sonrió.

Los tres se alejaron, pero el primero de los jóvenes se volvió y dejó caer un paquete de galletas sobre su regazo. Un amago de sonrisa ladeada apareció en su rostro. Era guapo, mucho, y a Leo le dio un vuelco el corazón. En ese preciso instante entendió que acababa de ganarse un gran problema.

Un minuto más. Solo tenía que sobrevivir al próximo minuto.

Capítulo 7

De nuevo, atrevimiento

Lucy cogió las llaves de la furgoneta que usaban en el rancho para ir a la ciudad. Durante el paseo que había dado al alba con su querida Survivor, se había infundido valor. Era la primera vez que iba a ir a la ciudad sola. En la cena se había mostrado categórica. Byron había protestado, pero Candy la apoyó; siendo dos contra uno se vio obligado a llamar a la familia de la joven, pero contrariamente a lo que él hubiera creído, también estaban con ellas.

Lucy sabía que a Byron le preocupaba un nuevo ataque, pero los desgraciados que la habían atacado se estaban portando bajo los estrictos términos de la fiscalía. Lo ocurrido hacía unos meses en el bar de La Loba Celta ya se había resuelto y ella debía confiar en que no pasaría nada de nuevo. Debía comenzar a vivir. Y este era el primer paso.

No. En realidad, el primer paso lo había dado la tarde anterior en el despacho de la doctora. Sintió un gran alivio al contarlo todo con pelos y señales. La única persona con la que había hablado tan crudamente con anterioridad había sido Candy, ya que ella había pasado una situación parecida, sintió que la entendía bien. Pero ayer... se lo había contado a dos personas que no sabía cómo iban a reaccionar.

Por lo menos él. Pero Lyon fue... comprensivo, amable, tranquilizador. No fue el Lyon que ella tenía en la cabeza. La obligó a enfrentarse a todo eso que había en su interior y descubrió con alivio que en cierto modo era sanador.

Por primera vez, tras una pesadilla pudo volver a dormir. Se despertó gritando, sudando, sintiendo que se ahogaba bajo el peso de la bestia. Pero en cuanto abrió los ojos, la oscuridad desapareció, en todos los sentidos. Pudo respirar con tranquilidad, el pulso volvió a ralentizarse, se imaginó cabalgando a Survivor y consiguió volver a dormir. Sin pastillas.

Ahí estaba en este momento, agarrada al volante. Solo tenía que meter la marcha y el vehículo se deslizaría. Contó hasta tres. Volvió a contar hasta tres. Respiró. Metió la marcha y el motor ronroneó al pisar el acelerador.

Tomó dirección a Houston.

* * *

Stuart estaba nervioso. Apenas había dormido. Tras la infructuosa visita al hospital se marchó al despacho. Estuvo escribiendo todo lo que Lucy le había contado, añadiendo notas al margen de los testimonios anteriores y preparando nuevos interrogatorios. A las tres de la mañana llamó a Jeremy.

—¿Qué pasa? —preguntó asustado su amigo.

—¿Estás despierto?

—¿Qué?

—Perdona, claro que lo estás. Necesito que vengas, tenemos que trabajar.

—Stuart, son las tres de la mañana. ¿Ha pasado algo?

—Sí. No. No, bueno, sí.

—¡Lyon, no me jodas!

—Lucy me lo ha contado todo, todo. Con todo tipo de detalles. Estoy preparando nuevos interrogatorios, estaría bien que nos pusiéramos los dos al tajo.

—¿Y tiene que ser de madrugada? Que yo sepa el juicio no es mañana, ¿o sí?

—No, pero...

—Me vuelvo a la cama, y tú deberías hacer lo mismo. Mañana te veré a primera hora, y más te vale tener mucho café. Por cierto, inventa una excusa plausible para Roxie.

—¿Roxie?

—A ella también la has despertado.

La comunicación se cortó.

Stuart pensó que Jeremy tenía razón, debía dormir. El día comenzaría en unas horas y él debía presentar varias pruebas al juez para que la defensa pudiera revisarlas y solicitar un nuevo careo entre los acusados; según lo que Lucy describió en el despacho de Kierlovsky, claramente había un eslabón débil e iba a aprovecharlo al máximo. Y por la tarde la vería de nuevo a ella. El corazón comenzó a batir en su pecho y él se levantó asustado de la silla, podría ser que... se echó a reír, era una locura.

Finalmente hubo de reconocer que sentía compasión por la chica, no era algo que fuese con él, pero así era. Tomó una decisión. A primera hora

llamaría a Melisa y saldrían por la noche para celebrar que el caso tenía buena pinta por primera vez. La gente no era consciente de lo importante que eran los detalles en sus declaraciones. Estaba seguro de que en cuanto presionara al chico más débil, este se desmoronaría y confesaría. Ahora debía decidir si quería ir a juicio y ganar a lo grande, o prefería llegar a un acuerdo y ahorrarle el espectáculo a Lucy y el dinero al Estado.

Decidió echarse en el sofá a sopesar los pros y los contras de cada una de las alternativas.

* * *

Laura Johnson entró en el despacho llamando cuando ya estaba dentro, como era su costumbre. Se quedó muda cuando vio a Stuart tumbado en el sofá, desde luego ese tío era aún más adicto al trabajo que ella. Se acercó a él y le dio en los pies hasta que aterrizaron en el suelo.

—¿Qué pasa?! —se despertó alterado Stuart.

—¿Has dormido aquí? —le preguntó la chica cruzándose de brazos, curiosamente su chaqueta no hizo la menor arruga.

Stuart abrió los ojos con cuidado, la luz inundaba el despacho. Se tapó la cara con las manos y un sonido parecido a un quejido salió de su boca. Se restregó los ojos y, por fin, se incorporó en el asiento.

—¿Y? —insistió la chica.

Stuart se retrepó en el sofá.

—Eso parece —contestó.

Laura comenzó a recoger documentos del suelo y los apiló en la mesita frente al él. Se acercó a la mesa de escritorio y conectó el intercomunicador.

—Rita, por favor, trae un café muy cargado para el señor Lyon.

—Es Rina, mi nombre, digo. Y no soy camarera, pero puedo pedir uno al Starbucks.

—Trae café, Rina.

—Si trae uno para ti, yo no lo probaría de estar en tu pellejo.

—¿Crees que me asusta tu secretaria?

—Prefiere ayudante.

—Ayudante del ayudante, no está mal.

—Espero que eso sea temporal, ella ascenderá conmigo.

—Suponiendo que consigas el puesto.

—¿Lo dudas?

Laura sonrió ladina.

—La verdad es que no. Y espero, que tengas en cuenta quién te está ayudando.

—¿Me estás ayudando?

—Traigo algo para ti.

—¿Sí?

—¡Ajá!

—Deja que me asee y me cambie de camisa y nos ponemos a trabajar.

Unos minutos después, sonaron unos golpes en la puerta y un joven vestido de uniforme entró en cuanto Stuart dio permiso. Les dejó una bandeja con dos cafés largos y una caja de rosquillas.

Stuart 07:45

¿Puedo coger cualquiera de los cafés?

Rina 07:56

Me temo que sí, me he portado bien.

Soy una persona compasiva y temerosa de Dios.

Stuart le contestó con un emoticono de risas con lágrimas y le dio un buen trago al café.

Tras quitarse la camisa, se echó a la cara agua tan fría que sintió que se le congelaban las pelotas. Se aseó también el pecho y en las axilas. Se secó y colocó una camisa azul limpia de las que tenía en uno de los armarios del amplio cuarto de baño, se puso crema en las ojeras y otra diferente en la cara. Era muy rubio y poco peludo. Se afeitaba día sí día no y solo porque le gustaba ir bien rasurado, pero si un día se saltaba el afeitado, tampoco era algo que se notase mucho. Se anudó bien una corbata con el mismo fondo de color que la camisa y unas rayas de un tono más oscuro.

Cuando apareció por el despacho de nuevo, era imposible adivinar que era la misma persona que se veía hecho una piltrafa hacía solo unos minutos. Laura pensó que el mundo era muy injusto en cuestiones de genética, a ella le costaba una hora todas las mañanas lucir su actual aspecto.

Stuart se sentó a su mesa, Laura ya estaba en el otro lado. Lo primero que hizo fue terminarse el café, después se zampó un donut y, tras limpiarse, se dirigió a ella.

—Y ¿qué es lo que tienes?

Ella dejó una carpeta sobre el escritorio.

—He puesto a mi mejor investigadora en el asunto. Y... no fue la primera vez.

Stuart se quedó paralizado, dejó en la caja el segundo donut y, después de limpiarse las manos en un pañuelo de papel, cogió el expediente que le tendía su compañera.

Lo abrió y comenzó a pasar la documentación. Había fotos, declaraciones juradas, lugares y fechas.

—¿Alguna de estas chicas estaría dispuestas a testificar en un juicio?

—Les hemos dicho que de momento no es necesario, pero nadie tiene por qué saber lo que va a pasar, ¿verdad? El futuro es incierto, y han firmado las declaraciones.

—Preferiría no tener que contar con testigos cabreadas o con miedo, pero ayer tenía cero y hoy tengo cien. Soy un hombre con suerte.

Stuart apartó la carpeta un momento y miró a Laura extrañado.

—¿Y me das esto así, sin más?

Ella se rio.

—No seas idiota, hombre. He tratado de pasar por encima de ti, por supuesto, ayer fui a ver a Jake, pero me ordenó que te lo entregara todo y me pusiera a tu servicio.

Stuart sonrió.

—Esa sí es la Laura que conozco, ahora me siento más tranquilo.

—Y tú, ¿tienes algo?

—Tengo al eslabón débil.

—Pues con esto —indicó con el dedo índice su carpeta— y un mono parlanchín asustado, igual no tienes por qué ir a juicio.

—Lo sé.

—Claro, que sería un juicio ganado de antemano.

—Sí, lo sería.

—Pero a ella la destrozaría en el proceso.

—Sí. Eso es seguro.

—Pero para tu carrera un juicio así... de repente te convertirías en una estrella.

—Efectivamente.

—Y ¿qué vas a hacer?

—Lo estoy sopesando.

—¿Te estás ablandando? —se burló la joven.

Stuart no contestó, debía escoger entre otro ser humano y él mismo. Después de todo, era una persona egoísta y no lo ocultaba.

* * *

Lucy golpeaba el saco siguiendo los golpes que le marcaba Kangaroo.

—*Jab, jab, upper, upper, jab, croch, jab, croch, upper, upper, hook, hook, hook, hook.* ¡Vamos, vamos! Otra ronda.

A Lucy le ardían los pulmones, antes de ponerse a dar golpes habían corrido toda la manzana que rodea el gimnasio, varias veces. Iban en grupo, unas diez personas, hombres y mujeres, fue en ese momento cuando vio un par de motos que le resultaron familiares y se imaginó que, después de todo, sus amigos no andaban lejos. Sin darse cuenta se había quedado la última del grupo y el entrenador se puso a su lado.

—No te distraigas, novata. Si no nos sigues el ritmo te tocará ración extra de flexiones.

Ella sonrió y apretó el paso. Se sentía bien, el ejercicio tenía algo de liberador, el hecho de estar en grupo la fortalecía, había pensado que sentiría miedo, pero la verdad es que se sentía valiente por primera vez desde hacía mucho tiempo. Miró con dolor reflejado en los ojos el último tramo de escaleras que debían subir antes de enfilear por última vez la calle que llevaba hasta el gimnasio.

Una vez dentro no hubo tregua, saltos a la comba, flexiones, abdominales y algunos ejercicios con pesas rusas, y cuando todos sus músculos temblaban por la necesidad de una tregua, venía la técnica, lo que más le gustaba y lo que mejor se le daba. Se había aprendido los golpes con mucha facilidad y era capaz de concentrarse hasta tal punto que casi nunca fallaba y eso que era *la novata*.

—Bueno, chica, vamos a hacer una serie larga de golpes de puñalada, como dicen los cubanos. Empezamos con la derecha y... *hook, hook*, derecha, izquierda, izquierda, izquierda, derecha, vamos, vamos... —Kangaroo seguía gritando mientras iba hacia otro de los sacos a increpar a otro desgraciado.

En el gimnasio había varias pantallas de video, algunas ponían peleas de profesionales, otras *amateurs*, y otras el entrenamiento del día, aunque a Kangaroo le encantaba introducir cambios sobre la marcha, por lo que no debían hacerles mucho caso. No podía dejar de pensar qué habría pasado aquella noche si ella hubiera sabido defenderse, le habían dicho muchas veces que no se culpara, pero estaba segura de que podría haber hecho algo más que quedarse paralizada y gritar pidiendo ayuda.

—¡Novata! Diez flexiones, te has saltado un golpe.

—Pero...

—Añade diez saltos a la comba, ¿algo más que decir?

Ella se echó al suelo en completo silencio. No volvió a perder el hilo del entrenamiento por culpa de sus cavilaciones. Y se dio cuenta de que, a pesar del cansancio, algo de lo que corría por su torrente sanguíneo la hacía sentirse bien, fuerte e indestructible.

Cuando Stuart entró el gimnasio vio a Kangaroo corrigiendo a Lucy la postura.

—Hombre, Rubito, ya no te esperábamos. Te veo muy fresco.

—No me toques los cojones, entrenador.

—Señor entrenador para ti. Tienes diez minutos para hacer dos recorridos completos, carrera corta, escalones, comba, flexiones, abdominales y rusas.

Stuart se había cambiado en el despacho antes de dirigirse al lugar. Llevaba un pantalón corto gris y una camiseta de Los Texas Rangers. Miró a Lucy y le sonrió haciendo con el dedo el gesto de la locura en dirección a Kangaroo. Ella soltó una risita y Stuart casi se sintió culpable por lo que le iba a hacer.

Capítulo 8

Una nueva verdad

Leo sintió que el estómago le daba un vuelco. El corazón dejó de latirle y las piernas comenzaron a temblarle. Nunca le había dicho eso. Él sí lo había hecho, desde que eran apenas unos críos. Pero Lester... él solo se quería a sí mismo.

—Te quiero —repitió acercándose a él hasta acorralarlo contra la cómoda—. Te quiero y sé que he sido un capullo, pero no... no puedo seguir sin ti, soy un jodido egoísta, lo sé, pero también sé que tú me quieres de todas formas.

—Te quería. Ha pasado un año. Lo he superado —aseguró Leo mirando hacia la ventana.

Lester pegó su pelvis a la de Leo haciéndole notar su erección, cogió la cara del joven entre sus manos y lo obligó a mirarlo.

—Dímelo mirándome a los ojos.

Leo dejó pasar todo un minuto, respiró hondo mientras fijaba su mirada a la de Lester. ¿Cómo iba a mentirle si estaba seguro de que le veía hasta el alma? Sus sentimientos eran un libro abierto para el otro hombre, desde siempre. Aun así, sacó fuerzas de lo más hondo de su razón para contestar:

—Esa frase está muy trillada. —Apartó la mirada y respiró hondo—. No debo amarte —continuó.

—No debes, pero lo haces.

—Dejaré de hacerlo, es cuestión de tiempo y te pido... te ruego que me lo des.

Lester dejó caer sus manos a ambos lados de su cuerpo.

—¿Podemos ser amigos?

—No seas ridículo, claro que no.

—Porque me deseas tanto como yo a ti. Y aunque salga por esa puerta —dijo señalando la salida—, seguirás haciéndolo. Tu piel me está llamando en este momento y sé que si te toco me dejarás quedarme.

Acercó la mano hasta rozar su hombro con la punta de los dedos.

—Te pido que no lo hagas.

—¡Dios! ¿Cuándo te has vuelto tan terco? —le preguntó.

Se dio la vuelta y comenzó a pasear como un animal enjaulado por la habitación. Desnudo, erecto, deseable.

—Pareces un puma.

—¿Qué? —Lester se paró en seco y se giró para buscarlo con la mirada.

—Tan flaco, tan rubio, tan... es como si estuvieras esperando para saltar sobre tu presa.

—¿Y tú eres mi presa?

—No. Ya no. Vete, por favor.

Lester no supo qué más decir en ese momento. No había terminado, pero ahora sería mejor que dejara de presionarlo o acabaría rompiéndose. Sabía que aún lo deseaba y eso era más de lo que tenía al principio.

—¿Puedo ducharme y comer algo antes? ¿Quizá tomar una infusión de esas que me hacías? Las echo de menos y no sé...

—Vete. Ya.

Lester se puso los vaqueros directamente, olvidándose del calzoncillo. Se metió las botas sin los calcetines y cogió la camiseta. De repente sintió que debía salir de allí o se moriría. Las ganas de echar un trago lo estaban matando, de nuevo los temblores en las manos. Se mordió el labio inferior con fuerza hasta sentir el sabor de su propia sangre. Salió del apartamento sin mirar atrás. En ese momento debía concentrar todas sus fuerzas en no beber.

Nada más salir a la calle divisó un bar. Entró. Ni siquiera llegó a luchar consigo mismo por no hacerlo. El olor a cerveza y tequila inundaba el local, el golpeteo de las bolas de billar se mezclaba con el de su sien en un rítmico baile. Se sentó en un taburete rojo y buscó al camarero con la mirada. El tipo, de metro ochenta, calvo, con muchos tatuajes a la vista y una larga perilla, rondaría los cincuenta años, pero se mantenía en forma, si armaba lío lo echaría sin contemplaciones.

—Una cerveza y un corto de tequila —le pidió.

El camarero se acercó mientras limpiaba la barra aquí y allí.

Leo lo vio desde la ventana. Estaba entrando en el bar de Ace. No podía dejar que lo hiciera y a la vez sabía que no debía intervenir, si lo hacía definiría lo que iba a ser su futuro. Una lucha constante con las adicciones de

Lester. El otro dejándose llevar y él rescatándolo una y otra vez. Y ¿no era eso lo que Lester había hecho por él cuando eran niños?

No, no era lo mismo. Su terapeuta le había dicho muchas veces que debía dejar de sentirse en deuda por todo aquello. También Candy se lo había dicho muchas veces. Candy... Los echaba de menos, desde que supo que Lester había vuelto y vivía en el rancho no había pisado la propiedad y apenas los había visto unas cuantas veces, siempre en la ciudad.

Echaba de menos hablar con Candance, y echaba de menos al pequeño Ángel. Incluso a Byron y sus locuras.

Se quedó clavado en la ventana con la mirada fija en la puerta del establecimiento, esperando, rogando porque saliera en breve por sí mismo, porque le importara más recuperarlo que beber.

Recuperarlo. ¿De verdad se estaba planteando en serio volver con Lester?

Mientras, en el interior del bar, Lester necesitaba desahogarse, escuchar a un amigo que le dijera lo que él ya sabía que debía hacer.

Sonaron dos tonos antes de que una voz masculina preguntará al otro lado:

—¿Va todo bien?

—No. Voy a tomarme una cerveza y un corto de tequila.

Capítulo 9

Tiempos pasados II

Once años antes

Lester, ese era el nombre del problema que se ganó hacía un año. Eran niños jugando a ser hombres, pero desde que se conocieron aquel día en el que el chico rubio había calmado su hambre, no habían dejado de verse.

Al principio solo pasaba y le tiraba unas monedas o algo de comer. Hasta aquel día en el que se sentó a su lado y le dijo que se llamaba Lester y que iba a cuidar de él.

—No quiero que estés en la calle, te pueden pasar muchas cosas.

—No es asunto tuyo.

—¿Y qué pasa si quiero que sea asunto mío? Es decir, somos amigos, ¿no? Mis amigos no están en la calle si yo puedo evitarlo.

—No somos amigos, solo me das tus sobras para tener la conciencia limpia.

—Ni siquiera sé lo que es la conciencia. Pero sé que no quiero que te vayas con viejos.

—¿Tú qué sabes de eso? Tengo que comer —se quejó el chico con rabia.

—Te he visto.

—¿Me estás espiando? —aseveró Leo.

El otro tan solo se encogió de hombros.

—Oye, yo soy huérfano. Si mi tío no me hubiera recogido es posible que yo... bueno, que me pasara como a ti, así es que quiero ayudarte, ¿vale? Tampoco es gran cosa.

—¿Quieres hacerme lo que me hacen esos viejos?

—¡No seas capullo! ¡Yo no soy marica! —le gritó—, solo quiero ayudarte y que tú no tengas que hacerlo.

—¡No se dice marica, idiota! Eso es un insulto. Yo soy gay, y si te molesta ya te estás largando.

El otro chico, tras quedarse callado y cabizbajo unos instantes, le sorprendió con una pregunta.

—¿Cómo lo sabes?

—¿El qué?

—Que eres eso...

—Gay, homosexual... ni siquiera puedes decirlo. Eso significa que no estás preparado para reconocer que lo eres.

—¡Te he dicho que no lo soy! Además, he estado con chicas, ¿sabes?

—¿Sí? Y se te puso dura, seguro que sí.

Lester no contestó.

Leo lo miró a los ojos y le puso la mano entre los muslos, estaba duro. Tras unos instantes de desconcierto, Lester lo empujó.

—¡No me toques, degenerado! Yo solo quería ayudarte.

—Ya, como todos, pero tú estás mejor. Por un puñado de dólares te lo hago.

—¡Vete a la mierda! —le dijo.

Se secó unas lágrimas que le caían por el rostro y salió corriendo.

Leo había sido deliberadamente cruel con el chico. Estaba claro que tenía un lío de mil demonios en la cabeza, y que intentaba aclararlo sin mucho éxito, debería haber sido más amable, pero algo en su interior le gritaba que se alejara de esa situación.

Pasaron varias semanas sin verse, Leo casi se había olvidado de aquel muchacho rubio que le llevaba comida y tenía los ojos inyectados en sangre. Hasta que a la salida de un bar lo asaltaron unos gamberros.

Lo empujaron, le gritaron y le insultaron, nada nuevo bajo el sol. Él iba a esos bares a por clientes, todo el mundo lo sabía, sabían su edad, aunque procuraba decir que era mayor. Ese día, entre los justicieros estaban el chico rubio, Lester, y el amigo con el que lo vio el primer día.

—De este me encargo yo —dijo Lester amenazador.

Leo solo sonrió, los reprimidos eran los peores, desde luego. Lester lo llevó a empujones hasta el callejón, Leo ni siquiera se defendió, el resto de los chicos entraron en el bar, a lo lejos se escuchó un coche de la policía. Una noche más en las calles de Houston de la zona baja.

—Pégame —le dijo Lester.

Leo se sorprendió.

—¿Qué? —le preguntó.

—Que me pegues o algo, mis amigos tienen que ver que ha habido pelea. Vamos, pégame.

—Tú no me vas a... no me vas a atacar.

—Te estoy salvando el culo, ¡gilipollas! Otra vez.

—No necesito que me salves. Ni tú ni nadie. —Y cargado de la rabia que sentía le dio un empujón.

—¿Es lo mejor que puedes hacer? De nada, por cierto. —Le devolvió el empujón enviándolo contra la pared.

Entonces Leo sí se revolvió y lo embistió por la cintura terminando los dos en el suelo.

—¡Joder con la nena! Se defiende bien —se oyó a lo lejos—. Lester, date prisa, viene la poli, nosotros nos las piramos.

Se quedaron en el suelo con las respiraciones forzadas y alteradas, uno contra otro. Sintiendo por completo. El primero en reaccionar fue Leo.

—Sí que tienes buenos amigos, que salen corriendo y te dejan abandonado —le dijo mientras se levantaba y sacudía la ropa.

—Todos sabemos arreglárnoslas.

Después de mirarlo un rato, cuando el otro chico hacía lo mismo que él acababa de hacer, le susurró:

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —preguntó a su vez Lester.

—¿Por qué me has ayudado? Y ¿por qué vas con esos idiotas?

—No lo sé.

—¿No sabes lo primero o lo segundo?

—Nada, no sé nada. Será mejor que nos larguemos antes de que venga la poli y nos haga preguntas.

Ambos corrieron hasta perderse por los callejones.

Durante dos años se vieron continuamente, no había entre ellos otra relación que no fuera de amistad. Lester le consiguió trabajo en una cafetería, recogiendo platos y fregando, con el tiempo llegó a ser camarero de barra. La dueña le alquiló una habitación encima del local, lo que le permitía dormir poco porque era una cafetería abierta veinticuatro horas, pero lo bueno es que tenía mucho tiempo para estudiar, se sacó el graduado y comenzó a hacer cursos de enfermería.

La primera vez que estuvieron juntos fue mágico y agónico. Mágico porque lo sintieron en cada poro de la piel y del alma. Agónico porque

mientras Leo se encontraba a sí mismo y se recuperaba de la miseria que había sido su vida, con mucho trabajo, Lester caía en la bebida y la autocomplacencia. Además de no aceptar su condición, nunca admitió su amor por Leo.

En una ocasión el tío de Lester lo pilló semidesnudo en la granja de este. Pero Candy, su primita, le salvó el culo diciendo que estaba con ella. Ese día comenzaron a alejarse.

—¿Por qué has dejado que tu prima cargue con tu culpa?

—Tú no lo entiendes, esto que hacemos está mal.

—No está mal, nos queremos.

—¡Yo no te quiero! —le gritó Lester, cuya mirada estaba inyectada en whisky.

—Entonces ¿cómo llamas a los años que llevamos juntos?

—No lo sé. No me importa, en realidad. Se va a acabar, después de esta noche se terminó.

Así estuvieron años, pasaban meses sin que supiera nada de él, y de repente aparecía. Leo no dejó sus planes, continuó trabajando y estudiando. Cursó enfermería, cambió la cantina por el hospital, la habitación por un apartamento, pero Lester siempre conseguía encontrarlo.

La última vez pensó que ya no volvería a verlo, hasta que apareció en su puerta con Candy y un bebé recién nacido. Y todo volvió a empezar. Con Lester la vida era un problema; sin él, no tenía sentido.

Capítulo 10

Sí me atrevo

Kangaroo apenas le dejó respirar: en cuanto terminó el circuito lo puso con la técnica, estaba en el saco que quedaba al lado de Lucy y de vez en cuando la miraba y se burlaba del entrenador imitando el gesto militar que este usaba en los entrenamientos, Lucy no podía evitar reírse y ambos terminaban haciendo flexiones en la lona.

Ese día la encontraba cambiada, estaba exultante, fresca, lucía una sonrisa combinada con gesto de concentración. Era hermosa, sin duda, esos ojos rasgados capaces de describir todos sus pensamientos, los labios rellenos, los pómulos salientes..., desde luego era muy guapa. No se había dado cuenta hasta ese instante hasta qué punto lo era. De nuevo esa molestia en el pecho, ese escozor, esa presión... era momento de una buena pelea.

Primero peleó con un *sparring* de su peso y altura durante diez minutos, lo tumbó varias veces, se le daba muy bien la pelea cuerpo a cuerpo. Sabía que era porque perder no estaba en sus planes, nunca. Después llegó ella.

La miró mientras Kangaroo terminaba de ponerle los guantes y le ajustaba la protección dental.

Cuando entró en el cuadrilátero se saludaron chocando guantes.

—Estáis aquí para pelear, quiero ver puños, nada de bailar uno alrededor del otro y nada más, pero Niño Bonito, ten en cuenta que estás con la Novata.

Dieron un par de vueltas alrededor tratando de adivinar cuál sería el siguiente paso del otro, sin decidirse a ser el primero en atacar, ella porque sabía que estaba en inferioridad de condiciones, él por todo lo contrario.

Por fin ella se armó de valor, ese que solo tenía entre esas cuatro paredes, y le lanzó un directo de derechas. Él lo esquivó con facilidad, ella resopló frustrada. Y lanzó un *hook* con la izquierda, consiguió rozarle el brazo; él

sonrió y la dejó hacer mientras se cubría o la esquivaba. Ella seguía lanzando un golpe tras otro.

—¿No vas a atacarme? —le espetó furiosa.

—Estoy esperando el momento.

—Estoy segura de que me he descubierto más de una vez.

—Lo has hecho.

—¿Entonces?

—No me digas cómo debo pelear yo, ¿vale? —Y le lanzó un *jab* de izquierda que le dio en las protecciones de la cara, pero sin fuerza.

—Me has dado flojo.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Crees que no seré capaz de aguantarlo?

—Hace una semana no podías ni mirarme, sí, creo que no lo aguantarías.

Ella hizo un sonido del que no fue consciente que se parecía bastante a un rugido y se lanzó a por él dándole golpes sin cesar con ambos puños, *jab*, *hook*, *jab*, *cross*, sin mirar, sin cubrirse, golpeando con rabia.

Él la abrazó para pararla y la llevó hasta una esquina, ella se debatió intentando zafarse del abrazo, y ambos terminaron en la lona, él encima de ella.

Lucy sentía el peso de un cuerpo masculino y sudoroso encima. El olor almizclado se introdujo en sus fosas nasales, el calor de él traspasaba el de ella. El sudor de ambos se mezclaba produciendo un único aroma, un único ser.

No estaba segura de qué sentía, pero no era repulsión, se parecía más a lo que hubiera sentido antes del ataque por un chico que le gustara. Esa sensación rara en el estómago, y entonces sus miradas se enredaron y dejó de pensar, sentía como si se hubiera quedado suspendida en el espacio, como si el tiempo se hubiera parado y todo a su alrededor hubiera desaparecido. Por un momento lo vio acercar su cara a la de ella y pensó que iba a besarla, pero entonces notó el bulto que la presionaba en la zona de la entrepierna y todo lo malo volvió multiplicado.

No pudo controlar su reacción, gritó, pataleó, lloró...

Stuart se dio cuenta del momento exacto en el que Lucy había tenido un vívido recuerdo de la noche en que pasó todo. Intentó apartarse, pero ya era tarde, ella había notado su erección y el mundo se le había venido encima. Él no sabía cómo calmarla. Intentó acercarse un par de veces, pero ella lo atacaba como un tigre herido. Todos en el gimnasio habían parado sus

actividades y los miraban extrañados. Un gigante rubio entró, la cogió en brazos y la sacó de allí. Por lo visto sus amigos siempre andaban cerca.

Stuart se quedó sentado en la lona. Escuchó a Kangaroo dando órdenes, diciendo que el espectáculo había terminado, y sintió como poco a poco la actividad volvía al gimnasio.

El Gigante rubio la había llevado directamente a la consulta de la doctora Kierlovsky, que había interrumpido una reunión para atenderla, le había dado un calmante y la había dejado llorar en su sofá hasta que estuvo preparada para hablar de lo que había pasado.

Stuart se fue a la ducha directamente, se odiaba por no haber sido capaz de controlar su cuerpo, ¿cómo era posible que se hubiera puesto cachondo en esa situación?, estaban teniendo una pelea como de chiquillos, solo que no eran chiquillos y ella, bueno, le gustaba, no en plan romántico, claro que no, pero la chica era muy atractiva y él era... era un gilipollas, había dado un paso hacia atrás, y si iban a ir a juicio no podía permitírselo, desde luego no podía consentir que le pasara algo así en el juicio, claro que en el juicio ningún depravado iba a ponerle su... eso encima.

Hacía mucho tiempo que Lucy no sentía la necesidad de dormir en los establos. Desde que había empezado a entrenarse, desde que era capaz de hablar con Lyon, se había sentido mucho mejor, pero todo había cambiado en un solo segundo. Olga le había dicho que tratase de concentrar todas sus energías en volver al instante antes de que eso pasara, que intentara recordar cómo se sentía; la seguridad, la fuerza, reviviendo emociones podría volver a ese punto exacto. Pero ahora solo quería encogerse y dormir cerca de su querida Survivor. Lloró hasta que las fuerzas abandonaron su cuerpo y se perdió en el mundo de los sueños.

Stuart se sentía nervioso, eran las siete de la mañana y estaba delante de la enorme verja que delimitaba el acceso al terreno de Savage. Un gran terreno que con anterioridad había gestionado Jack Shaw, así fue como conoció al grupo que componía la actual familia de Lucy, los que se habían autonombrado sus protectores, ya habían luchado contra él con anterioridad, cuando investigaba el cruel asesinato del terrateniente. En realidad, todas las propiedades del fallecido pertenecían ahora a su hija Candy, pero ella era un ser de luz, una mujer bonita y comprensiva que lo recibiría con los brazos abiertos.

—¿Qué diantres le has hecho, Lyon?

El ser de luz en persona, escoba en mano, le abrió las puertas de hierro con un mando; en cuanto se le acercó le dio un empujón y le lanzó la

acusación.

—¿Qué coño...?

—No seas soez en mi casa, rubito. Vamos, dime, ¿cómo has podido?, porque en el estado en que está no puedo creer que tú... confiamos en ti, yo te defendí delante de todos.

—Suelta esa escoba, nos entenderemos mejor si no vamos armados.

—No me puedo creer que te permitas bromear.

—No era broma.

—¿Acaso prefieres que llame a Byron?

—Sinceramente sí, en este momento tú me das más miedo.

—¿Qué has venido a hacer?

—Quiero pedirle disculpas, mira, fue algo fisiológico, no lo pude controlar. Estábamos pegados, ella es atractiva y la cosa se vino arriba sola. No sé si me entiendes...

—¿Qué hiciste qué? No me lo puedo creer. ¡Dios mío! ¡Eres un depravado!

Stuart solo pudo ver el momento en que la escoba se alzaba y apenas tuvo tiempo de alzar los brazos para parar un poco el golpe. Afortunadamente, y jamás pensó que llegara el momento en que pensara eso, llegó Byron, que agarró a su esposa por la cintura y pudo quitarle el arma.

—¡Joder! Creí que me mataba —se irritó Stuart.

—No te quejes, a George le sacó una escopeta. Lucy está montando, seguramente habrá llegado al arroyo, puedes coger uno de los caballos o llevarte el *quad*, tiene las llaves puestas.

—No puedo creer que le hayas dicho eso, después de lo que ha confesado...

—Cariño, el problema de Lucy es con la situación, no con Stuart. Cuanto antes lo resuelvan antes volverá a sentirse normal.

—¡Suéltame!

—Si lo hago, ¿estaré a salvo?

—No prometo nada.

—Me vale. —Pero antes de soltarla le arrancó un tórrido beso que los llevó de vuelta a la casa, dejando los problemas para más tarde.

El *quad* estaba delante de la casa con lo que se decidió por él, así no perdería el tiempo yendo hasta los establos que quedaban detrás. Según recordaba de cuando desapareció Shaw y tuvo que estudiar los planos de los terrenos, el arroyo quedaba detrás de la colina que se divisaba al cruzar el primer bosque y antes de llegar al segundo.

Siguió el curso del río por la vereda hasta que observó un caballo que pastaba tranquilamente en un claro del bosque; paró la moto y se acercó paseando despacio, no quería asustar al animal, ni a la mujer, ya puestos.

Lucy estaba sentada en la postura típica de meditación india, aunque también podía ser yoga, él no sabía de eso. Se acercó a ella y se acomodó sobre la hierba a un metro de distancia apoyando su espalda contra un tronco cortado de un metro de altura y bastante diámetro. Con una pierna estirada y la otra encogida se dedicó a morder hebras de hierba mientras ella terminaba lo que fuera que estaba haciendo. Se alegró de haberse puesto vaqueros en vez del traje de trabajo porque, de ser así, lo estaría echando a perder.

Sintió de nuevo la punzada en el pecho y tuvo que respirar hondo para volver a tomar aire con normalidad, ya que parecía que le faltara. Notó que no mirarla lo ayudaba. Se concentró en el sonido del arroyo, mezclado con el de la ligera brisa que inundaba el mes de mayo. Ya sabía por qué a Lucy le gustaba estar allí, se respiraba paz, tranquilidad, se sentía la vida en estado puro.

—¿Qué haces aquí?

La voz ronca como terciopelo líquido se le metió en los sentidos, haciéndolo titubear al contestar.

—Yo... yo... —Carraspeó hasta sentir su propia voz—. He venido a hablar contigo de lo que pasó.

—No quiero hablarlo.

—Tenemos que hacerlo, porque no quiero perder la confianza que teníamos.

—Confié en ti.

—Lo sé, y lo siento, pero es un acto reflejo, a veces se tarda un poco en controlarlo, ¿sabes?

Lucy abrió un ojo y lo miró con curiosidad.

—A ver, es solo un pene. No tiene por qué hacerte daño. Se pone duro o no, pero eso no quiere decir que... ¿cómo demonios haces eso? —se interrumpió a sí mismo.

—¿El qué? —se extrañó ella.

—¿Cómo puedes tener un ojo abierto y el otro cerrado?

—No lo sé. ¿Tú no puedes?

—Claro que no, eso no es normal, tiene que ser una cosa india.

—Eres idiota. Inténtalo.

Él sonrió y cerró los dos ojos, tras un montón de muecas abrió los dos de nuevo.

Lucy no pudo evitar echarse a reír.

—No es difícil, espera, te ayudo. —Se acercó a él y le puso un dedo índice en cada ojo, cerrándoselos. Le soltó uno—. Venga, ábrelo —le ordenó. Él lo hizo—. Ahora te voy a soltar muy despacio el otro, intenta mantenerlo cerrado.

Él lo abrió inmediatamente.

Stuart observó a Lucy reír con ganas, la columna de su cuello tan cerca de sus labios, el nudo en el pecho que se hacía más y más grande. La cogió por los codos y la separó de él mirándola directamente a los ojos.

—Siento haber hecho que te sintieras mal, pero no tienes nada que temer de mí ni de mi... de eso...

—Pene —dijo ella muy bajito.

—Sí. Mi pene.

—Lo sé, pero yo tampoco puedo evitar mis reacciones. Todavía no.

—De acuerdo. ¿Volverás a luchar conmigo?

—Solo si peleas de verdad.

—Lo prometo —le contestó haciéndose la cruz sobre su dolorido corazón.

* * *

Pasaron varias semanas entrenando duro. Afianzando una relación que ya no hacía falta afianzar más. Stuart continuó preparando el juicio y no le dijo nada a Lucy de la posibilidad de llegar a un acuerdo. Debía también enfrentarse a Jeremy y sabía que este le daría un ultimátum, pero la última palabra la tenía él, y él quería juicio. Tenía la fama y el reconocimiento al alcance de la mano, tenía pruebas, opiniones de expertos, otras agresiones, tenía una más que preparada testigo principal que podía arrasar en el estrado. Era su momento y debía aprovecharlo, Lucy estaba preparada para soportarlo y él la ayudaría a hacerlo.

* * *

La puerta del despacho se cerró tan violentamente como se había abierto, dejando a Rina fuera. La mujer no podía creer que el tan maravilloso y educado Jeremy se comportara de esa manera.

—¡Cuelga! —le ordenó, ya que Stuart estaba hablando por teléfono en ese momento.

—Te llamo en unos momentos —le dijo a su interlocutor.

—¿Qué cojones es esto, Stuart? —le espetó echando unos documentos sobre la mesa.

—Le he pedido al juez...

—Sé lo que es, lo que no sé es por qué has tomado la decisión de ir a juicio sin consultarlo con *mi* cliente —se quejó haciendo énfasis en el *mí*.

—Es mi decisión.

—No lo es. No fue a ti a quien violaron.

Tras esa cruda acusación se hizo el silencio en el despacho. Stuart se puso de pie y fue hacia un aparador del que sacó una botella de whisky Jack Daniels.

—¿Quieres una copa?

—Sabes que no bebo.

—Yo me tomaré una, si no te importa.

—¿Te ayudará a dormir mejor esta noche?

Stuart se sirvió en un vasito pequeño y se lo bebió de un trago.

—A veces hay que hacer cosas...

—No te justifiques, es patético. Si George no estuviera en España le diría que te metiera un marrón de cojones.

—Sabes que no estoy haciendo nada ilegal.

—Solo poco ético, ¿no?

—No a mi modo de ver.

—La vas a hacer revivir un infierno cuando podría ser tan sencillo como llegar a un acuerdo, con todo lo que tenemos se pudrirán en la cárcel.

—No se trata de eso, joder, hay que dar un escarmiento público. El mundo debe saber que no consentimos que nos hagan estas cosas.

—Pues dale publicidad una vez que pase.

—Las familias de los niños bonitos pondrán el silencio como condición para llegar a un acuerdo.

—Las familias no están en condiciones de poner una mierda de trabas. Las pruebas son apabullantes...

—Y por eso debemos ir a juicio, vamos a arrasar.

—¿Sabes lo que son los *haters*? Un juicio mediático como será este pondrá en la picota a Lucy, la perseguirán, investigarán su vida, sus redes sociales, sus fotos, tergiversarán todo lo que allí ocurra...

—¡Debisteis pensarlo antes de empezar con esto!

—Antes de empezar era esto o que quedaran libres, ¡joder!, pero si tenemos la oportunidad de llegar a un acuerdo en el que ellos paguen y Lucy no sufra...

—De lo que tenemos la oportunidad es de dar ejemplo.

La puerta se abrió interrumpiendo la discusión, los dos hombres se quedaron callados mientras Rina dejaba unos documentos en la mesa.

—Rina, discúlpeme por... —comenzó a rogar Jeremy.

Rina levantó la mano para frenarlo.

—¿Y a alguno de los dos señores alfa de la manada se le ha ocurrido preguntarle a ella qué es lo que quiere? —Stuart abrió la boca para contestar, pero ella lo frenó igual que había hecho antes con su amigo—. No era exactamente una pregunta.

Capítulo 11

¿Beso?

Stuart tenía delante unos papeles, los mismos que llevaba mirando media hora. Sus pensamientos estaban muy lejos de ahí, últimamente no hacía más que pensar en cierta india de enormes ojos rasgados, pestañas infinitas y labios carnosos. Se sentía culpable porque no terminaba de atreverse a decirle la verdad sobre el juicio. Sabía que Rina tenía razón, debían dejar que decidiera ella, pero no iban a decantarse solo por el futuro de Lucy, también el suyo estaba en juego, su jefe le había dejado claro que este dependía de lo que fuese capaz de conseguir con este caso.

Sonó el intercomunicador y la estridente voz de Rina al otro lado.

—Tienes visita, jefe.

—No tengo nada previsto hasta las doce que vendrá Lucy.

—No es trabajo.

—Pásate al chat, por favor.

La puerta se abrió sin más y Melisa apareció precedida del poco sutil olor a Chanel y el menos sutil aún taconeo de unos Jimmy Choo, soltó su bolso de Prada sobre uno de los Chester de Stuart y se acercó hasta él para darle un casto beso en la mejilla, que más fue dado al aire.

—Estoy perdiendo facultades —exclamó Rina en voz alta.

—Está bien, Rina. Cierra la puerta, por favor.

—Sí, jefe.

—Querido, esta secretaria tuya es como un bulldog bien entrenado —se quejó mientras se sentaba en uno de los asientos frente a él.

—¿A qué debo este placer, Mel? —le preguntó.

—Ya sabes, si Dios no va a la montaña...

—Mahoma.

—¿Qué?

—Da igual. —Stuart decidió no terminar de sacarla de su error—. He estado muy ocupado.

—Yo también, querido. Sin recriminaciones ni ataduras, pero...

—Sin peros...

—De nuevo tienes razón, no obstante... —esperó unos segundos por si él se oponía a esa expresión también. Stuart la dejó continuar— no obstante, he venido a invitarte a una exposición que abrirá la temporada de la Anya Tish Gallery, arte local en esta ocasión. Nada menos que Neva Miculicz, sé que te gustan estas cosas.

Melisa lo conocía bien. La obra multimedia de Neva era extraordinaria. Además, su escultura favorita provenía de esa galería. Lucía en el salón de su casa y su dibujo cambiaba según la dirección de la luz que proyectaba, era magnífica. Quería ir, pero no con la rubia. Pasó por su cabeza el pensamiento de estar con cierta nativa paseando por el MFAH, disfrutando del arte nativo de Arizona y Nuevo México donado por el filántropo Ima Hogg. Fue algo fugaz, apenas tuvo tiempo de procesarlo, tal como ese pensamiento, se le escapó. Pero fue feliz, se sintió pleno y le dolió el corazón. La visita al Tish con Melisa había perdido todo el encanto.

—En realidad, tengo mucho trabajo...

—¿Quieres acabar con lo nuestro?

No se podía acusar a la rubia de andarse por las ramas.

—Melisa, yo... estoy en un momento complicado...

—Sé claro, por favor. —Se levantó y se acercó a él. Lo cogió de las solapas e inclinándose pegó sus labios a los de él. No sucedió nada.

Stuart quiso reaccionar, deseaba pegarse a Melisa y abrazarla con pasión. Hacía bastante tiempo que no tenía relaciones sexuales y ya iba siendo hora, pero no pudo. No sintió nada. Era agradable, pero nada más.

—Mel, yo... debe ser el *stress* por el juicio y mi situación aquí con Laura esperando que meta la pata...

—Shhh. No pasa nada, cariño. Cuando te encuentres mejor, llámame. —Le limpió con suavidad el resto de carmín de los labios—. Si aún estoy disponible podremos continuar donde lo acabamos de dejar.

Con la misma elegancia casual con la que había entrado, salió de su despacho y de su vida. A Stuart no se le había escapado la velada amenaza que entrañaban sus palabras, *si aún estoy disponible*; sintió pena al darse cuenta de que no le habían afectado lo más mínimo.

Miró el reloj; las once. Aún tenía una hora antes de que llegara Lucy. Una hora para decidir si era sincero con ella o la manipulaba para sacar lo que él

quería, o simplemente no le daba opción.

* * *

Lucy había conocido en el gimnasio a Charlie, el chico que le gustaba. Tenía la misma edad que ella, era originario de México, habían bromeado acerca de la antigua enemistad y también de las alianzas entre sus antepasados. Stuart lo conocía, le preguntaría por él. La había invitado al cine y a tomar un helado, pero hasta ese momento ella lo había rechazado. No sabía cómo enfrentarse a lo que sería su primera cita después de todo lo malo. No sabía si quería contarle a Charlie lo que le había sucedido, bueno, eso sí lo sabía, y la respuesta era no, no quería contárselo. Cuando les contó lo de su cita a Candy y Byron, este se mostró muy protector, le dijo que él la llevaría y la recogería, como si fuese una adolescente en su primera salida; en realidad, así se sentía. Luego le preguntó si lo sabía Stuart. Lucy no entendió por qué le preguntaba por Stuart en ese momento. Candy disimuló una sonrisa, ella se dio cuenta, y tampoco la entendió.

«En fin, lo que realmente me preocupa es saber cómo reaccionaré si Charlie intenta besarme. ¿Me dará uno de esos ataques que he sufrido delante de Lyon? Espero que no, porque me moriría de vergüenza», pensó.

Llegó hasta el despacho de Stuart quince minutos antes de la cita, se sentía inquieta. Rina la recibió con un generoso abrazo y la hizo pasar. Cuando cruzó el umbral Stuart no levantó la vista del ordenador, se limitó a hacer un gesto con la cabeza.

—Pasa y ponte cómoda, enseguida estoy contigo —le dijo a la vez que tecleaba algo.

Lucy no contestó, se quitó la suave chaqueta que llevaba y se acercó a la cómoda que descansaba contra una de las paredes, le pareció una maravilla por cómo estaba tallada. La acarició con deleite con la punta de los dedos sintiendo la magia del artista. Desde luego, el estirado tenía buen gusto. Dejó la chaqueta que llevaba en la mano sobre uno de los sillones Chester y también lo acarició, esta vez con la mano abierta, sintiendo el tacto del terciopelo en la palma, dejando que el vello se le pusiera de punta por el contacto. Ella adoraba los muebles antiguos con acabados nuevos como aquel.

La intención de Stuart había sido seguir trabajando y hacerla esperar, pero no pudo. Se quedó congelado mientras la observaba tocar sus muebles. Unos dedos aquí, la palma allí, algún pequeño sonido de admiración. Su imaginación le jugó una mala pasada y se vio debajo de aquella pequeña

mano siendo él el objeto de sus caricias, su espalda, su vientre, su muslo y más... Tuvo que sacudir la cabeza para espantar esas locas ideas.

—Lucy, te has adelantado.

Ella interrumpió su paseo y se acercó hasta la mesa de escritorio sentándose frente a él.

—Sí, lo siento. Hoy he hecho algo nuevo. He dado una vuelta por el centro, sola.

—No sé yo si...

—No voy a vivir con miedo. Ya no. Gracias a ti. —Y le sonrió y, él creyó morirse.

—A ver, Lucy. No creo que vayan a intentar nada, están muy acorralados y ya sabemos que no tuvieron nada que ver con lo que les pasó a Jeremy y la Loba, pero...

—Sin peros. Tú me lo enseñaste.

Ahora fue su turno de sonreír.

—Parece que te he enseñado demasiado.

—Yo no lo creo. Stuart... ¿puedo... puedo preguntarte algo personal?

«¿Qué diablos?», se dijo Lucy, «Stuart siempre es sincero, incluso brutalmente, él me dirá la verdad».

—Siempre que no esté obligado a responder, puedes. —Stuart se sintió verdaderamente intrigado.

—¿Afectaría al caso que yo... que... que saliera con alguien?

Stuart dejó la taza de café que se había llevado a los labios en esa posición, no llegó a beber, tampoco a bajarla, dejó que pasara un largo minuto antes de poder reaccionar. Finalmente optó por posarla intacta sobre la tabla de la mesa. Tras pensarlo un momento, lo que más urgía era su propia curiosidad. Una palabra. ¿Quién?

—¿Estás pensando en alguien en concreto? —le preguntó mirándola inquisitivo.

—Puede. —Ella se retorció las manos que tenía sobre el regazo—. Hay un chico en el gimnasio.

—El gimnasio está lleno de chicos, tendrás que ser más específica.

—Se llama Charlie, tiene mi edad y es muy guapo...

—Suficiente —le espetó mientras levantaba una mano para frenar los halagos de la joven hacia su enamorado.

Una sucesión de muchachos pasó por su cabeza hasta que localizó al mozo en cuestión, anotó mentalmente que tendría un buen intercambio de golpes con él. No sabía por qué, pero era un hecho.

—Es que me ha invitado a salir un par de veces y yo... no sé, quiero, pero por otro lado... tengo miedo por todo.

Stuart vio tanta preocupación en sus preciosos y jóvenes ojos castaños que se apiadó de ella y fue sincero.

—Tu proceso está siendo muy largo. Nadie puede esperar que te mantengas alejada de los hombres por el resto de tu vida, no obstante, habrás de ser discreta.

—¿Discreta?

—Nada de subir fotos a la red que tengan algo de... *salsa*. Ya sabes, que puedan dejarte en mal lugar. No es justo, pero forma parte del proceso.

—Sí, sí, lo entiendo.

—¿Qué más te preocupa? —insistió Stuart, que se había percatado de que la joven se mordía el labio, indecisa.

—Los besos.

Si las cejas de Stuart se hubieran alzado más, se le habrían incrustado en el flequillo.

—¿Los besos?

—A veces tengo la ilusión de que soy una chica normal.

—Lo eres.

—No. No lo soy. A mí me dan ataques de histeria.

—Son ataques de pánico, los de histeria son los que tiene mi madre, deberías ver cómo queda la casa tras su paso —bromeó él.

—Si intenta besarme...

—Lo hará.

—¿Y si me da uno de esos ataques? Como cuando tú sin querer... ya sabes...

—¿Quieres practicar conmigo?

Capítulo 12

Pagarás prenda

La voz al otro lado del teléfono no contestó inmediatamente.

—¿Seguro? —dijo al fin.

—No, por eso te llamo. Convénceme de que no lo haga. —Y mientras lo decía jugaba con su moneda de la última reunión a la que asistió.

—Estoy aquí para apoyarte, no para convencerte. ¿Hay algún motivo por el que quieras beber?

—¿Hay algún motivo para no hacerlo?

—Tu condicional es un buen motivo. Tu amor propio, tu familia...

—Ya...

—Sí, ya. Si pensaras en serio beberte eso, no me habrías llamado.

—Supongo que tienes razón, pero aquí estoy, en un bar y a tan solo un gesto de conseguir que deje de doler.

—¿Qué es lo que te duele?

—No me quiere, ¿sabes? Y bueno, es mejor para él en realidad, mírame, soy un desastre.

—Serás un desastre si das el primer trago, amigo.

La voz del camarero interrumpió la conversación que Lester mantenía con su padrino.

—No he pedido tu opinión.

—Pero estás en mi bar, y no sirvo a borrachos. ¿Eres un borracho, amigo?

—No soy tu amigo.

El camarero le puso delante un zumo de naranja y retiró el alcohol.

—De nada —le dijo.

—¿Dónde estás? —le preguntó su padrino.

—En un bar en frente de casa de un tipo. Soy gay, ¿sabes?

—No lo sabía, pero ¿es eso lo que te mantiene al borde del abismo?

—No lo sé. No lo creo. Pero él... la he cagado tantas veces y de tantas formas...

—¿Has pedido perdón?

—¿Perdón? No lo sé.

—¿No sabes si has pedido perdón? —le dijo el camarero poniendo un trozo de pan con queso al lado del zumo.

—Métete en tus asuntos.

—¿No te llamarás Lester, verdad? —insistió desde detrás de la barra.

—¿Me conoces?

—¿Eres el Lester de Leo?

La atención de Lester se dirigió al camarero en su totalidad.

—Lester, ¿quieres que nos veamos? —comentó la voz al otro lado del teléfono.

—No, tranquilo, voy a buscar una reunión. Gracias.

Tras despedirse cortó la comunicación.

—Ahora dime, amigo, ¿qué sabes de Leo y de mí? —le preguntó en tono amenazador.

El camarero, que llevaba una camiseta con el logo de un as de picas y el nombre, Ace, grabado debajo, siguió limpiando el vaso.

—Tómate el zumo, el azúcar te sentará bien.

Lester apretó la mandíbula, pero se bebió el zumo de un trago.

—¿Contento? —se quejó el rubio.

—Come algo —le contestó el camarero.

—¿Qué coño sabes de nosotros? —repitió.

Ace lo miró y luego miró el pan con queso.

—Aprecio mucho a Leo, es un buen tipo. Muy bueno, en realidad.

—Dime algo que no sepa.

—Come —insistió.

Lester dio un bocado a regañadientes.

Una vez hubo tragado el pan lo miró impaciente con las cejas levantadas.

—Solo te diré una cosa, porque no soy un cotilla. Hoy te he dado el tratamiento que le doy a los amigos de mis amigos, pero si te pasas con él...

—Sacó un bate de béisbol y lo puso encima de la barra— no tendré tanta paciencia.

—Vale, lo he captado. —En su cara se dibujó una sonrisa que se convirtió en una carcajada—. En realidad, me alegra saber que está rodeado de buenos amigos.

Se levantó y sacó un par de billetes de la cartera que dejó sobre la barra. Antes de salir se cruzó con una rubia pequeñita y con tantos *tatus* como el camarero. Vio cómo se acercaba hasta él.

—Otra vez asustando a la gente con ese bate...

Lester salió del bar riendo y escuchó al camarero gritar a su espalda.

—Ven a verme siempre que te apetezca un... zumo, amigo.

Su humor había mejorado notablemente, de repente no era alcohol lo único que olía, también estaba el aroma de los árboles, el de la gasolina, el del puesto de fruta de la esquina.

Perdón. Esa era la clave, es lo que tenía que hacer, pedir perdón y dejarle tiempo para procesar toda la situación.

Desde su lugar en la ventana, Leo vio a Lester salir del bar, se moría de ganas de saber si había bebido. Era un idiota, claro que lo había hecho, ¿para qué si no habría entrado en un bar? Había estado un buen rato, así es que no se podía decir que se hubiera arrepentido y hubiera salido enseguida.

«Tal vez solo ha jugado al billar», se dijo. «¡Y una mierda!».

Podía llamar a Ace y preguntarle, pero no, no iba a involucrarse, por él como si se bebía el contenido de las tazas del inodoro. No era asunto suyo, sin embargo, caminaba recto, desde arriba no distinguía si los ojos se veían enrojecidos, pero no titubeaba al dar un paso tras otro hacia... ¡joder! hacia su casa.

Su mirada se dirigió hacia arriba. ¡Lo había pillado espiándolo! ¡Mierda y más mierda! Se escondió rápidamente al lado de la ventana y esperó con el corazón acelerado a que decidiera marcharse, estaba muy cansado y no tenía la fuerza de voluntad necesaria para rechazarlo. ¿A quién quería engañar? Nunca la tendría.

Cuando escuchó sonar el timbre le dieron ganas de meterse en la cama, taparse con la almohada y esperar a que se cansara, pero el sonido volvió a recordarle que no iba a ser tan fácil deshacerse de él como lo había sido antes.

Por fin se decidió a abrir la puerta de abajo, apoyó la cabeza en la de arriba antes de abrirla también e irse a la cocina a prepararse un café. Tomó una decisión: si estaba borracho lo mandaría a la mierda, sin más, sin escuchar sus lamentos ni sus traumas, se había acabado.

Estaba de espaldas a la isla que separaba la cocina del salón, lo escuchó entrar, cerrar despacio, acomodarse en uno de los taburetes al otro lado. Dio un trago a su café y la quemazón le alivió un poco la opresión que sentía en la garganta.

—¿Quieres un café? —le preguntó aún sin volverse.

—Una infusión de esas tuyas me va bien.

Con toda la calma de la que fue capaz, llenó la tetera y dispuso una taza con una bolsita de melisa, consideró que a él también le iría mejor que el café y se preparó otra.

Su voz no había dejado arrastrar las palabras, había sonado claro y conciso. Aun así, no se atrevía a darse la vuelta para comprobar que no estaba bebido.

—Te he visto mirarme desde la ventana. Pregúntame lo que quieras.

—¿Has bebido? —se atrevió a inquirir mirando fijamente la taza que le estaba poniendo delante.

Lester metió y sacó la bolsa rítmicamente varias veces antes de dejarla en el platillo que Leo había colocado cerca de la taza.

—Iba a hacerlo, quería hacerlo, pero me he cagado. Me da miedo, ¿sabes?

—¿Beber?

Lester afirmó con la cabeza.

—Tanto como no hacerlo. Es... extraño, cada triunfo me deja exhausto.

Leo no le contestó, solo lo miraba con interés. Había decidido dejar que sacara todo eso que llevaba dentro y que le estaba atormentando. Dio un trago a su infusión y se sentó a su lado apoyando un codo en la encimera, invitándolo a seguir.

—Tu amigo Ace es muy protector. —Lo miró retándolo a que lo defendiera, una buena pelea retrasaría lo que tenía que hacer, pero Leo no picó. Continuó mirándolo en silencio—. ¿Quieres saber por qué he vuelto?

—Quiero saber qué quieres de mí y qué quieres de ti mismo en el futuro —le preguntó por fin.

—He venido a pedirte perdón. Por todo. Por todos estos años. Por las veces que te insulté, las veces que te dejé tirado, por todas las veces que negué que te quería, por... en fin, por todo.

—No necesito tus disculpas.

Lester le acarició el rostro con la punta de los dedos.

—Pero yo necesito hacerlo. Sí, nuevamente estoy siendo egoísta, no lo hago por ti, lo hago por mí mismo, para obtener un poco de paz y, supongo que... me gustaría oírte decir que me perdonas.

—Te perdono.

—¿Así de fácil?

—El pasado ya no está, Les, el problema es lo que quieres de mí a partir de ahora. No estoy dispuesto a vivir mi vida luchando por ti.

—No tienes que luchar por mí, me tienes. Estoy aquí, contigo —le dijo intentando abrazarlo.

Leo se zafó levantándose del taburete. Fue hasta la ventana.

—No quiero pasarme los días detrás de esta ventana preguntándome si ese será el día en que no puedas resistirte.

—Llevo limpio mucho tiempo —le rebatió Lester.

—Y, aun así, has entrado en un bar esta mañana, al primer contratiempo que te has topado.

—No me he topado con un contratiempo, me he topado con tu puerta en las narices y no he bebido.

—¿Has estado a punto?

—No lo sé, he pedido alcohol, pero he llamado a mi padrino, eso debe significar algo.

—Supongo que sí —aceptó Leo.

Lester se levantó de la silla y se acercó hasta Leo, apenas les separaba un palmo de aire. Le cogió la cabeza con las manos y le miró los labios.

—No voy a prometerte que todo será fácil, no lo será, mi camino en esta vida estará lleno de piedras, eso no lo puedo cambiar, pero te juro que haré todo lo que pueda por no caerme.

—No quiero caer contigo.

—No lo harás, tú eres fuerte, me sostendrás, nos sostendrás a los dos. — Mientras lo decía le besaba los labios con besos cortos pero intensos. Se acercó a él hasta que estuvieron completamente pegados.

—Es que no sé si quiero esa responsabilidad, hace un año habría matado porque vinieses a mí, pero ahora...

—No me digas eso, no me digas que te he perdido, no puedo con ello... —pegó su frente a la del otro hombre—, no ahora... Soy un cabrón egoísta, lo sé, pero no puedo perderte.

Leo pensó que eso era cierto, le estaba haciendo chantaje moral, lo sabía, pero no podía dejarlo, si el alcohol era la droga de Lester, la de Leo era el propio Lester y no lo iba a dejar, en ese momento lo supo. ¿Dónde estaban las reuniones para los adictos al amor?

Lester lo abrazó con fuerza y aprovechó el momento de debilidad del otro para saquear su boca. Lo besó profundamente, mientras lo agarraba de las nalgas y lo apretaba contra sí, sus lenguas enredadas se dijeron sin palabras todos los sentimientos que se habían guardado para ellos mismos durante el último año.

Leo caminó hacia atrás hasta que se chocó con el borde del sofá cayó sobre él con Lester encima, se desnudaron con rapidez, se tocaron y exploraron como si unas pocas horas antes no se hubieran hecho el amor desesperadamente.

Lester se separó de él y se levantó. Le extendió la mano invitándolo a ir con él y, a la vez, dándole la oportunidad de arrepentirse, de echarlo a patadas, de alejarse de todos los problemas que acarreaba Lester, pero Leo no pensó, alzó la mano y se aferró a él, dándole la bienvenida, saludando a la cara al demonio que guardaba la puerta del infierno.

Capítulo 13

Beso

«¿Por qué cojones has dicho eso?», se preguntó Stuart. Su boca había sido más rápida que cerebro. Quería borrarlo, volver en el tiempo como en las películas hasta el momento en el que todavía no había soltado semejante insensatez.

—Vale —contestó Lucy.

«¿Vale? ¿Cómo que vale? Un momento, para, para, para. No vale en absoluto. De aquí no puede salir nada bueno», se arguyó a sí mismo Stuart. «No seas gilipollas, solo la estás ayudando», se contradijo. «Será bueno para su autoestima y, por tanto, para el caso. ¡Ja! Eso no te lo crees ni tú, Stuart», argumentó. «Un momento, estoy discutiendo conmigo mismo, yo no hago eso, yo siempre estoy de acuerdo conmigo. ¡A la mierda!»

—Está bien, vamos a hacerlo —sentenció.

—¿Sí? —preguntó ella dudosa.

—Sí —confirmó Stuart.

—¿Cómo?

—Pegamos nuestros labios y si uno dice para, el otro se para. No hay más, ni malentendidos, ni dobles lecturas, ni confusión. La ley lo dice claro, y el diccionario también: parar es parar.

—Pero ¿y qué pasa si se ha traspasado el punto en que eso no es posible?

—No existe un punto en que no lo sea —aseveró Stuart.

—A veces, la pasión... —quiso rebatir la chica.

—Patrañas.

—¿Patrañas?

—Eso es blanquear sentimientos. Se dice para justificar lo injustificable, como «quien bien te quiere te hará llorar» o «te pego porque me importas».

—En los libros... —Lucy se levantó nerviosa y se puso a pasear por la habitación.

—Las novelas son novelas, te entretienes, te pueden hacer sentir cosas, pero no son un manual de instrucciones.

—Para ti es fácil hablar así. —Se volvió para mirarlo directamente a los ojos.

—¿Ah, sí?

—Tú eres pragmático, frío...

—¿Porque quiero respetarte? No debes culparte por lo que pasó. No fuiste responsable de nada —argumentó él dándose cuenta de que, en realidad, Lucy seguía sintiéndose responsable de lo que pasó. De todo lo malo.

—No lo sé... No sé qué pensar...

—Si fueras otra persona —continuó él levantándose y acercándose a ella — ahora mismo te cogería la mano y te enseñaría lo poco frío que me siento en este momento.

—Hazlo.

—¿Qué?

—Estoy cansada de que todos me tratéis como si me fuera a romper.

—Cariño, te rompiste.

—Me estoy arreglando.

—Sí. —La miró durante un largo minuto—. ¿Estás segura de esto?

—Como alguien me dijo una vez, no fueron los penes los que me hicieron daño, fueron las personas.

—Tengo miedo —confesó Stuart con una leve sonrisa dibujada en sus labios.

—¿Tú?

—¿Te sorprende?

—Un poco sí, la verdad.

—No quiero que vuelvas a temerme, como al principio.

—Nunca volveré al principio. Además, si no me ayudas te odiaré. —Se cruzó de brazos en actitud de clara pelea.

—Lo preferiría, la verdad.

—¡Eres un mentiroso! —lo acusó—. Después de todo no es solo un pene, tú tampoco puedes controlarlo, ¿verdad? —lo provocó.

—Aunque no lo creas, y te juro que casi no lo creo ni yo, no estoy pensando en mí en este momento.

—Pues gracias, pero no necesito que seas tan generoso, soy capaz de cuidar de mí misma. Ahora lo sé, lo siento aquí dentro —se señaló el pecho

con el puño.

—¿Y si empezamos por algo más sencillo? —le propuso.

—Eres como todos los demás, diciéndome qué debo hacer todo el tiempo.

—Solo te estoy proponiendo una alternativa. Si dices que no, probaremos con lo otro, aunque me dará un infarto y tú serás la única culpable.

Ella no pudo evitar una ligera risa ante la cara de agobio que puso el hombre.

—¿Una alternativa?

—Ajá —afirmó él con un movimiento de cabeza.

—Te escucho.

—Yo... haré cosas... —le dijo moviendo las manos en el aire sin un patrón.

—¿Harás cosas? —se extrañó ella.

—A ti, te haré cosas a ti. —En esta ocasión la señaló con un dedo.

—¡Ah! Vale.

—Y cuando digas para, yo me paro y luego hago otra cosa y tú dices para y así... hasta que aprendas a confiar en mí, digo en los hombres... —se corrigió—, en que no va a pasar nada que no quieras.

Una voz en el interior de Stuart seguía preguntándose cómo habían llegado hasta ahí, aun así, continuó con su plan.

—¿En los hombres? o ¿en ti? —insistió ella.

—En general —confirmó—. Esto es solo un experimento. Si yo puedo parar, puede hacerlo cualquiera, incluso tu Charlie ese, si algunos no lo hacen es porque son malvados, no porque no puedan, no por ti.

—Ojalá pudiera racionalizarlo, pero no sé hacerlo.

—Tendrás que darte tiempo. ¿Lo hacemos?

—Lo hacemos. ¿Empezamos ya?

Stuart acercó su mano a la mejilla de la joven y la acarició despacio, bajó por su cuello hasta la clavícula.

—Para —susurró ella.

Él separó los dedos. Dejó pasar unos segundos y le puso la mano en la cintura, abrió y cerró los dedos en una lenta caricia.

—Para —volvió a susurrar ella.

Lucy sentía la piel erizarse al contacto de los dedos de Stuart, se sentía viva, espléndida, no tenía miedo, no la abrazaba la angustia, solo él, él y sus manos, sus dedos, su ternura.

Stuart dejó pasar unos segundos y se acercó a ella. Le acarició el hueco bajo la mandíbula y bajó por el cuello hasta el escote.

—Para —pidió de nuevo Lucy, aunque con poca convicción.

Él dejó que pasase todo un minuto antes de posar sus labios sobre los de ella, los movió despacio, despertando la pasión de la joven con apenas la promesa de una caricia más pasional. Sus labios finos rozaban los carnosos de ella, empapándose con su sabor, pasaban los segundos, o tal vez minutos, y Lucy no decía nada.

—Tienes que pedirme que pare —rogó él con los labios aún sobre los suyos.

—Para —dijo con la voz quebrada por la emoción.

Stuart se alejó varios pasos para tratar de serenarse. Respiró hondo y cogió la chaqueta de ella de encima del sillón y se la tendió.

—Vamos, te invito a comer, será como una cita, luego podemos ir al cine y a pasear por el parque tomando un helado. Es lo que haréis más o menos, ¿no?

—Sí, supongo. Stuart —lo llamó ella cogiéndole del brazo cuando él ya se disponía a salir por la puerta—, esto que ha pasado, ha sido... ha sido muy...

—Solo ha sido un experimento y ha salido bien, no te has desmayado ni te ha dado un ataque. No le dejes llegar a más en la primera cita. Si quiere algo más en la primera cita, será mejor que lo machaques directamente.

—Lo haré —sonrió ella—. Stuart... —Lo paró de nuevo.

—¿Sí?

—Gracias.

—Ha sido un placer.

Si ella supiera cuánto, se asustaría. Abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar. Su corazón galopaba dentro de su pecho y no estaba seguro de que no sería él el que se desmayara de un momento a otro. Ese corazón suyo era un debilucho, de mañana no iba a pasar llamar al médico.

* * *

Habían comido evitando hablar sobre lo sucedido, evitaron también el caso, evitaron sacar el tema de cuando pasó *todo lo malo* e incluso consiguieron evitar a Charlie. Habían visto una película, tal y como Stuart había propuesto, tomaron un helado paseando por el parque y finalmente decidieron ampliar la jornada con una cena en un bonito restaurante italiano de la zona.

Finalmente, Stuart se armó de valor y sacó el tema del juicio o trato cuando estaban en el postre y ella se relamía el borde del labio para limpiarse el chocolate que le había quedado ahí. Sí, la mejor forma de joder el momento sería hablar de lo que él quería del caso y a ella no le convenía nada.

—Lucy, hay algo que debo decirte sobre... bueno, sobre el caso.

Ella dejó la cuchara sobre el plato, cruzó los brazos en la mesa y lo miró a los ojos con decisión.

—Tienes toda mi atención.

Stuart se aclaró la garganta.

—Tenemos nuevas pruebas, ya no es solo tu palabra contra la de ellos.

Él vio como la chica cambiaba el gesto a algo parecido a la felicidad, si la mezclamos con sorpresa.

—¿De qué hablas?

—Hay otras chicas, otros casos, el mismo grupo de chicos a excepción del que era tu novio.

—¿Se lo hicieron a otras?

—Sí.

—Eso es horrible. ¿Nativas?

—De diferentes razas. No hacían distinción.

Lucy le dio un trago al café con el que acompañaba la tarta de chocolate y Stuart se fijó en que le temblaban las manos. Se las cogió en un intento de reconfortarla, pero ella lo apartó.

—Eso... eso será bueno para el juicio, ¿verdad? —preguntó al fin.

—Si lo hay, sí.

—¿Cómo que si lo hay? —Los ojos de la chica echaron chispas, unas chispas que podían provocar un gran incendio.

—Además de las nuevas testigos, tengo la pieza débil, si lo presiono le sacaré una confesión.

—Pues hazlo, ¿por qué no lo has hecho ya?

—Los estoy dejando hervir a fuego lento. Confía en mí, Lucy, soy bueno en lo que hago. Pero hay algo que tienes que decidir.

—Ojalá pudiera decidir el castigo.

—En parte puedes hacerlo.

—¿Qué pasa, ayudante? —Hacía mucho que no lo llamaba así. Lucy estaba en pie de guerra.

—Podemos llegar a un acuerdo.

Lo soltó de golpe, a bocajarro, sin preámbulos. Lo soltó y dejó que lo masticara, y parecía que lo estuviera haciendo, porque su cara era pétrea. Había apretado la mandíbula, las aletas de la nariz hinchadas mostraban que estaba respirando con dificultad, y los puños..., debía estar haciéndose daño de tanto como los apretaba, se veían blancos.

—Eres un hijo de puta, Stuart K Lyon. —Fue todo lo que dijo antes de agarrar sus cosas y salir del local hecha una furia.

—Espera... me cago en... espera, Lucy... ¿se puede saber...? —Dejó aprisa unos billetes encima de la mesa y salió corriendo detrás de ella.

Capítulo 14

Sí, beso

La traicionera lluvia había comenzado a caer mientras ellos estaban dentro del restaurante. Lucy ya estaba empapada cuando Stuart la alcanzó fuera.

—Lucy, ¿quieres esperar? Hablemos.

—No tengo nada que decirle, ayudante Lyon.

—Vale, estás enfadada, lo capto. Ahora, ¿puedes parar un momento para que hablemos? —le dijo arriesgándose a cogerla del brazo.

Tal y como esperaba Stuart, Lucy se soltó de un tirón, pero no lo dejó ahí, le dio un empujón enviándolo contra la pared.

—Quieres deshacerte de mí y mis problemas, ¿eh? Has decidido ir a lo fácil y no tenías pensado consultarme, confiesa, sé un hombre por una vez en tu vida.

—Deja de insultarme, Lucy.

—¿O qué?, ayudante Lyon —lo provocó ella apuntándole con el dedo.

—O esta conversación se habrá terminado aquí, te meteré en un taxi y te mandaré a casa.

—Es usted un cobarde, no tiene derecho a decidir sobre mi futuro.

—No he decidido nada, te he dado la opción de elegir a ti, cosa que no tengo por qué hacer, por cierto. Y lo que yo quiero es un juicio, son tus amigos los que tratando de protegerte desean evitarlo.

—¿Mis amigos? —le preguntó sorprendida.

—Sí, pero en realidad solo quieren protegerte de todo lo que se montará alrededor.

La lluvia seguía cayendo, empapándoles y dificultándoles mirarse a la cara.

—No necesito que me protejan tanto, los quiero, pero están comenzando a agobiarme y tú no me haces ningún favor dejando de ser la persona egoísta

que eres.

—Sigo siéndolo, he estado a punto de no decirte nada y seguir hacia delante con el juicio...

—Me lo habría dicho Jeremy...

—Sí, pero yo decido si los encauso o no, al margen de lo que tú quieras.

—Yo quiero ir a juicio, quiero enfrentarme a ellos y quiero verlos tan derrotados como ellos me dejaron a mí, y, sobre todo, quiero que vean que ahora soy fuerte, ya no van a poder conmigo —le confesó agarrándolo de las solapas de la empapada chaqueta.

—Pero tienes que saber que Jeremy tiene razón en cuanto a todo lo que se va a hablar de ti. De lo que has hecho, de los novios que has tenido, de si te gusta... en fin... cosas de tu pasado, las redes sociales lo distorsionarán todo y será duro.

Stuart le puso las manos alrededor de la cintura sin apenas darse cuenta, dejándose llevar por el momento, el frío repentino y la adrenalina de la discusión.

—Podré soportarlo, y tú me ayudarás. Lo haremos juntos. —Sin pensarlo un momento se acercó a él y, abriendo la boca, lo besó con pasión. Una pasión pasada por agua, enervada por la pelea y combinada con ternura.

Él se alejó un paso y al minuto la cogió de nuevo y esta vez la besó a conciencia, introdujo su lengua en ella, la paseó por su boca, exploró cada recóndito lugar y la sintió arder en sus brazos.

—Pídeme que pare, por favor —le rogó en un momento de lucidez.

—Para.

Nadie más que ellos dos, podrían haberla oído.

Stuart se alejó de ella jadeando, lo suficiente como para reponer fuerzas, tras unos momentos se volvió a acercar, pero tras poner sus labios sobre ella se separó bruscamente y paró un taxi.

A Lucy no le dio tiempo a reaccionar, observó como si tratara de otra persona cómo él la metía en el coche, le daba la dirección del rancho de Wellstone al taxista y le entregaba un billete de cien con una tarjeta.

—Si no es suficiente, póngase en contacto conmigo mañana.

* * *

—Algo en mí está mal —susurro ella ya a solas. Sacó su teléfono del pequeño bolso y le mandó un mensaje.

Lucy 01:15
Eres un mentiroso

Stuart 01:17
He parado ¿no?

Lucy 01:17
No te lo había pedido

Stuart 01:18
Yo también decido, de eso se trata.
He decidido parar.

Stuart dio vueltas por la ciudad, a pesar de estar mojado no concebía irse a su casa, no se encontraba en condiciones, valoró realmente ir a las urgencias de un hospital, el dolor en el pecho en el momento en que había besado con desesperación a Lucy solo se podía comparar a su dolor en otra zona aún más sensible de su cuerpo.

Había terminado buscando la dirección de Leo, el enfermero amigo de Jeremy, y ahora acababa de aparcar delante de la puerta del edificio de apartamentos en el que vivía. Él podría ayudarlo sin levantar demasiadas sospechas, tal vez solo fuera la tensión, la tendría alta como su padre, o el colesterol. ¿El colesterol hacía que te doliera el corazón? No lo sabía, él sabía de juicios y peleas, pero no de enfermedades. Lo que estaba claro es que el pulso que le latía en la cabeza se la iba a partir en dos.

Cuando Leo echó un vistazo por la mirilla de seguridad de la puerta no creyó lo que veían sus ojos. Abrió aún con la sorpresa reflejada en el rostro.

—¿Stuart K Lyon? Son las dos de la mañana...

—Tienes que tomarme la tensión o algo —le interrumpió entrando sin pedir permiso.

Se plantó en medio del salón y lo miró esperando una reacción por parte del otro hombre.

—¿Perdona? —Fue todo lo que Leo pudo decir.

—Me duele el pecho, tengo palpitaciones. —Mientras lo decía se mesaba el pelo con la mano.

—Ve a un hospital, yo no puedo hacer nada y menos a estas horas...

—No me puedo permitir que la prensa se entere de que tengo problemas de corazón —le dijo sentándose en el sofá, que dejó completamente mojado.

—Yo no soy médico, Stu, y tú no tienes problemas cardíacos.

—Eres lo más parecido a un médico que conozco...

—No me conoces, en realidad. Podría vender esta historia a la prensa por lo que tú sabes.

—No, no. Candy me ha hablado de ti, sé lo que hiciste por ella, tú no eres así.

Leo se quedó pensando un momento, desde luego tenía razón, pero le indignaba un poco la seguridad que mostraba.

—Tú no sabes cómo soy.

—Un momento —dijo poniéndose de pie—, ¿lo harías?

—Claro que él no lo haría, pero si hablamos de mí, eso es otra cosa. —La voz de Lester sonó desde la puerta del dormitorio.

Stuart se puso rígido, una cosa era confiar en el bueno de Leo, pero a Lester lo había trincado él, le había caído una condena notoria que había conseguido cumplir en un centro de rehabilitación, todo ello rubricado por el propio Stuart.

—¿Qué tal si te preparo una infusión, Stu? —insistió Lester—. A mí me funcionan.

—¿Qué coño hace él aquí? —preguntó Stuart.

—¿Tú qué crees? —le contestó Lester que había decidido que no se escondería nunca más.

—Leo —insistió el fiscal.

—Soy mayorcito, no hace falta que... vale, no se lo digas a Chack, ni a Candy, ya que estamos.

—No lo voy a hacer, no es asunto mío, pero...

—Cierto —lo cortó Lester.

—... pero no es bueno para ti, tienes que dejarlo. Como las adicciones, lo mejor es cortar por lo sano.

—¡Eh! Sigo aquí —se quejó Les.

—Pues lárgate —se atrevió a soltarle Stu.

—Ni lo sueñes. Ni lo soñéis ninguno de vosotros, este es mi lugar —aseveró poniéndose frente a él a solo unos pasos de distancia.

—Ve a preparar esa infusión, Lester, por favor —le rogó Leo.

Con algo parecido a un gruñido, se dio media vuelta en dirección a la cocina.

—¡Ponte algo encima! Me están dando arcadas —se quejó Stuart.

—Siéntate —le ordenó Leo—. Las arcadas son por Les, o por el ataque de ansiedad.

—¿Ansiedad? Yo no sufro ansiedad. ¿Por qué iba a tener ansiedad? ¿Por qué? ¿eh?

—Por el juicio de Lucy, ya sabes...

—He tenido casos mucho peores, créeme.

—Está bien. —Leo se sentó frente a él—. ¿Qué hacías en el momento en que comenzó el dolor?

—Estaba hablando con Lucy.

—¿Sobre el caso?

—Sí, bueno, no exactamente. —Leo levantó una ceja interrogante—. Quiero decir que estábamos hablando del ataque, de que no todos los hombres eran así. Siempre se puede elegir, ¿no? Ellos eligieron atacarla, pero podían haber elegido no hacerlo. Le estoy enseñando que los hombres escogemos, que no nos dejamos llevar por una fuerza que no controlamos.

—Y estabas hablando cuando comenzaste a sentir...

—Bueno, no, eso fue esta tarde, pero el dolor fuerte ha comenzado esta noche, con el beso...

—¿El beso? —preguntó Leo verdaderamente sorprendido.

—¿Te has liado con tu clienta? ¿Eso no es ilegal? Desde luego, hasta yo sé que no es ético. Me alegra saber que los hay de peor calaña que la mía —intervino Lester.

—No es mi clienta, yo soy de la fiscalía, mi cliente es el país.

—Gran discurso —apuntó Les—, ¿alivia tu conciencia? ¿tienes conciencia? Porque no has desmentido que te hayas liado con tu clienta.

—¿De verdad te gusta este tío? —Stuart se dirigió a Leo.

—En realidad, no me gusta mucho —se sinceró el joven.

—¿Ah, no? —se sorprendió Lester.

—Volvamos a lo que importa —intentó reconducir Leo—. ¿Te has liado con Lucy?

—No. Es un experimento —dijo tomando un sorbo de la infusión y poniendo cara de desagrado—. Yo la beso, ella dice para y yo paro. Para que tome confianza y deje de culparse a sí misma. Nada sexual. Tiene que saber que no todos los hombres son así, que la mayoría, la gran mayoría respeta a las mujeres.

—Es la idea más estúpida que he escuchado en mi vida —intervino Lester.

—En realidad, yo le encuentro sentido —apuntó Leo.

—Esta tarde, cuando lo hemos intentado por primera vez, ha ido más o menos bien, pero esta noche han comenzado estos horribles dolores de nuevo y he tenido que salir corriendo antes de hacer el ridículo más espantoso. —Le dio otro trago a la infusión—. ¿Qué demonios es esto?

—Tú bebe —insistió Lester que se reía sin disimulo.

—La otra vez —intervino Leo—, cuando viniste al hospital, también lo sentiste estando con Lucy...

—Sí, empezó... ¡joder! no me acuerdo. El caso es que siento que me arde el pecho y me falta la respiración, tengo palpitaciones y se me embota la cabeza.

—¿Y cómo se te pasa? —quiso saber Les.

—Cuando dejo de verla. —Dio otro sorbo—. No está tan mal esto.

—Cuando dejas de ver... ¿a Lucy? —trató de confirmar Leo.

—¿Qué? —se sorprendió Stuart.

—Has dicho que se te pasa cuando dejas de ver a Lucy.

—¿He dicho eso?

—Sí —confirmaron a la vez Leo y Lester.

—Umh. No sé, no creo que lo haya dicho —continuó bebiéndose la infusión.

—¿Cuándo te ha pasado por última vez? —Leo decidió hacer un último intento de hacerle ver a Stuart que su problema tenía nombre de mujer.

—Hace un rato, hemos pasado el día juntos, he tenido algunas palpitaciones, pero al final de la noche, con el beso... en fin. ¿Me ayudas? ¿Me tomas la tensión o algo?

—¿De verdad eres así de gilipollas? —se sorprendió Lester.

—¿Sabes que puedo rebatir tu acuerdo de libertad?

—No, no puedes, y decir eso no te hace menos gilipollas. ¿Cuándo pasaste un día entero con una mujer que no fuera de tu familia y con la que no quisieras acostarte? —insistió Les.

—No lo sé, yo... y, ¿qué más da? —se quejó volviéndose hacia Leo—. ¿Me puedes dar algún tipo de medicación o algo?

—Podría hacerte una recomendación, pero prefiero que te des cuenta tú solito. Será más divertido.

—¿Qué? Te he dicho que no puedo arriesgarme a que se filtre que tengo problemas de corazón, si consigo una buena condena en este caso, tengo el ascenso asegurado.

Leo escribió algo en un papel y se lo entregó.

—Ten, no lo mires hasta que estés en el coche. Y no vuelvas a venir a mi casa de madrugada, ni a ninguna otra hora ya que nos ponemos, o seré yo quien hable de tus... problemas.

—De acuerdo —le contestó levantándose—. Y gracias —le dijo alzando la nota.

Cuando salió a la calle había dejado de llover, la ropa le pesaba y un estornudo salió despedido de su aparato respiratorio. Lo que le faltaba era un resfriado. Se metió en el coche y encendió la calefacción al máximo. Para ser el mes de mayo la noche se había quedado fresca. Abrió la nota.

Trata de echar un polvo

—Pero qué demonios... —fue todo lo que dijo.

Capítulo 15

Una nueva prenda

El rítmico trotar de Survivor relajaba a Lucy más que ninguna otra cosa, más incluso que las sesiones con Olga. La había llamado nada más levantarse esa mañana, antes de salir a montar; la doctora Kierlovsky había contestado al teléfono enseguida como era su costumbre.

—Doctora Kierlovsky —le había dicho.

—Doctora, soy Lucy.

—Hola, Lucy. Buenos días. ¿Cómo has amanecido esta mañana?

—Bien.

—Me alegro. ¿Quieres contarme algo?

—En realidad... anoche pensaba que me costaría dormir, pero no fue así.

—Y ¿por qué pensaste que te costaría?

—Fue un día... intenso.

—¿En qué sentido, Lucy?

—Ayer me dijo el fiscal que cabía la posibilidad de que llegáramos a un acuerdo.

—¿Cómo te hace sentir eso?

—Frustrada.

—Y ¿sabes por qué te sientes así?

—Creo que quiero pelea. ¿Eso está mal?

—Ni mal ni bien. Los sentimientos son sentimientos, no se les juzga, lo que se juzga es lo que hacemos con ellos. ¿Qué vas a hacer tú?

—Quiero machacarlos. Quiero que vean que no han podido conmigo, quiero... quiero volver a tener el control.

—¿Y qué opina el ayudante del fiscal?

—Él quiere juicio porque piensa que le vendrá bien la fama y todo lo que conllevará cuando gane.

—Es bueno saber que está seguro de ganar, pero tú debes prepararte para cualquier eventualidad.

—Eventualidad —repitió Lucy. Una forma como otra cualquiera de decir putada—. Jeremy y los demás prefieren que lleguemos a un acuerdo, dicen que el juicio será muy duro para mí.

—El juicio será duro, pero tú estás preparada si es lo que quieres.

—Es lo que quiero.

—Habla con tu abogado, dile lo que sientes y lo que necesitas, te apoyará, pero debes decírselo.

—Gracias, Olga.

—Yo también estaré contigo, Lucy. Y ese fiscal tuyo es muy bueno, los va a molar a palos.

Lucy se rio.

—Lo es. Voy a llamar a Jeremy. De nuevo, gracias.

Hubo un silencio durante el cual la doctora se preguntó si no había algo más que Lucy necesitara hablar, no sabía por qué, pero le había dado esa impresión.

—¿Quieres contarme algo más?

—Yo... Stuart... ayer...

De nuevo se hizo el silencio.

—¿Lucy?

—No es nada, nada. Adiós.

—¡Lucy!

Pero Lucy ya había interrumpido la comunicación.

En ese momento miraba el arroyo, sentada tal y como había estado con él. Desde que la había besado el día anterior, pensaba en Stuart de otra manera, no podía dejar de sentir las ridículas mariposas de las que hablaban en las películas y los poemas de amor.

Sabía que no era un hombre cariñoso, no se lo había parecido en ningún momento, pero la forma en que la había abrazado, la manera de besarla, a ella, no lo había considerado unas prácticas. Y pensar que solo unos meses antes sentía miedo con solo verlo...

Había cambiado, ahora era capaz de distinguir quién le había hecho daño, habían sido ellos, esos idiotas, salvajes, niños. Ojalá pudiera enfrentarse con ellos en el *ring*, les daría un golpe tras otro, sabía que su *ring* iba a ser el estrado y sabía, igualmente, que ella también iba a recibir, pero estaba preparada, quería hacerlo, necesitaba volver a ser la persona que era antes de la agresión, aunque era consciente de que eso no era posible, porque los

recuerdos no se iban a evaporar como por arte de magia. Siempre los llevaría consigo, siempre la perseguirían.

Se puso en pie y se acercó a Survivor, le acarició el largo cuello y le susurró lo mucho que la quería, lo muchísimo que la necesitaba.

Debía tomar tres decisiones sobre su futuro.

Decisión número uno, apoyó un dedo en el cuello del animal: hablar con Jeremy; cogió su móvil y le mandó un mensaje que compartió con Stuart, para verlos a ambos a la vez. Al instante tenía dos mensajes nuevos, en uno Stuart los citaba a los dos en su despacho a las cuatro de la tarde, en otro Jeremy decía simplemente ok.

Decisión número dos: salir con Charlie, debía averiguar qué se sentía estando nuevamente con un chico, y era necesario comenzar por alguien más fácil que Stuart, pero con el que, a la vez, no se sintiera del todo segura, después de todo no conocía tanto a Charlie.

Decisión número tres: iba a volver a besar al fiscal.

Eso dibujó una sonrisa en sus labios antes de montar de nuevo a Survivor y volver al rancho.

* * *

Stuart miró su reloj de oro Cartier, eran las cuatro menos veinte, había salido a almorzar a las doce, aunque apenas había probado bocado. Al pasar por el despacho del fiscal Jake Murdock vio a través del cristal que estaba reunido con Laura, sintió un dolor agudo en la espalda, como si le acabaran de clavar un puñal, y probablemente así fuera. Podía interrumpirlos y enterarse de qué tramaba Laura o podía seguir su camino hacia el puesto de perritos de la esquina. Siguió hasta el puesto de perritos, pero no pudo comer, el cuchillo de su espalda se sumergía más y más hondo con cada pequeño bocado, finalmente lo tiró a la papelera y volvió al despacho. Decidió que tras su reunión con Lucy y Jeremy trataría de hablar con Jake.

Suponía que Lucy quería hablar acerca del acuerdo, y la verdad era que todavía no le había preguntado a su jefe qué quería hacer él, estaba esperando a tenerlo todo bien hilado, al fin y al cabo, es lo que hacía siempre. Jake no esperaba que sus adjuntos le estuviesen dando la murga a cada paso. Eran más de ochenta abogados federales adjuntos en la circunscripción norte por solo una cabeza al mando, una cabeza que podría ser la suya el año que viene; con la recomendación del propio Jake y la repercusión que pensaba darle al caso de Lucy, estaba seguro de que el senado ratificaría su cargo. Salvo que ese cuchillo que sentía en su espalda decía otra cosa.

Se sacudió esos pensamientos y abrió el expediente por la declaración que le había sacado al eslabón débil, una declaración que el chico ratificaría en breve ante el gran jurado. No dudaba de que el veredicto del jurado de acusación les permitiría seguir adelante, pero sería duro para Lucy porque se sentiría juzgada dos veces, porque sí, no se engañaba, en este tipo de casos eran juzgados tanto los acusados como las víctimas.

Sonaron unos golpes en la puerta y esta se abrió dando paso a Rina, detrás de ella entraron Jeremy y Lucy.

Stuart observó a Lucy, tenía gesto de luchadora: mandíbula apretada, ojos achicados, aletas de la nariz agrandadas; estaba claro que ella y Jeremy habían mantenido una pequeña discusión, la chica tenía ganas de pelea, pensó en cuánto había cambiado desde que la conocía. La seguridad en sí misma que mostraba ahora ni siquiera se podía adivinar cuando empezó todo, cuando como un ratoncito asustado no se atrevía ni a mirarlo a la cara. El corazón comenzó a galoparle en el pecho.

—Buenas tardes, ¿queréis sentaros? Rina, ¿nos traes unos cafés, por favor? —indicó Stuart.

Jeremy le retiró una de las sillas a Lucy y, después que se sentara la muchacha, lo hizo él.

Se quedaron en silencio unos minutos hasta que la secretaria irrumpió de nuevo con una bandeja con tres tazas que dejó sobre la mesa antes de salir. Ninguno hizo ademán de cogerlas.

—Quiero ir a juicio —declaró Lucy con tono autoritario.

—Está bien —resolvió Stuart—, pero vamos a valorar pros y contras en cada una de las situaciones. Para eso hemos venido.

—No me vais a hacer cambiar de opinión —apostilló ella.

—Me rindo —afirmó Jeremy—, si es lo que quieres iremos a juicio, penal y civil, pero tienes que ser consciente de a qué te vas a enfrentar.

—No será peor de lo que ya viví —aseveró Lucy, con voz calma.

—Seguramente será algo así como revivirlo y con alguien que va a tratar de que los jurados te vean como a una buscona que se merecía lo que le pasó, mientras que ellos se mostraran como chicos jóvenes con ganas de pasarlo bien y un futuro prometedor que tú te estás cargando —la informó Stuart sin imprimir ningún tipo de sentimentalismo a su voz.

—Yo no me estoy cargando nada, ellos lo hicieron cuando me violaron. Y no soy ninguna buscona, y aunque lo fuera no me habría merecido lo que hicieron.

—Tienes razón, pero es así como lo va a plantear la defensa de los chicos. Y saldrán un montón de testigos para ratificarlo como si fueran hechos probados.

—¿Qué testigos? —quiso saber ella.

—Compañeros de clase, tutores, expertos en comportamiento... todo el que pueda avalar su teoría.

—Pero eso son opiniones, no hechos...

—Pero es lo que va a pasar, Lucy —intervino Jeremy—, tienes que estar preparada. Por eso Stuart ha insistido tanto en que te hicieses fuerte y confiases en él antes de ir a juicio, por eso ha estado posponiéndolo tanto, pero ya no tenemos más tiempo. Y tienes que decidirte ya —levantó una mano para que Lucy no le interrumpiese—, y tienes que hacerlo sabiendo a qué te vas a enfrentar.

—Lo estoy. Por eso os he citado a los dos hoy. Quiero hacerlo y deseo que sea cuanto antes. Estoy preparada. No, estoy algo más que eso. Tengo ganas, quiero machacarlos, puedo hacerlo, tú lo sabes, Stuart.

—No será fácil, Lucy.

—¿Te estás echando atrás? ¿Eres tú el que no tiene lo que hay que tener, ayudante?

Jeremy contestó por él.

—No estás siendo justa con Stuart, Lucy. ¿Sabes cuántos casos de chicas indígenas llegan al tribunal en todo Estados Unidos? Prácticamente cero. Tenemos suerte de que George le convenciera, el tribunal tribal solo habría podido juzgar al chico indio y no le habría caído más de un año. Con un acuerdo podemos conseguir cuatro años y resarcimiento económico y podrás dejarlo todo atrás. Solo quiero que lo pienses.

—¿Que lo piense? ¿Crees que soy capaz de hacer otra cosa que pensarlo? —Lucy se levantó de la silla y fue hasta la ventana—. No voy a darte las gracias por ser el único que cumple con su obligación, Stuart.

—No lo pretendo, no quiero tus gracias, quiero ganar —declaró el fiscal.

—Y yo. No voy a derrumbarme —aseguró la joven.

Ambos dirigieron su mirada hacia Jeremy, que levantó los brazos derrotado.

—Está bien, cabezones. Iremos a juicio.

—Ya que estamos reunidos vamos a ensayar. Jeremy será el fiscal y yo seré el abogado defensor de los agresores, y es mi turno de preguntas, Lucy.

»Cuando contestes debes mirar al abogado y enseguida hablar para el jurado, míralos a los ojos, como si estuvieses hablando con cada uno de ellos.

Si ves que hay alguno que te sonríe o te mira con admiración habla con él como si fueseis viejos amigos. De tú a tú. Imagina que se lo estás contando a tu madre o a Candy, no son desconocidos, son tus amigos, tus mejores amigos. Está bien que se te caigan las lágrimas, pero nada de llantos histéricos ni de perder los nervios, si ves que el abogado te saca de tus casillas, respira como te ha enseñado la mujer rara esa del pelo azul, cierra los ojos, cuenta hasta diez, mírame a mí, lo que te funcione, pero no pierdas los nervios o te hará decir lo que no quieres. Yo estaré preparado para interrumpirle cuando se pase contigo, pero eso de que el jurado no tendrá en cuenta las últimas palabras es una mentira como una casa. Uno no puede evitar escuchar lo que ha escuchado y lo tienen en cuenta, siempre.

Se levantó y colocó una silla en el centro de la estancia.

—Siéntate, Lucy.

—Estoy bien así.

—Vas a tener que encontrar el punto medio entre ratón asustado y Xena la princesa guerrera.

Lucy lo miró con cara de odio y se sentó en la silla. Se sentía incómoda. Vio a Stuart acercarse a la puerta y lo escuchó llamar a Rina. Colocó una silla a la izquierda de la suya y un butacón Chester a la derecha. La secretaria entró con alguien a quien era la primera vez que veía, Lyon le indicó al hombre que se sentara ahí y a la mujer en el butacón.

Rina sería la jueza, y el desconocido, el jurado. Le dijo que no la iba a corregir esta primera vez, solo iba a observarla actuar, pero que luego lo repetirían hasta que él estuviera satisfecho.

—¿Te avergüenzas de algo, Lucy? —le preguntó.

—¡No!

—Entonces, ¿por qué has bajado la mirada cuando me he acercado?

—¡No lo sé! —contestó la chica retorciéndose las manos.

—Lucy, recuerda las normas básicas antes de comenzar y procura someterte a ellas. Me mirarás a los ojos y después mirarás al jurado para contestar, y lo harás transmitiéndoles tu mensaje. Ahora, dime: ¿estás preparada? ¿Tienes el control?

Lucy respiró hondo y lo miró a los ojos imbuyéndose de su calma.

—Lo tengo.

—Entonces, ahora sí, comencemos.

Capítulo 16

Paga prenda

—Ya que la puerta está abierta, es hora de que también tú te marches —le dijo Leo.

Lester miró al suelo durante un largo minuto, mantenía las manos en las caderas y una actitud combativa, solo había consentido en ponerse el calzoncillo y a Leo le dieron ganas de comérselo.

—¿Me estás echando de nuevo? —le preguntó Lester.

—Eso parece.

Esta vez, el otro hombre no contestó, fue hacia el dormitorio y salió ya vestido. Se puso delante de él y muy despacio inclinó la cabeza para darle un ligero beso.

—Vale, pero estamos saliendo.

—No.

—Sí, te recojo en el trabajo y nos vamos al cine. ¿A qué hora sales?

—A las seis, pero no vamos a hacer nada juntos. Necesito... no sé lo que necesito.

—A mí, me necesitas a mí.

—No.

—Luego te veo. —Sin darle oportunidad a replicar se marchó rápidamente.

Leo estaba sentado en la cafetería del hospital, observaba los asientos rojos de imitación a piel como si la vida le fuera en ello. No podía dejar de rememorar la amenaza de Lester de pasar a por él para salir como una pareja normal. Hace un año habría dado cualquier cosa por cumplir ese sueño. Entonces, ¿qué se interponía ahora en su camino?

—¿En qué piensas? Se te ve absorto —le dijo una voz conocida.

—Doctor Estévez. Estaba distraído —le contestó señalándole un asiento.

El otro aceptó el ofrecimiento.

—¿Algún día me vas a confesar cuál es el objeto de tu distracción? — preguntó moviendo el azúcar en su café.

—Nada que importe.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy, o todo lo seguro que es posible.

—Bien, entonces quizá quieras venir al cine conmigo esta noche.

Leo lo pensó, sabía que Jordan después del cine le pediría algo más, y no tenía claro estar preparado para eso.

—¿Solo cine?

—Para empezar, sí.

—Ya, bueno, no sé si es buena idea.

—Tú decides, pero déjame decirte que yo voy a ir de todas formas, así es que si me eliges, solo dímelo. ¿Te vas a comer ese donut?

—¿Cómo te mantienes así a tu edad con lo que comes?

—No estoy seguro de que eso sea un halago —contestó el doctor mostrando su blanquísima dentadura en una sincera sonrisa.

—Lo es, créeme. Y un poco de envidia también. —Ambos se rieron en esta ocasión—. ¿Sabes qué?, iré contigo. Me apetece, y por lo general lo pasamos bien. Sin dramas.

—Sin dramas es mi lema.

* * *

A las seis de la tarde Leo estaba tan nervioso que no era capaz de atinar con la cremallera de su chaqueta.

—Joder —musitó.

—Tú diciendo tacos —intervino Jordan.

Se acercó hasta él y cogiendo las dos alas de su chaqueta se la enganchó sin problemas.

—Ya ves, me estoy convirtiendo a la religión de los malhablados.

—No te pega. ¿Estás listo? —le comentó el doctor.

—Sí —murmuró Leo, y antes de que se hubiera podido dar cuenta Jordan había tomado sus labios y le había besado, primero apenas un roce, luego algo más intenso, con su lengua en la boca Leo solo podía pensar en que terminase pronto, porque solo existía una lengua que fuera bienvenida ahí, y no era esa.

—Estás... frío.

—Lo siento, ya te dije que no sabía si era buena idea...

—Está bien, vámonos. Ya veremos cómo van las cosas.

Hacía ya un par de horas que le había enviado un mensaje a Les para que no lo recogiese, y ahora se arrepentía, no quería reconocerlo, pero era con el otro con quien deseaba estar, no solo acostarse, sino disfrutar también de pequeños placeres como el cine, quizá una hamburguesa después y luego... bueno, lo de siempre, el mejor sexo de su vida.

Salieron del hospital cogidos de la mano, y Leo rezó para que Lester le hubiera hecho caso, naturalmente no fue así. Lester estaba apoyado en uno de los pilares que sujetaban la puerta de entrada, de modo que se lo toparon de frente.

Leo pudo notar que los ojos de Lester viajaban de su cara a la mano que lo unía a Jordan y vio también la crispación en su gesto.

—¿Qué haces aquí? —le dijo.

—Dije que vendría a buscarte y he venido. Lo que no me explico es lo que estás haciendo tú.

Leo no pudo evitar soltarse automáticamente de Estévez.

—Voy a salir con un amigo, te dije que no vinieras.

—Sí, me lo dijiste, pero anoche cuando te acostaste conmigo me dio la impresión de que te gustaba mi compañía y que...

—¡Les! —lo cortó poniéndose colorado—. Ya basta.

—¿Queréis que os deje un momento a solas? —propuso Jordan.

—Queremos que te pires para siempre —le contestó Lester.

—No. ¡Vámonos! —insistió Leo.

La pareja continuó su camino dejando atrás a un Lester frustrado y enfadado a partes iguales.

—Lo nuestro no ha terminado, Leo. El amor de verdad no caduca.

Pasados unos minutos en silencio, caminando hacia la parada de metro más cercana, Jordan dijo:

—¿Prefieres que lo cancelemos?

—No, no, en serio, estoy bien. Es solo que él... no termina de entender que hemos terminado.

—Suele pasar cuando te acuestas con alguien para decir se acabó. —Leo lo miró dolorido—. Perdona, eso ha estado fuera de lugar.

—Nuestra historia es complicada.

—Lo que quiere decir que hay una historia.

—La hay, y es... profunda, pero no quiero volver a sufrir.

Jordan frenó en seco haciendo que Leo se diese la vuelta para ver qué ocurría. Lo miró con una interrogación en los ojos.

—Lo que te dije antes de los dramas es cierto, no me gustan. Me gustan las cosas sencillas y no me gusta que me utilicen...

—Yo no...

—Sí, lo has hecho, quizá la culpa es mía porque te lo he puesto muy fácil, pero aquí y ahora vamos a poner las cartas boca arriba.

—¿Parados en medio de la calle te parece el mejor lugar y momento?

—¿Por qué no?

—¿Porque no te gustan los dramas?

—No me gustan, por eso quiero resolver esto e irme al cine.

—Irte. Solo.

—Eso lo decides tú, pero... debes tener claro que lo de antes no va a volver a pasar.

Leo se quedó pensando y tuvo que ser sincero consigo mismo, aun a riesgo de perder la comodidad que sentía con Jordan, sabía que no podía prometerle que no iba a volver a pasar nada con Les. Su Les, él lo amaba, y no parecía que se le fuera a pasar en los próximos días, o más bien en los próximos lustros.

—Lo siento.

—Ya, eso imaginaba. Cuídate, yo... me voy al cine —se despidió Jordan.

—Sí.

—Sí.

—Tú también.

—¿Qué?

—Que te cuides también —le deseó.

Leo volvió sobre sus pasos y lo vio. Ahí estaba, la misma figura delgada y desgarbada de sus sueños, seguía apoyado en la columna.

—¿Qué haces aquí todavía? —le preguntó.

—Te esperaba.

—¿Por qué?

—Sabía que volverías.

—¿Y cómo podías saberlo si no lo sabía ni yo?

—Te conozco y, además, ese tío no tiene lo que hay que tener.

—¿Ah, no? —le dijo acercándose—, y según tú, ¿qué hay que tener?

—Mucho amor por ti —le contestó. Y con eso lo desarmó por completo.

Llegaron a casa de Leo besándose por la escalera, habían desechado la idea del cine desde el primer momento. Cuando llegaron al dormitorio ya estaban desnudos y completamente excitados, aun así, ralentizaron el ritmo de sus caricias para tenerse por más tiempo.

A Leo le encantaba perfilar con sus labios los costados marcados de Lester y a este lo volvía loco agarrar a Leo entre sus brazos y besarlo sin contención. Cuando Lester se introdujo en Leo tomándolo también con la mano, este último se dio cuenta de que jamás podría estar así con otra persona, para él solo existía Lester, y de alguna manera tendría que superar las dudas y los baches del camino.

Soñolientos y relajados descansaban entre las sábanas enredadas, cuando Leo, acariciando la espalda de su amante, le preguntó:

—Cuando estabas en rehabilitación nunca me propusiste como visita, ¿no merecía verte?, ¿hablarte?

—¿Sabes lo que pasa en esas visitas? —lo interrogó Lester girando la cabeza, que tenía apoyada sobre la almohada para mirarlo a los ojos.

—Lo he visto en las películas. Os decís cosas que han estado... enquistando la relación.

—Más o menos. Yo... tenía que pedir perdón a Candy y a Byron y...

—Pero no a mí, ¿verdad?

—Nunca estuve preparado para enfrentarme a ti.

—¿Y ahora?

—¿Quieres que lo hagamos?

—Lo necesito.

Lester se levantó de la cama y tiró de él para que hiciera lo mismo.

—Será mejor que nos pongamos algo o no respondo de lo que pueda hacer.

Leo sonrió, todavía no entendía por qué le gustaban tanto sus fantasmadas, pero así era. Leo sacó dos pantalones de chándal de la cómoda, le ofreció uno a Lester, que hubo de reducir de cintura apretando la lazada, y él se colocó el otro. Lester lo cogió de la mano y lo llevó hasta el salón. Después colocó dos sillas, una frente a otra.

—Siéntate —le ordenó.

Leo lo hizo y, tras él, el propio Les tomó asiento en la silla de enfrente.

—Te pido perdón por ocultar que te amaba durante todos estos años.

Capítulo 17

Tiempos pasados III

Ese día Lester debió sentir que podía vivir otra realidad, porque lo llevó a su casa. Le enseñó el rancho, los caballos, el riachuelo que bordeaba el bosque cercano a la casa. A Leo le parecía todo precioso, cómo le habría gustado crecer en un sitio así. Lester quería presentárselo a su tío y que le diera trabajo allí, así estarían más cerca el uno del otro. Cuando se lo había contado a Candy, esta le había advertido que no era una buena idea. Después de todo, Dustin conocía al chico y le diría a Jack que era un mariquita; si Jack odiaba algo casi tanto como a los indios era a los homosexuales. Pero Les no la había escuchado y allí estaban los dos, a sus diecisiete años, tumbados en la cama de la cabaña a la que Jack les tenía prohibido acercarse. La ropa había quedado tirada al descuido por la habitación.

Lester se levantó de la cama y se puso el calzoncillo, el pantalón y las botas.

—Vamos, tenemos que hablar con mi tío.

—¿Estás seguro de que es una buena idea?

—Tengo que inventarme un montón de excusas cada vez que quiero ir a la ciudad, si estás aquí será más fácil —le dijo tirándole los pantalones para que se los pusiera cuanto antes.

—Ahora tengo un buen trabajo y un sitio para dormir, estoy estudiando. Si lo dejo todo para venirme aquí...

—Puedes estudiar a distancia, ir a las clases que necesites. Tú no tienes que inventar excusas para ir a ningún sitio. Es a mí a quien vigila Jack todo el tiempo.

—Y hablando de estudiar...

—Déjame en paz, ya te he dicho que no me hace falta. Aprendo todo lo que tengo que aprender aquí.

—De tu tío.

—Sí, de mi tío. Es muy inteligente y me dejará todo esto cuando muera.

—Se lo dejará a tu prima.

—No, Él cree que una mujer no puede hacer este trabajo.

—Menuda chorrada. —Les se encogió de hombros mientras agarraba una botella de encima de una cómoda y le daba un trago—. ¡Dios! que fuerte está esto, debe llevar años aquí.

—¿Es necesario que bebas a todas horas? —le recriminó Leo.

—No me des la murga, abuelita. Beberé lo que me dé la gana y no, no voy a estudiar y quiero que estés aquí. Punto.

—Y lo que yo opine no importa, ¿verdad? —contestó el otro comenzando a vestirse.

—¿No quieres estar conmigo? —Más que una pregunta era una acusación.

—Tú me quieres cerca pero bien escondido. —Se metió la camiseta por la cabeza de modo que se perdió la expresión de culpabilidad en el rostro de su amigo.

—Sabes que no puedo hablar de lo que hacemos, no está bien.

—¿Quién lo dice?

—¡Todo el mundo, joder!

El chico ya estaba completamente vestido y se acercó hasta la entrada de la cabaña. Leo aún no se había puesto los pantalones cuando la puerta se abrió de golpe. La figura de Jack enmarcó la luz que entraba del bosque. El viejo paseó la mirada de uno a otro; el pelo revuelto de Les, las piernas desnudas de Leo, se llevó la mano al cinturón y comenzó a desabrochárselo.

—¿Eres uno de esos enfermos, Lester? —le preguntó mientras enrollaba el cinto en la mano, dejando la hebilla fuera.

Leo sintió el corazón partido, por un lado deseaba que Les reconociera su relación, se plantara delante de su tío y le dijera que sí, que lo quería, que era el hombre de su vida y que siempre estarían juntos, pero por otro, no podía evitar sentir pánico por lo que Jack fuese capaz de hacerles a ambos, sobre todo a su sobrino.

Jack se acercaba a Lester amenazante y este aún no había abierto la boca para defenderse de su acusación o enfrentarse al terrateniente. Cuando estaba solo a un palmo entró Candy como una exhalación, se colocó delante de Leo y trató de ocultarlo tras ella. Solo llevaba puesta una camiseta y unas pequeñas braguitas.

—¡No le hagáis daño! Por favor, Les. Padre, por favor, no le hagáis nada. Solo estábamos tonteando cuando nos has encontrado en el bosque, primo. No

tenías derecho a traerlo aquí para amenazarlo o pegarle o a saber qué pensabas hacerle —soltó todo un arsenal de lágrimas, que no distrajerón a su tío del hecho de que la cama estaba deshecha.

Jack los miró a los tres. Lester seguía sin decir nada. Leo se aclaró la garganta y comentó:

—Lo siento mucho, señor —dijo mirando al hombre mayor para después volver la vista a su amante—. Me iré y no volveré nunca más.

Cuando pasó al lado de Jack, este soltó el puño clavándoselo con fuerza en el estómago, Leo se dobló del dolor y cayó de rodillas.

Lester dio un paso hacia delante y sintió la mano de Candy cogiéndole el brazo.

—No, primo, por favor, tú no le pegues. No volveré a verlo, os lo juro.

—Saca la basura de aquí, Les, y que no vuelva. Menos mal que todo esto ha sido un malentendido porque si llego a descubrir que alguien que lleva mi sangre es un maricón, antes lo veré muerto que arrastrándose a las garras de Satanás.

Todos se dieron cuenta de que Jack se había percatado de la situación, pero por algún motivo había decidido aceptar la realidad alternativa que le habían planteado, no sin antes dejar claro qué pasaría si Lester seguía ese camino.

Lester y Leo se habían alejado unos metros de la cabaña, pero pudieron escuchar a Jack:

—Aquí tenemos a una putita, pero yo te enseñaré. —Un golpe seco y un pequeño quejido sacudió el aire.

Leo se giró intentando volver a la cabaña. Lester lo retuvo.

—Vete, déjanos, nosotros estamos acostumbrados a esto. Sabemos defendernos. Tú solo... solo lárgate.

El otro chico lo miró a los ojos con los suyos llenos de lágrimas y en ese preciso instante se dio cuenta de que Lester estaba atrapado en una tela de araña en la que él no debía quedar pegado y es lo que pasaría si trataba de salvarlo.

No dijo nada, pero el adiós tronó en los oídos de ambos. Se dio la vuelta y corrió a través del bosque hacia la salida de aquel infierno sin mirar atrás.

Capítulo 18

¿Atrevimiento final?

—Buenas tardes, señorita Toyer, ¿se encuentra usted bien? —Stuart se dirigió a Lucy con la frialdad que requería el momento. Realmente ella lo sintió como la parte atacante, aunque le estaba hablando incluso con dulzura.

—Sí, gracias —consiguió contestar.

—Hablemos de la tarde de autos, ¿le parece?

Lucy no entendía ese tono meloso y preocupado.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Lucy.

—Trato de que parezca que empatizo contigo, no puedo empezar atacándote porque el jurado se me pondría en contra, así es que comienzo como si estuviera preocupado por ti y después, cuando ya me los haya ganado, te machacaré.

—¿Eso es lo que haces tú como fiscal? —insistió la chica.

—Es lo que hace todo buen abogado.

—¿Manipular al jurado?

—Llámalo X, yo haré lo que tenga que hacer para ganar, los abogados de la defensa también. Si queremos que esto funcione, límitate a contestar, no me interrumpas, ¿de acuerdo?

—Bien.

—Perfecto —sentenció con retintín—. La noche en cuestión fue usted voluntariamente a la habitación de un grupo de chicos, sola.

—Protesto señoría, no era por la noche, sino por la tarde —interrumpió Jeremy.

—Mis disculpas, un descuido —se corrigió compungido Stuart.

—¡Y una mierda un descuido! ¡Has hecho trampas! Así parece que me lo busqué...

—¡Señorita Toyer! Limítese a contestar al abogado o tendré que apercibirla —la interrumpió Rina.

—Pero es que...

—Segundo aviso, continúe e incurrirá en desacato —insistió la secretaria.

Lucy cuadró la mandíbula y miró a Stuart con cara de pocos amigos.

—¡Tiempo muerto! —intervino el fiscal.

—Será mejor que repasemos las normas básicas —apuntilló Jeremy.

—Pero, Jeremy, es que lo ha hecho a posta para que parezca una buscona —protestó Lucy.

—Apenas he comenzado, créeme, él será mucho más duro. Tu abogado ha protestado y es todo lo que podemos hacer cuando esto suceda —la aleccionó Stuart.

—¡Pero lo han oído!

—Sí, y lo tendrán en cuenta por mucho que les ordene el juez, y aún tendrán más en cuenta tu reacción y, lo que verdaderamente importa que es tu respuesta. —La chica se mantuvo en un tenso silencio—. No has mirado al jurado ni una sola vez —la acusó.

—Al final es solo teatro, ¿no?

—¡Exacto! Por fin lo has entendido —confirmó Stuart levantando los brazos al cielo.

Lucy se aguantó las ganas de darle una bofetada y se decantó por el silencio rencoroso.

—Comencemos de nuevo —propuso Jeremy—. Lucy, mantén la calma, habla claro y mirando al jurado, obvia los ataques personales y confía en tu abogado, en caso de que el otro se pase no solo protestará, en su turno de preguntas, rebatirá y tratará de darle la vuelta de forma que su ataque le muerda el culo. Tu trabajo consiste en ser todo credibilidad y serenidad. ¿Estás preparada?

—Lo estoy.

—Pues comencemos otra vez.

* * *

Lyon salió del juzgado algo más animado de cómo había llegado. El gran jurado había decidido que podían usar el testimonio del eslabón débil. Lo que les venía muy bien teniendo en cuenta lo mucho que les estaba costando hacer que Lucy mantuviera la calma durante los ensayos de juicio que habían estado haciendo las últimas dos semanas. Ya habían seleccionado al jurado, tan solo un nativo entre ellos, un hombre lo suficientemente mayor como para ser

considerado sabio en su cultura, o eso le había dicho Jeremy. No habían podido vetar a todos los hombres blancos que se identificarían con los padres de esos chicos, pero tenían un número suficiente de mujeres jóvenes que se sentirían en peligro y de hombres y mujeres de mediana edad que verían a la víctima como su hermana o hija.

En ocasiones echaba de menos a la chica asustadiza que era la joven al principio. Esa era manejable, la increíble mujer que tenía ahora delante era una guerrera dispuesta a saltar al cuello de cualquiera que tratara de imponerse.

Al final de la última sesión habían conseguido algo decente, pero debían seguir por ahí. Necesitaba algo más de tiempo, tiempo que no tenía ya que el juicio era inminente.

Ahora debía volver corriendo a la oficina porque tenía un mensaje de Jake diciéndole que lo esperaba en quince minutos. Hoy también se saltaría la comida.

Antes de entrar en el despacho de su jefe fue al baño y se acicaló frente al espejo, imaginó que le daría la enhorabuena por cómo estaban yendo las cosas y plantearían una estrategia a seguir de cara a los medios de comunicación. Le encantaría ser él quien diese el primer comunicado, pero estaba claro que ese honor se lo iba a guardar para él mismo el viejo Jake. Se conformaría con que durante el juicio le dejase dar alguna rueda de prensa. Su cara y su nombre en el noticiario, era todo lo que necesitaba para que cuando se presentase al cargo de fiscal federal, el senado lo ratificase.

Una vez se hubo peinado y estirado la chaqueta del traje negro de Armani que portaba ese día se dirigió a ver a Jake. Los zapatos italianos apenas hacían ruido al chocar contra el suelo de mármol.

—Buenos días, Linda —le dijo a la secretaria de su jefe tendiéndole una rosa que había robado del jardín.

—Siempre serás mi favorito, pase lo que pase. —Ese comentario intranquilizó a Stuart y le hizo notar de nuevo el cuchillo en su espalda.

Se plantó delante de la puerta y dio un par de golpes.

—Entra —se escuchó la voz de su jefe desde el otro lado.

—Buenas tardes, Jake. Hoy ha sido un gran día. Tengo un buen presentimiento con este caso —le soltó casi sin respirar.

—Precisamente de eso quería hablarte. —Le indicó una silla para que tomara asiento frente a él, al otro lado del enorme escritorio de roble casi negro que decoraba la sala.

Stuart vio a Jake abrir un cajón con una llave minúscula y sacar de él una botella de Jack Daniels y dos vasos. Le puso uno delante, otro lo dejó a la mano de él y repartió un par de dedos de licor para cada uno. Stuart sintió cómo el cuchillo se hundía un poco más en su interior. Se conocían demasiado bien como para no saber que toda esa parafernalia estaba precediendo una gran patada en sus partes. Le dio un trago al licor que quemó en su garganta antes de seguir bajando.

—¿Va todo bien, Jake? —se atrevió a preguntar.

—Estupendo, justo hace un momento he hablado con Laura de ello.

—¿Con Laura?

—Sí, te estaba ayudando en el caso de abuso, ¿cierto?

—Me ha echado una mano en el caso de la violación múltiple, sí. Con la investigación, sobre todo.

—Desde que se fue tu investigadora...

—Buscaré a alguien pronto.

—¿Cómo le va?

—¿A mi investigadora?

—Sí, ¿se ha afincado en Oklahoma finalmente?

—¿Estás dando un rodeo, Jake?

El hombre sonrió.

—Me conoces bien, Lyon. —Stuart asintió—. He tenido algunas reuniones durante la semana.

—¿Me vas a hablar de tus reuniones?

—Mis reuniones te afectan, Stuart. Aún quieres seguir ocupando mi puesto cuando me elijan gobernador, ¿cierto?

—Votaré por ti —le contestó.

Jake soltó una carcajada.

—Bien, el caso es que mi equipo y yo hemos estado recaudando fondos. —Stuart se mantuvo callado esperando el momento en que el puñal se clavara en su corazón desde atrás—. Hemos hecho algunos contactos, todo bien, todo correcto. Nos hemos traído un buen número de promesas.

—Y algunos cheques, supongo.

—Suficientes para empapelar este despacho, pero...

—Siempre hay un pero.

—Es un pero minúsculo.

—Y me lo cuentas porque...

—Porque si no te avienes a razones, y según Laura no lo harás, mis cheques volarán y con ellos tus aspiraciones a mi sillón.

—Y ahora es cuando pones las cartas sobre la mesa. —Stuart cogió la botella y rellenó los vasos.

—Debemos cambiar la estrategia en el caso de abuso.

—Violación múltiple.

—La cuestión es que hay que llegar a un acuerdo. Y lo más discreto posible.

—No podemos hacer eso. Estamos a punto de cambiar la historia. Por primera vez podemos ganarnos el respeto de la comunidad indígena, eso también son votos para los futuros gobernadores.

—Es posible, pero los acusados son hijos de personas influyentes y eso se traduce en...

—Dinero.

—... financiación para las campañas y cien veces más votos que los que tú propones. La comunidad india no es muy dada a votar.

—¿Por qué será?

—No seas obtuso, Stuart.

—Vamos a vender a la chica.

—Vamos a ahorrarle una locura de juicio que la pondrá en la picota.

—Lo sabe y quiere hacerlo, está dispuesta a sacrificar su tranquilidad para dar visibilidad a la causa.

—¿En qué momento has convertido *mi* caso en una causa? —Stuart calló una respuesta que no le iba a hacer ningún favor—. Laura me ha dicho que te has tomado muchas molestias para prepararla bien.

—Hago lo necesario.

—Es una chica muy guapa.

—Es una víctima.

—Procura recordarlo.

—¿Me estás ordenando que llegue a un acuerdo?

—La decisión última es tuya, por supuesto, yo no puedo más que sugerirte lo que es bueno para todos. Y además me preocupo por saber si te has implicado emocionalmente con... la víctima.

—No me he implicado más que en el resto de mis casos.

—Bien. Voy a creerte. Solo quiero que tengas en cuenta las posibles repercusiones de una mala decisión, no me gustaría verme obligado a sustituirte por conducta impropia. Me preocupo por tu carrera.

Ambos hombres quedaron en silencio durante un largo minuto, finalmente Jake volvió a hablar:

—¿Quieres dejar de ser adjunto y sentarte en este sillón?

—Ya sabes que sí —le contestó Stuart.
—Entonces harás lo que tengas que hacer.

Capítulo 19

Prenda

Lester se preguntó cómo diablos había dejado que Leo le convenciese para hacer eso allí cuando vio a la mujer de pelo azul y abalorios llamativos salir de su despacho y decirles que pasaran.

—Buenas tardes, señores. Mi nombre es Olga Kierlovsky.

—Encantado de conocerla —le contestó Leo con un efusivo apretón de manos—. Candy me ha hablado mucho de usted.

—Espero que bien.

—Por supuesto —contestó el joven.

—¿Y tú eres...? —dijo Olga forzando a Lester a presentarse al extender la mano hacia él con esa pregunta a medias.

—Lester Shaw —confirmó Les con un seco y corto, aunque contundente, apretón.

—Lucy me ha dicho que necesitabais verme hoy. Por lo general no trabajo los sábados, pero estoy dispuesta a hacerle un favor a una amiga.

—¿Es el momento de preparar un extra en la billetera? —le preguntó Lester.

—¡Les! —gritó Leo.

En cambio, la mujer, se rio sonoramente.

—No lo dudes, joven. Pasad, por favor.

Pasaron a la acogedora y luminosa oficina de la psicóloga y se quedaron de pie en el centro mirando a su alrededor los alegres cuadros que decoraban la pared, el rincón en el que un cojín gigante descansaba sobre el suelo y la zona que dedujeron sería de terapia, en la que se hallaban tres sillones cómodos y mullidos formando un círculo. Era evidente que habían preparado la estancia para la reunión, el olor a incienso dulce y penetrante comenzó a relajarles los músculos y los sentidos.

—Tomad asiento, por favor —les indicó la doctora.

Leo se sentó en una de las butacas mirando a la ventana, Lester escogió el cojín en el suelo, Olga seleccionó el asiento que triangulaba la posición de los hombres y tomó su libreta de notas antes de dirigirse a Lester.

—¿Sabes por qué está ese cojín ahí?

—¿Para decorar?

—No. Una de las mejores y más productivas e impactantes sesiones que he vivido tuvo lugar en ese rincón, en ese momento decidí que si alguien quería vivir su experiencia en esa esquina mejor sobre algo mullido y cómodo ¿no te parece?

—Es muy práctico —contestó Les.

—¿Ambos habéis venido por voluntad propia? —quiso saber la mujer.

—Yo sí —contestó Leo.

Pasó un minuto de silencio.

—¿Y tú? —le insistió Olga a Lester.

—Yo prefería la intimidad de nuestro apartamento. Sin testigos.

—Es *mi* apartamento, Les —aclaró Leo.

—*Su* apartamento —puntualizó el otro.

—En realidad deberías verme más como una brújula que como una testigo. Por lo que me habéis dicho por teléfono, tú en concreto ya has hecho mucha terapia en incluso sigues yendo a un grupo de apoyo y a alguna sesión con un colega mío, ¿cierto?

—Sí, pero es diferente.

—¿Por qué es diferente?

—Porque eso va de mí y esto... —declaró señalándolos a los tres— esto va de nosotros —ahora con un dedo dejó claro que hablaba de ambos hombres.

—Aún no existe un nosotros —aseguró Leo.

—¡Por el amor de Dios, Leo! ¿Por qué insistes en negar la evidencia?

—Lester, que nos entendamos en la cama no significa que nos vayamos a entender en el resto de la vida. Eso es lo que hemos sido siempre: cama, cama, y más cama. ¡Estoy harto, joder!

—Ahora eres tú el que solo quiere eso, para mí lo de escondernos es historia.

—Yo no me escondía, capullo.

—¿Desde cuándo dices tantos tacos?

—No empieces tú también con eso.

—¿También?

—Sí, también. Jordan dice...

—Acabáramos, ya apareció el gran doctor.

—¿Qué tal si nos centramos en un tema cada vez en lugar de hacer un compendio de ellos y dejarlos todos a medias? —propuso Kierlovsky.

—Está bien, hablemos del doctorcito. ¿Qué coño haces con ese tío?

—Hemos venido aquí para tener la conversación que me debes desde que estabas en rehabilitación, no para hablar de Jordan.

—Pues yo quiero hablar de lo que te crees que estás haciendo con él.

—Atención, noticia de última hora: lo que tú quieras me importa una mierda.

—Ya estamos con los tacos...

—¡Ahhh! ¡Eres insufrible!

—¡Ya te dije que no estaba preparado para esto! No contigo.

—¡Chicos, chicos! Vamos a parar y calmarnos un momento. Respiremos juntos. —La doctora exageró el gesto para que los hombres la siguiesen—. Inspirar, uno, dos, tres, cuatro... Mantener, cinco, seis, siete... Espirar, ocho, nueve, diez... Muy bien, vamos por partes. Leo, dínos de qué exactamente necesitas hablar tú.

—Quiero saber por qué me apartó.

—Díselo a él, cariño. Está aquí, delante de ti, te está escuchando —dijo haciendo un gesto con los dedos a Les, que lo mantuvo en silencio y expectante.

Leo carraspeó y comenzó de nuevo.

—Quiero saber por qué me alejaste durante la recuperación y por qué me dijiste todas esas cosas horribles la última vez que nos vimos, tras la noche en que Dustin intentó matar a Byron y Candy, cuando todo explotó en nuestras narices.

A la pregunta lo único que siguió fue el silencio.

—¿Lester? ¿No quieres contestar? —indagó Olga.

Lester miró al suelo y comenzó a hablar.

—Estaba confundido, mucho. No sabía qué quería, solo que no tenía derecho a ti, a seguir haciéndote daño. Pero tú estabas ahí, a mi lado, no querías irte y yo...

Lester calló para revivir el momento...

Era ya de noche y no sabía cómo habían terminado en aquel bar. Al día siguiente Lester tendría que ingresar en el centro de rehabilitación según el acuerdo al que había llegado con el fiscal Don Capullo Stuart K. Lyon. Serían seis meses allí metido dejando a Candy sola para poner en marcha de nuevo el

rancho, y aclarando todos los negocios sucios de Jack. La chica acababa de descubrir que su padre llevaba muerto un tiempo y su madre..., bueno, su madre, que estaba como una cabra, finalmente también había fallecido. No quería dejarla sola, aunque sabía que no lo estaba, pero él aún debía reconciliarse con Byron, con la parte de sí mismo que odiaba a ese hombre sin razón. Bueno, con la razón que dan los años de educación.

La cabeza iba a estallarle y decidió pillar su última borrachera antes de comenzar el tratamiento, pero Leo, siempre Leo, no había querido dejarlo solo con sus miserias y ahí estaba, mirándolo con ojo crítico y compasivo al mismo tiempo.

—Deja de mirarme así —lo amenazó, y acto seguido se bebió de un trago el chupito de tequila barato que sostenía con dos dedos.

—¿Mirarte cómo?

—Como si me estuvieras perdonando la vida.

—Yo no te estoy mirando así.

—Sí lo haces. Te crees muy superior a mí, ¿verdad?

—Para serte sincero en este momento cualquiera es superior a ti.

—No te cortes —le dijo con tono irónico mientras le hacía un gesto al camarero para que volviese a llenar el vasito—, dime lo que piensas.

—Les, no tienes que hacer esto. Mañana empezarás una nueva vida, puedes recuperarte, podemos...

—¿Podemos? ¿Sigues pensando que soy un maricón como tú?

Leo se puso lívido, no esperaba ese ataque después de lo que acababa de pasar. Había supuesto que la muerte de Jack sería para su amigo una liberación, pero parecía que no, que aún debía resolver muchas cosas.

—¿Sigues tú pensando que no lo eres? ¿Lo piensas incluso cuando estás dentro de mí? —lo azuzó Leo.

—¡Maldita sea! ¡Cierra la puta boca! —le gritó a la vez que lo empujaba haciendo que cayera del taburete.

—Esto no va a pasar —le advirtió Leo desde el suelo—, me da igual lo borracho que estés —continuó mientras se levantaba y se sacudía los pantalones—, esto no te lo voy a consentir.

Lester no contestó en ese momento, se volvió hacia la barra y, estirándose, cogió la botella de la estantería y se sirvió otro chupito.

—¡Eh! —le increpó el camarero.

Lester se limitó a dejar un billete de cien sobre el mostrador y, tras servirse un trago, se lo bebió de golpe y después otro y otro más...

—Lester, para, por favor. Es suficiente.

—¡Lárgate, Leo! ¡Todo es culpa tuya! Ojalá no te hubiera conocido, ojalá no te hubieras cruzado en mi camino, ahora sería el hombre que debo ser y no este... despojo.

—¿Crees que es culpa mía que estés así?

—Pues claro que es culpa tuya, yo era un chaval normal antes de conocerte.

—¿Hasta dónde se coló Jack en tu cabeza, Les?

—No lo sé. No sé nada. Solo sé que no quiero volver a verte. Mañana entraré en ese sitio y les diré que quiero curarme.

—Te puedes curar de tu adicción al alcohol, pero lo que sientes por mí... no es una enfermedad.

—Es otra puta adicción —le dijo mirándolo a los ojos mientras se echaba otro trago al gaznate— y también me limpiaré de ti. ¿Por qué sigues aquí? ¿Por qué sigues presionándome? ¿Quieres un revolcón de despedida?

—Vete a la mierda, Lester. Espero que te recuperes y que entiendas...

—O te largas o te fo...

—Adiós, Les —lo interrumpió el otro con un hilo de voz lleno de tristeza —, te deseo lo mejor —confesó acariciándole la cara aún a sabiendas de que el otro despreciaría el gesto. Pero no fue así. Lester se frotó contra la palma un segundo antes de apartarse y acabarse el contenido de la botella.

Lester recordaba esa noche en una sesión con el psicoterapeuta, ya que durante las primeras semanas su memoria le jugó malas pasadas. Y lloró delante del hombre que le había dicho que dejara salir sus sentimientos, que el que mucho traga corre el riesgo de ahogarse, lloró hasta quedarse sin lágrimas.

Y ahora, en la consulta de la mujer de pelo azul, notó el calor cálido y salado corriendo de nuevo por su rostro.

—Ni siquiera sé por qué te dije esas cosas. Supongo que las pensaba de verdad, en ese momento... yo... solo quería que te fueras, que me dejaras solo, que todo fuera más fácil. Jack era un cabrón, pero aun así, yo lo quería. Me cuidó a su manera, no me dejó tirado cuando murieron mis padres, y durante el tiempo que estuve internado aprendí a perdonarlo.

—¿Y a ti, Lester? ¿Te has perdonado a ti mismo? —intervino la doctora ahora.

—Lo estoy intentando —declaró, secándose las lágrimas con la manga de la camisa—. Lo intento. Hice muchas cosas malas, mucho daño a mucha gente. Gente que me importa.

—También te hiciste daño a ti mismo, ¿crees que mereces algo de compasión? —le preguntó Leo.

—Te necesito —le contestó él—, sin ti no estoy completo. Mi yo contigo es realmente mi yo.

—Te perdono, Les. Por lo que me dijiste aquella noche, por escondernos durante todos estos años, por no saber aceptarte como eres...

—Me acepto... ahora...

—Ahora tenemos que empezar a conocernos de nuevo —insistió Leo.

—Pero eso es una chorrada, nos conocemos de toda la vida.

—Ambos hemos cambiado.

—Te quiero a mi lado, quiero recuperar el tiempo perdido, no soporto que tontees con el tipo ese, te necesito en mi cama.

Leo puso los ojos en blanco, ahí estaba el viejo Lester, aceptando su sexualidad, pero imponiendo su ley.

—Veo que para ti es muy importante el sexo, Lester...

—Y para él también, tenías que haber visto cómo se me echó encima cuando volví...

—¡Les! —lo interrumpió Leo.

—Seguro que fue interesante, aunque te aseguro que puedo vivir sin imaginármelo, ahora bien... se me ocurre una cosa —ambos hombres la miraron intrigados—. Una palabra: celibato.

Capítulo 20

El gran atrevimiento

No dormía desde hacía dos días. Stuart no podía parar de darle vueltas en la cabeza a la conversación que se desarrolló en el despacho de Jake. Le había amenazado, y de forma muy efectiva, debía reconocer. Estuvo tentado de ceder, pero... su combativo yo se resistía, y debía reconocer que no era solo por Lucy, también se trataba de él, no le gustaba perder, nunca, ante nadie. No estaba en su temperamento.

Por otro lado, pensaba en la vehemencia con que la chica defendió su caso y la necesidad de ir a juicio, y se le revolvieron las tripas con la sola idea de la traición que supondría llegar a un acuerdo.

Durante dos días había evitado el gimnasio. No tenía valor para enfrentarse a ella, estaba seguro de que la joven leería en sus ojos los problemas. Sí, ya, eso no era posible, no se conocían tan bien, por lo menos ella no lo conocía tan bien a él, sin embargo, él sí creía conocerla bien a ella y algo así la destrozaría, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que había trabajado para llegar al punto en el que se encontraba en ese momento, la de fantasmas a los que se había enfrentado y a los que había tumbado con su valentía innata.

Finalmente giró la silla de su despacho para mirar por los ventanales el ruido de la ciudad a media mañana y, sacando su móvil, marcó el número previsto.

—Hola, Kin, sí, sí, mucho tiempo... bueno, las cosas van... déjate de rollos, ya nos pondremos al día en otro momento. ¿Sigues teniendo contacto con tu amiga del Houston Chronicle?

* * *

Lucy golpeó nuevamente el saco, el sudor le chorreaba por todo el cuerpo. Se había puesto un pantalón corto de entrenamiento y un top con el logo del local. Por algún motivo con ese último puñetazo le vino a la memoria la primera vez que entró allí, buscó dentro de sí misma un poco de la mujer que era en aquel momento y no lo encontró. El pájaro asustadizo había huido y solo podía pensar en ponerse frente a sus agresores y darles una paliza. Fantaseaba con una sentencia que consistiera en dejarlos con ella a solas en una habitación, uno a uno para poder darle una patada en sus asquerosos *huevos*.

Sin darse cuenta la palabra *huevos* la había dicho en español, tal y como le había enseñado Nat, y en voz alta, acompañándola de una *middle kick* demoledora.

—Jovencita, el que se ha llevado ese golpe ha sido derrocado. ¿Te encuentras bien? —se interesó el entrenador.

Lucy paró a respirar un poco antes de contestarle:

—Sí, sí. Todo bien, es que la fecha del juicio se acerca y cada vez que pienso en lo que pasó me pongo más y más furiosa.

—Bueno, no es para menos. Lo que te pasó fue terrible, pero no debes dejar que controle tu vida. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Y aun así... —La chica se puso las manos en las caderas y miró al suelo.

—Tengo algo nuevo para ti —le confesó Kangaroo.

Lucy levantó las cejas con una interrogación reflejada en su rostro.

—Krav Maga. Es una modalidad de defensa personal. Charlie me ha convencido para que le deje formar grupos de mujeres a los que darles clases. Y tú, querida mía, vas a ser una de las primeras.

—¿Charlie? —se extrañó ella.

—Sí, ese chico nuevo es una mina. Al parecer es un experto. Bueno, ¿te apuntas?

—No quiero dejar el boxeo y no sé si tendré tiempo...

—Lo tendrás, es una vez a la semana, lo que te permite seguir entrenando el resto de los días.

—Creo que probaré —se decidió ella.

—¡Estupendo! Porque empezamos en diez minutos. Por cierto, te recuerdo que en boxeo no se permiten las patadas... aunque sean merecidas.

Lucy rio ante el toque de atención de su entrenador y miró alrededor buscando a Charlie. Sus miradas se cruzaron, los ojos castaños del chico chispeaban con alegría, era muy mono, con ese revuelto cabello pelirrojo y

esa sonrisa blanca como la nieve. Quizá tuviera uno o dos años más que ella, no era aún un hombre completo como Stuart, sino tan solo un chico. Un momento, ¿por qué había pensado en el fiscal en ese instante? Lo apartó de su mente y fue hacia el joven.

—Hola, campeona —la saludó Charlie.

—Hola, Charlie. El jefe me ha dicho que tengo clase contigo, que eres una especie de experto en lucha.

—Algo así —confesó él—. Ven conmigo, vamos a la sala privada. —La cogió de la mano para dirigirla, pero notó cómo ella se ponía tensa y la soltó de inmediato—. Lo siento, no quería incomodarte...

—No pasa nada, me acostumbraré... tú solo actúa con normalidad, como si yo fuera normal, y no me hagas caso.

El chico se paró en seco haciendo que ella tropezara contra su atlético cuerpo.

—¿Como si fueras normal?

—Bueno, ya sabes a lo que me refiero. Todos estáis al tanto de lo que pasó y...

—Creo que deberías dejar de verte a ti misma así. ¿No te parece? —la amonestó.

Lucy lo miró un momento a los ojos. Tal vez el chico no era tan chico después de todo. Le gustaba, debía admitirlo. Y quizá, estaría bien darle una oportunidad.

—Sí, tienes razón. Debo hacerlo.

El joven sonrió y entraron en la sala adyacente donde tres mujeres los esperaban.

Charlie se colocó delante de ellas.

—Os presento a nuestra última incorporación en este grupo, ella es Lucy. Lucy, ellas son Ronda, Mary y Amelie.

Las mujeres se saludaron y se colocaron en fila de forma instintiva.

—Muy bien, señoras, quedaros con esto: nariz, mentón, genitales y rodilla.

Una hora después Lucy había aprendido cuáles eran las zonas más sensibles en un ataque y con qué partes del cuerpo acometerlas. Habían practicado contra almohadillas, con las manos libres de guantes y vendas era otra cosa, algo muy práctico, y le había gustado mucho.

Cuando se despedían Charlie la había cogido de nuevo la mano y, esta vez, ella no se estremeció, no lo repelió, sino que dejó que el calor de él la acompañara y un leve cosquilleo se instaló en su corazón. Se estaba curando.

—Lucy, aquello que hablamos de ir al cine o...

—Sí —lo interrumpió ella. Después de todo ya había practicado el beso y no había pasado nada, bueno, no le había pasado a ella.

—¡Genial! ¿Este fin de semana?

—Sí, está bien.

—¿Quieres que vaya yo a Wellstone? Porque vives allí, ¿no?

—No, no. Vendré a Houston, puedo quedarme en casa de unos amigos y volver al rancho por la mañana.

—También puedes quedarte en mi casa.

Lucy se quedó blanca en ese momento. Le estaba proponiendo lo que parecía...

—Yo... —comenzó a contestar Lucy.

—No, no, perdona. No quería insinuar, es decir... tengo habitación de invitados.

—¿Qué cojones te crees que estás haciendo, niño? —La voz de Stuart tronó tras ellos.

—Perdona... —intentó hablar Charlie sorprendido.

—Como le toques un solo pelo te juro que te meto todo tu Krav Maga por el culo, ¡gilipollas! —Stuart se puso frente al joven separado apenas por unos pocos centímetros.

—¡Stuart! ¿Qué crees que estás haciendo? —Lucy lo agarró con fuerza del brazo y tiró de él hacia atrás.

—¿No te habrás tragado nada de lo que te dice el tonto del culo este? ¿Verdad?

—¡Lyon! —lo convino ella.

—Si te lleva a su casa es para luego... bueno, ya sabes.

—Solo pretendía ser amable —protestó Charlie.

—A otro perro con ese hueso, niño —le contestó Stuart para dirigirse después a Lucy a la que cogió de los codos—. Mira, Lucy, los tíos decimos cualquier cosa para llevarnos a la cama a una mujer atractiva.

—Eso lo harás tú, colega —intervino el joven.

Stuart le dio un empujón.

—Yo no soy tu colega, idiota —le dijo apuntándole con el dedo.

—Stuart —se interpuso Lucy—, Carlos y yo solo hemos quedado para ir al cine, me quedaré en casa de Jeremy o de Beatrix, tranquilo, no pondré el caso en peligro.

—No es eso lo que me preocupa.

—Pues no hay ninguna otra maldita cosa por la que tú debas preocuparte —le soltó Lucy poniéndose delante de él y mirándolo a los ojos.

—Lucy, yo... —intentó justificarse el hombre bajando el tono de voz.

—Vamos a comenzar de nuevo ¿de acuerdo?, ¿sí? —lo interrumpió ella. Ambos hombres se miraron con rencor, pero asintieron—. Stuart, este es Carlos.

—Charlie para los amigos —apuntó el joven en tono conciliador ofreciéndole la mano.

—Carlos —sentenció Stuart apretando más de lo necesario y, acercándose a su oreja, le advirtió—: Como le toques un pelo te arrancaré la piel a tiras. —Tras lo cual salió de la estancia sin mirar a ninguno de los dos.

Lucy lo vio marcharse sorprendida por cómo había reaccionado. Se giró para mirar a Charlie.

—Lo siento yo... no sé qué le ha pasado —se disculpó.

—¿No lo sabes? —se sorprendió el joven, que cogió una botella de agua y se la ofreció a la chica.

—No, yo... no, él y yo no... no somos nada, es decir, somos una especie de amigos, creo, aunque en realidad tampoco. Es el fiscal de mi caso.

—¿El fiscal de tu caso? —Levantó las cejas interrogativo.

—Sí, él es el único de este sistema que me ha tomado en serio, bueno, en realidad todo comenzó por un *ranger*, lo que es muy curioso dado el historial entre los *rangers* y los comanches. Pero George, así se llama, lo empezó todo y me dejó en manos de sus amigos que ahora son los míos. Me cuidan mucho, ¿sabes?

—Y Stuart es uno de ellos.

—En realidad, no. Stuart estuvo a punto de meter en la cárcel a Byron, que es comanche como yo... me estoy enrollando, y no es algo que haga normalmente. No suelo hablar mucho, ¿sabes?

—Pues me alegro de que no seas así conmigo. De todas formas, es una historia muy interesante y me encantaría que me la contaras completa. ¿Mañana? Cine, conversación, cena... ¿qué te parece? Quizá podamos comenzar nuestra propia historia curiosa entre mexicanos y comanches.

—Me parece perfecto —confesó ella con una gran sonrisa dirigiéndose hacia la puerta—. Por cierto —dijo antes de salir de la estancia—, ¿un mexicano pelirrojo?

—Madre irlandesa, ya ves, soy todo un tópico.

Y era un tópico encantador.

Capítulo 21

Beso, atrevimiento, verdad, o pagas prenda

Stuart no había llevado muy bien la situación, lo reconocía, pero sabía lo que escondía el niñato aquel en esa mirada inocente. Inocente por sus cojones. El tío quería lo que quería, se le notaba a la legua, pero Lucy era tan inocente que no se estaba dando cuenta. Iba a caer en las redes de un desalmado de nuevo.

¡Joder! Stuart tiró el bolígrafo contra la tabla de su escritorio, su adorado escritorio. Estaba esperando la llamada de la amiga periodista de Kin, lo que iba a hacer podía costarle su carrera, pero era una decisión tomada. No se dejaría amedrentar por el imbécil ambicioso que resultaba ser Jake. Estaba seguro de que Laura lo había estado espoleando para forzarlo a ir en contra de él y así ganar ella posiciones hasta sentarse en el asiento que correspondía al gran fiscal federal del Distrito Norte de Texas.

El teléfono sonó y Stuart descolgó en cuanto reconoció el número del periódico.

—Stuart K. Lyon al habla.

—Soy Susan Mac, Stuart; la amiga de Kin. Me ha dicho que tienes información jugosa para mí, pero que esperas algo a cambio. Déjame decirte que no me sorprende. Todos los políticos queréis siempre algo a cambio.

—Yo no soy político.

—No, claro que no —se rio la mujer al otro lado de la línea.

—¿Te interesa o no?

—Claro que me interesa, es un juego al que estoy acostumbrada. Pero primero tendrás que decirme qué quieres.

—Mañana por la tarde Jake Murdock dará una rueda de prensa en la que confirmará que se presenta a gobernador.

—Eso es noticia vieja.

—Lo sé, lo que quiero es que le preguntes por uno de los casos en los que estamos trabajando en este momento.

—¿Qué caso?

—Una nativa violada por un grupo de chicos privilegiados.

—Había oído algo, pero todo el mundo supone que no llegarán a procesarlos, como siempre.

—Eso es lo que trato de impedir.

—¿Qué adjunto lleva el caso?

—Yo.

—Entonces ¿por qué no los inculpas y punto?

—Política.

—Déjame adivinar: Jake Murdock.

—Así es.

—Interesante. ¿Y cómo de influyentes son los chicos?

—¿Quieres nombres? Nos vemos a las cuatro de la tarde en el Scala.

—Me parece que este es el principio de una gran amistad...

* * *

Mientras le daba un trago a su café, Stuart evaluó la enorme taza con aquel líquido con sabor a cualquier cosa menos a café. Era la moda. Los sillones del local eran de todo menos cómodos, la música ambiente era estupenda para dormir, y qué decir de la decoración. Era el primer sitio que se le había ocurrido, tal vez porque no era un lugar al que él fuera habitualmente. Sabía que lo que estaba haciendo le costaría su carrera, era un hecho, y aun así iba a seguir adelante.

Vio a una joven con un cuerpo espectacular, enfundada en unos vaqueros muy ajustados y con una blusa blanca desmangada que dejaba a la vista unos brazos muy tonificados y un escote para enmarcar. Levantó la mirada hacia la cara de la portadora de ese increíble cuerpo. Sin duda iba a juego. Guapa, con una verde mirada descarada y cabello del color de la miel. Se dirigía hacia él, los botines sonaban contra el suelo de mármol blanco del lugar. Debía reconocer que la chica describía a la perfección un sueño muy húmedo, pero estaría mejor si tuviese el cabello del color de la noche, los ojos rasgados, la figura curvilínea, los labios rellenos de color cereza... ¿Por qué le vino a la cabeza la imagen de Lucy? ¡Ah! Sí, el caso. Estaba allí por el caso y el pibón rubio se dirigía hacia él.

—¿Stuart? —le preguntó la chica extendiendo la mano.

Stuart se la tomó y contestó:

—El mismo. Y tú eres Susan —confirmó volviendo a sentarse—. ¿Quieres tomar algo?

—Un café estaría bien. Tiene buena pinta —asíó la carta y convino—, de vainilla, estupendo. ¿De qué te lo has pedido tú?

—De café, pero no tenían —masculló.

La chica soltó una pequeña carcajada.

—Eres la monda, un café de café. Te gusta ponerlo difícil, ¿eh?

—Hago lo que puedo.

El camarero se acercó solícito y tomó nota. Se mantuvieron en silencio hasta que unos minutos después el chico volvió y depositó frente a Susan una taza similar a la que tenía Stuart.

—Y bien, Stu, ¿puedo llamarte Stu?

—Preferiría que no.

La chica sonrió.

—Stuart entonces. ¿Tienes algo para mí? —le preguntó antes de darle un sorbo al café y poner cara de placer.

—Lo tengo, pero primero nuestro acuerdo —repuso él.

—Que yo sepa aún, no tenemos ningún acuerdo.

—Te diré lo que quiero ¿te parece bien?

Ella hizo un gesto con la mano indicándole que comenzara a hablar.

* * *

Lucy terminó de ponerse un poco de brillo en los labios y se miró al espejo. Candy estaba detrás de ella y la observaba con aprobación.

—Estás preciosa —la obsequió.

Sus miradas se cruzaron en el cristal. Candy era tan rubia, con esa piel tan blanca y esos ojos tan azules. El contraste la hacía sentirse insegura.

—No sé si estoy preparada —confirmó.

—No tienes que hacerlo si no quieres. ¿Quieres?

—Sí, creo que sí.

—¿Crees? —insistió la rubia poniéndole una mano sobre el hombro.

—Voy a coger la furgoneta, iré sola a la ciudad, quedaré con un hombre y luego me iré a dormir a casa de Lester y no pasará nada. —Lo dijo con tal convicción que vio cómo su amiga sonreía.

—Solo que te divertirás. Byron ha pasado por el gimnasio a hablar con Kangaroo y dice que el chico tiene su aprobación.

—¡Por Dios! No habrá sido capaz...

—Claro que sí, se preocupa por ti.

—¡Qué vergüenza! —Se volvió hacia su amiga para mirarla directamente a los ojos—. Creo que ha llegado el momento de que comience mi vida.

—¿A qué te refieres?

—Necesito un trabajo.

—Aquí trabajas y puedes retomar tus estudios, nunca es tarde.

—Os agradezco mucho todo lo que habéis hecho por mí, y no sé cómo voy a poder pasar un día entero sin estar con Survivor, pero... tengo que... no sé. Lester dice que puedo mudarme a su apartamento de Houston, que él divide su tiempo entre esta casa y la de Leo y casi nunca está en la suya.

—Te entiendo, pero tampoco corre prisa, ¿no? Deja que termine el juicio, según Stuart está a punto de comenzar. Después tendrás tiempo de decidir lo que quieres hacer. Puedes quedarte con nosotros tanto como quieras, también puedes volver con tus padres o instalarte por tu cuenta. No te agobies con eso, llegará cuando tenga que llegar.

La joven se levantó y le dio un abrazo tierno y apretado.

—No sé qué habría hecho sin vosotros. —Alejándose sonrió antes de espetar—: Dile a Byron que si vuelve a meterse en mi vida de esta forma lo mataré lentamente.

* * *

Cuando Stuart colgó el auricular pensó en la reticencia de Jeremy. Eran muchas las cosas que podían salir mal, pero estaba convencido de que Jake actuaría de la forma que él había predicho. Faltaban diez minutos para que comenzase la rueda de prensa. Stuart se situaba a la derecha de Jake y Laura a su izquierda, otros dos ayudantes le guardaban las espaldas, pero esos no estaban en el bombo del sorteo de su puesto. Murdock se dirigió a Laura y Stuart:

—Si sale el tema de alguno de los casos que llevamos os pasaré a vosotros el turno del micro. Yo hoy solo hablaré de política y asuntos sociales. Estamos aquí para anunciar mi campaña y quiero que os vean e incluso os escuchen antes de tomar la decisión de cuál de vosotros es el apropiado para ocupar este cargo cuando yo sea Gobernador.

Ambos asintieron mirándose con recelo. Stuart sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta y envió un mensaje a Jeremy.

Stuart 16:50

El plan está en marcha.

Busca a Lucy y prepárala para lo que pueda pasar.

Jeremy se apartó el largo cabello del rostro y se lo recogió sobre la cabeza, carraspeó e hizo sonar el timbre del apartamento. Nadie contestó, volvió a tocar y en esta ocasión dio también unas palmadas en la puerta. Por fin escuchó ruido del otro lado.

—¡Joder, tío! Me has asustado —le dijo un Lester que iba vestido únicamente con una toalla y tenía el pelo mojado.

—¿Está Lucy?

—¡Hola, Lester! ¿Cómo estás? ¿Te pilló en mal momento? —ironizó el otro echándose a un lado para dejarle pasar.

—Les... yo... ya sabes que no soy muy hablador.

—Se llama educación, civismo, ya sabes. ¿Quieres tomar algo?

—Agua —Lester levantó las cejas—, por favor. Gracias.

—Perfecto. Te la traigo enseguida.

—¡Aprovecha para ponerte algo encima! —le grito a través del pasillo que daba a una pequeña cocina que podía verse casi por completo desde el salón.

—También tengo té helado si lo prefieres.

—Cualquier cosa estará bien.

Lester sirvió un par de té, los llevó hasta el salón y los dejó sobre la desportillada mesilla de centro.

—Lucy no ha vuelto aún, pero no debe tardar. Me mandó un mensaje diciéndome que estaban tomando un helado y al terminar volverían.

—Necesito hablar con ella cuanto antes, pero la he llamado y me cuelga. Y me ha contestado a los mensajes con un escueto «mañana hablamos».

—Tal vez siente que la estáis agobiando un poco —le amonestó mientras se dirigía a su dormitorio.

—Tengo que hablarle sobre el caso, es importante —contestó buscando a su alrededor el mando a distancia del televisor.

Lester escuchó el sonido desde el dormitorio.

—Ponte cómodo, no te cortes —azuzó.

—Será capaz de hacerlo... —murmuró Jeremy.

Lester, intrigado, salió del cuarto poniéndose aún la camiseta.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Jake Murdock ha chantajeado a Stuart con no promocionarlo para su cargo si no llega a un acuerdo, y nuestro querido ayudante pretende jugársela en directo.

—¿Cómo?

—¡Sh! —lo instó a guardar silencio.

* * *

—«Todo por el pueblo» será el lema de nuestra campaña, porque el pueblo, los ciudadanos, son lo único que realmente le importará a mi gabinete, lo único que realmente importa en realidad. Su seguridad, y no solo en materia de violencia, sino seguridad laboral y estabilidad financiera. Esos tres grandes pilares sustentarán mi candidatura, porque, señores, es lo que les prometo que vamos a conseguir cuando yo sea gobernador. Ustedes, todos ustedes, me hayan votado o no, serán mi prioridad.

El jefe de campaña se interpuso entre Jake y el micrófono para anunciar el turno de preguntas. Un chico joven con un distintivo de un periódico local fue el primer elegido para preguntar.

—¿Sabe ya quién le sustituirá si sale elegido?

—La cosa está reñida, pero mis ayudantes están más que preparados para ello. —Tras decir esto se fijó en una imponente pelirroja que levantaba la mano haciendo que su escote quedara bien expuesto. Jake babeó—: Señorita, su turno.

—Buenas tardes, fiscal Murdock —comenzó con voz dulce—. ¿Qué puede decirme del caso de la chica conocida como Lucy L., de la que sabemos que es nativa y que fue presuntamente violada por un grupo de jóvenes bien posicionados?

—No podemos hablar de casos que están en marcha, Mac. Ya lo sabes —le contestó con condescendencia.

—Pero nosotros, su prioridad, estamos preocupados. No quisiera tener que recordarle lo que dicen las estadísticas acerca de la cantidad de este tipo de violaciones que se producen en nuestro país, ni de la falta de resolución por parte de la justicia...

—Stuart, por favor —la interrumpió Jake—, calma la inquietud de la señorita sin revelar datos comprometedores.

Stuart se adelantó un paso y se preparó para sacar su puñal de la espalda y atacar con él de la misma manera.

* * *

Lucy tomó la última cucharada de su helado y tiró el recipiente a la papelera, vio cómo Charlie le ofrecía un puñado de servilletas y se reservaba una de ellas. La chica comenzó a limpiarse las manos y mientras, el joven, acercó la que se había guardado a la boca de la joven y comenzó a limpiarla con delicadeza.

—¿Estaba bueno? —le preguntó.

—Mucho.

—¿Me dejas probarlo?

Ella lo miró sin comprender, él sonrió y acercó su boca a la de ella.

Lucy sintió la presión de los labios de Charlie sobre los suyos, estaban fríos por el helado, no le resultó desagradable, no le dio miedo, tampoco sintió mariposas en el estómago ni le dio un vuelco el corazón. No eran esos los labios que debían estar haciendo eso. Pero tampoco estaba mal.

El ruido de fondo de la televisión que descansaba detrás de la barra en la heladería llegó hasta los oídos de Lucy, como si de un altavoz se tratara. Escuchó un nombre: Stuart.

Interrumpió el beso con rapidez y de un salto se encaramó en la barra y, asiendo el mando, le dio volumen al aparato.

Charlie la siguió y se colocó detrás de ella.

Stuart se puso ante el micrófono.

* * *

—No se va a atrever —le dijo Lester a Jeremy.

—No lo sé, este tío es impredecible.

—Pero si hace lo que tiene pensado, el fiscal ese no le va a perdonar. Lo sentenciará y terminará en la calle.

—No es una cuestión de seguridad laboral para él, es más bien orgullo por un lado y cumplir los deseos de Lucy por otro.

—¿Crees que de verdad le importa Lucy? Quiero decir, está claro que se la quiere tirar, pero...

—¡Lester! ¿Te importaría no hablar así de ella?

—¿Así cómo? ¿Acaso no es cierto?

—No lo sé, y no es cosa mía, ni tuya, ya puestos. Ambos son mayores de edad. Además, ella está saliendo con alguien, ¿no?

—Bueno, sí, pero entre el fiscal y nuestra chica pasó algo.

—¿Perdona?

—Eh... no he dicho nada.

—Lester...

—En serio, olvídalo —Stuart carraspeó en la televisión—. Ahí va.

* * *

Charlie le puso una mano en el hombro a Lucy.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

—Déjame escucharlo —le contestó apartándole la mano con un movimiento del brazo.

Lucy subió un poco más el volumen y fijó toda su atención en Stuart, que dio un par de golpecitos en el micro para llamar una atención que ya tenía.

—Señores y señoras de la prensa y ciudadanos en general, debo anunciar, como ayudante del fiscal encargado de este caso, que la fiscalía procederá a acusar a Jackson Phelps, Anthony Preston, Richard Mathew y Lois Simpson de violación en primer grado, agresión sexual, delito de violencia de odio y complicidad para cometer las violaciones de los otros, además de retención forzosa. Y a Enola James como cómplice y procurador en todos estos hechos, la fiscalía le pide el máximo respeto durante el proceso para procurar un juicio justo y con la máxima privacidad para la víctima de los hechos. Les informo así mismo de que el juez ha revocado las órdenes de libertad bajo fianza de los ya citados, y en este mismo momento los acusados están siendo detenidos para asegurar un proceso sin incidentes, dado el alto riesgo de fuga que suponen las situaciones privilegiadas de todos ellos.

Lucy vio en la televisión cómo imágenes de sus torturadores siendo arrestados, intentando taparse la cabeza con sus chaquetas, se combinaban con las imágenes de la rueda de prensa.

* * *

—¡Dios! ¡Lo ha hecho! —exclamó Lester levantándose del sillón de un salto.

—Y en connivencia con el juez del caso, de tal forma que su jefe no puede retractarse, porque quedaría como un idiota insolidario y, además, el daño ya está hecho. El muy loco hijo de puta ha soltado los nombres uno a uno.

—Nunca pensé que diría esto, pero... me gusta este tío.

—Se acaba de suicidar profesionalmente.

—Sí, lo ha hecho. El amor es hermoso, aunque te obligue a mantener el celibato.

—¿De qué estás hablando?

—Nada, cosas mías.

* * *

—Señores —intervino el jefe de campaña de Murdock, apartando de malos modos al ayudante, ante el jaleo que se había montado: las manos levantadas en tropel y los gritos de los periodistas intentando llamar la atención de Stuart—. Próximamente daremos otra rueda de prensa para hablar del caso, pero en

este momento estamos aquí para centrarnos en la candidatura de Jake Murdock, así es que les ruego que sus preguntas se ciñan a ello.

Stuart dio un paso atrás colocándose al lado de su jefe. Este, sin romper su sonrisa en ningún momento le dijo:

—Acabas de enterrar tu carrera. No voy a parar hasta hundirte en la mierda, Stuart K. Lyon.

—No lo dudo, Jake. Pero es posible que mi pala sea más grande que la tuya.

Capítulo 22

Toca beso de nuevo

Lucy sentía un nudo en el estómago, quería centrarse en su cita con Charlie, pero su mente la traicionaba una y otra vez. Sus pensamientos viajaban de la noche en que pasó *todo lo malo*, a las declaraciones que acababa de realizar Stuart. ¡Maldito Stuart! ¿Era necesario que lo pregonara ante todo el Estado? y justo en su primera cita desde que... desde *todo lo malo*.

Paseaban cogidos de la mano, en silencio, aunque la chica juraría que su cerebro estaba emitiendo más ruido que el motor de un tractor. Lucy sabía que Charlie estaba esperando una explicación, no la había pedido, pero se la merecía. Aun así, no terminaba de atreverse a hablar.

Por fin fue él quien rompió el tenso silencio.

—Supongo que Lucy L. eres tú —confirmó.

—Sí —fue la escueta respuesta de ella.

—¿Quieres... quieres hablar de ello?

—No lo sé.

—Entiendo que acabamos de conocernos y aún no confíes en mí, pero me gustaría que lo hicieras.

—No es una cuestión de confianza, esto va a ser portada de todos los medios, ya lo has visto. Es solo que... no es algo de lo que suela hablar salvo con mi terapeuta.

—Y con el fiscal ese, ¿no?

—Sí, con Stuart también.

—Ya. Mira, yo... creo que esto que hay entre nosotros, aunque acabe de empezar, puede ser algo muy bueno y me gustaría que tú también lo vieras así.

Lucy se paró y lo encaró con la mirada.

—Y lo veo... es solo que necesito tiempo. ¿Podemos terminar la noche como si este tema no hubiera salido? Una noche normal, una cita normal entre dos personas sin mácula.

—Todo el mundo lleva una carga, Lucy. La tuya es muy pesada, y si puedo ayudarte a portarla, me encantará. Cuando te sientas cómoda, sin presiones.

—Gracias —le contestó ella rozando sus labios con los del chico.

* * *

Stuart esperaba sentado en la gran mesa de reuniones del despacho de Jake. Este lo había citado allí con un mail muy formal escrito y firmado por uno de los jefes de su gabinete político. Reconoció el nombre. Sabía que Murdock estaba tratando de intimidarlo con estas tácticas de colegio: lo citaba por terceros, lo hacía esperar ante la gran mesa, seguramente se presentaría rodeado de otros abogados y trataría de ponerlo contra las cuerdas, pero Stuart sabía que de una manera o de otra seguiría con el juicio.

Por fin la puerta se abrió y la comitiva encabezada por Laura se situó estratégicamente en la mesa dejando a Stuart justo en frente de Jake.

—Stuart K. Lyon, ha cometido usted una falta de carácter muy grave al contravenir una orden directa de su superior. ¿Es consciente de lo que acarrea dicha falta?

Stuart ignoró a Laura, que atacaba con pasión, y se dirigió directamente a Jake.

—Jake, tienes mi carta de dimisión en tu mesa. En ella especifico que la fecha de efecto será el momento en que terminen los juicios que tengo pendientes.

—Tu único juicio pendiente es el de la india. Quiero que pases el resto a Laura —contraatacó Jake. Stuart asintió—. A pesar de lo que has hecho, aún podría llegar a un acuerdo...

—No lo creo —lo interrumpió Stuart—. Tu campaña se resentiría, en este momento eres un héroe para la comunidad india y para las mujeres en general, eso son muchos votos.

—Con un buen acuerdo podría conseguir lo mismo.

—Tal vez antes de la rueda de prensa sí, en este momento tendrías que dar muchas explicaciones, sobre todo teniendo en cuenta de quién son hijos los acusados.

—Lo has planeado bien. Has sido muy astuto.

—Aprendí del mejor.

A pesar de todo Jake no pudo evitar sonreír.

—Aún podría relevarte del caso.

—No lo harás, no vas a arriesgarte a perderlo, llegados a este punto. Y tú sabes que lo mejor para el caso soy yo.

—Si me entero de que tienes algo con la india...

—¿Hemos terminado esta bonita reunión? —lo interrumpió poniéndose de pie—. Es que, no sé ustedes, caballeros y... dama, pero yo tengo mucho trabajo.

—Si vuelves a cruzarte en mi camino... —trató de amenazarlo el fiscal.

—Sí, sí, me destruirás y todo eso.

Salió cerrando la puerta con mucho cuidado, y decidió dar por finalizado el día.

* * *

Lucy abrió la puerta del apartamento con la llave que le había dado Lester, suponía que estaría sola y podría así pensar en todo lo que había pasado. En su incipiente relación con Charlie, en Stuart, en el juicio...

—¡Lucy! Por fin, ¿dónde estabas? ¿Por qué no cogías el teléfono? No puedes desaparecer así y...

—Ya basta, Jeremy, deja a la chica respirar —lo interrumpió Lester.

—¿Qué haces aquí, Jeremy? —le preguntó ella.

—Stuart me mandó a buscarte para que hablase contigo. Debemos preparar una estrategia a partir de ahora. Se ha dado el pistoletazo de salida y tu entorno en general puede convertirse en una locura.

—Lo sé. Pero creo que hoy necesito estar sola. ¿Podemos dejarlo para mañana?

—Está bien. Te recogeré a las diez y nos reuniremos con Stuart. ¿Ok?

—Sí, está bien.

Cuando Jeremy se marchó, Lester se acomodó al lado de Lucy.

—Me marcharé a casa de Leo en un rato y pasaré allí la noche. Así es que antes hablemos de lo que de verdad importa —le dijo.

—Les, en serio, no me apetece...

—¿Qué tal tu cita? —la interrumpió.

Lucy sonrió, de eso sí podía hablar.

* * *

Stuart sacudió la cabeza bajo el grifo de la ducha. El agua casi hirviendo estaba consiguiendo relajarle los músculos, era una pena que el gimnasio ya

estuviera cerrado porque lo que realmente le hacía falta era una buena pelea física para quitarse de encima toda esa tensión.

Había ganado y perdido todo a la vez. Su vida entera, todo aquello por lo que había luchado, se coló por el retrete en esa mesa de reuniones. Que supiese que iba a pasar no lo hacía menos duro, pero no iba a permitir que lo amenazaran y agachar la cabeza, esa sumisión no estaba en él.

Cerró el grifo del agua y salió de la ducha empapado. Se secó un poco el cuerpo y el cabello con movimientos rápidos y se puso frente al gran espejo que reinaba en el baño colocado encima del lavabo. Con una mano retiró el vaho que le impedía verse y se quedó unos minutos fijándose en la imagen que le devolvía.

Tenía ojeras, el rictus serio, y la incipiente barba tapando parte de su rostro.

—Me siento como un perdedor a pesar de haber ganado —le dijo al cristal.

El timbre de la puerta sonó y salió sin molestarse en ponerse encima más que la toalla, intrigado por saber quién querría verlo a esas horas. Había hablado con Jeremy y habían quedado en encontrarse en el despacho al día siguiente, también había conversado con su madre y su hermana.

Se revolvió el pelo en un gesto espontáneo que reflejaba que aún no había conseguido tranquilizarse y abrió la puerta.

—¿Lo celebramos? —Mac estaba allí con un minivestido muy sugerente, una botella de champán en una mano y dos copas en la otra.

—Mac, es tarde, yo... estaba a punto de acostarme.

Ella lo miró de arriba abajo y se mordió el labio inferior dejando claras sus intenciones.

—Hacemos buen equipo, Lyon, he pensado que podíamos... llevarlo un poco más lejos. —Se acercó a él y pegando su cuerpo al del hombre depositó un húmedo beso en la garganta de él.

Stuart sintió reaccionar a su cuerpo, ella lo tomó como un sí y entró en el apartamento, depositó la bebida y las copas encima de la mesita baja y se llevó las manos a la cremallera del vestido.

A Stuart le estaba costando reaccionar, en cualquier otro momento de su vida ya la tendría enroscada a su cuerpo y se habría olvidado de las penurias de ese día. Un día que estaba resultando de lo más extraño.

El vestido desapareció, y la chica volvió a acercarse a él, con un movimiento experto le soltó la toalla y le puso la mano en la abultada prominencia que recibió la caricia deshinchándose.

—¿No te gustan las mujeres que toman la iniciativa? ¿O no te gustan las mujeres y punto? —le preguntó la joven insistiendo en sus caricias.

—Me encantan las mujeres y no le pongo peros a una buena iniciativa, pero... ¿cómo has encontrado mi casa? —se extrañó.

—Tengo mis fuentes.

—¿Laura?

Ella levantó las cejas en una muda aceptación.

—¿Estás comprometido? —indagó retirándose ligeramente.

—No hay nadie en mi vida en este momento.

Y por una misteriosa razón, la imagen de Lucy volvió a ocupar su mente por completo y su cuerpo volvió a cobrar vida.

—Mira, puede que tengamos alguna oportunidad después de todo —se alegró ella.

El caso, no podía dejar de pensar en él, por eso Lucy había irrumpido en su mente, así de repente, en esa situación tan comprometida. De nuevo sintió el galopar de su corazón a toda velocidad, tenía que calmarse, tomarse la infusión que le dio Leo y dormir, sobre todo, necesitaba dormir. Y una buena pelea, y ahora la imagen que se le vino a la cabeza no fue la esperada, no era a Jake a quien quería machacar, era a Carlos, el niño del gimnasio. Se estaba volviendo loco.

—En realidad estoy muy cansado y prefiero dormir. Dejemos la celebración para otro momento, ¿te parece?

La joven sonrió y, tras alejarse de él, cogió su vestido y se lo puso.

—Está bien. Sé cuándo he perdido.

—Estoy seguro de ser yo el que se pierde algo muy bueno.

—No lo dudes, guapo. ¿Podemos al menos bebernos el champán? Sería una pena desperdiciarlo.

—Claro, voy a ponerme algo.

Stuart desapareció en su cuarto, dispuesto a ser amable, aunque lo que realmente le apetecía era meterse en la cama, solo.

Al salir se sorprendió al ver a Mac curioseando en su escritorio Chinon de mango negro, una ganga de madera de la India encontrado en un mercadillo.

—¿Buscas algo? —la abordó con rapidez.

—Curioseaba. Deformación profesional, supongo.

Stuart se acercó hasta el rincón en el que descansaba el mueble y le quitó un documento de las manos.

—¿Y cuánta de esta curiosidad voy a ver mañana en los periódicos? —le preguntó directamente.

—Tranquilo, no voy a poner en peligro el caso destapando tu... estrategia.

—¿Sabes? —dijo cerrando la puerta del *bureau* con llave—. Creo que paso de ese champán después de todo, estoy muy cansado.

—De nuevo, tú te lo pierdes —contestó ella dirigiéndose a la salida.

Él la acompañó y le abrió la puerta. Antes de salir, puso su mano en el cuello de Stuart y le regaló un beso húmedo y picante. Stuart no reaccionó, la dejó hacer sin darle respuesta alguna. Ella lo soltó por fin. Y se marchó dedicándole una última sonrisa.

Capítulo 23

Toca verdad

—¿Qué has hecho qué? —le preguntó Lucy fríamente, demasiado fríamente para significar calma.

—Yo no he hecho nada, me despisté un momento y cuando salí estaba fisgoneando...

—Tío —lo interrumpió Jeremy—, dejaste a una periodista sola delante de la documentación del caso —lo acusó.

—Estaba cansado y en pelotas, solo quería vestirme y ella...

—Ahórrame los detalles, ¿quieres? No me interesa saber qué hacías con ella ni con ninguna otra —lo atacó Lucy.

—No estaba haciendo nada con ella, de eso se trata, por eso no estaba ocupada y se puso a cotillear.

—¡Eres un idiota!

—De nada, Lucy. Acabo de mandar mi carrera a la mierda por ti, ¿sabes? Eso la ablandó lo suficiente como para rebajar la tensión.

—Tienes razón, es que lo siento por Byron y Candy, ellos se han portado muy bien conmigo y no se merecen el acoso al que los están sometiendo para encontrarme.

—No te preocupes por ellos, cuando se cansen, Candy sacará la escopeta y los ahuyentará. ¿Te quedarás en casa de Lester?

—Sí, él pasa casi todo el tiempo con Leo o en el rancho, así es que...

—No me gusta, no quiero que estés sola durante el juicio —aportó Stuart.

—Sabré cuidarme. En todo caso puedes darle las gracias a tu amiguita.

—No es mi amiguita y ¿podemos olvidarnos ya de eso?

Ella cruzó los brazos haciendo un mohín con los labios.

—¿Crees que vio mucho más? ¿El nombre del que los va a delatar? —quiso saber Jeremy.

—No, no creo. Me prometió que, en todo caso, no dinamitaría el juicio.
—¿La crees?
—Sí, creo que sí. Pero vamos a centrarnos en el juicio. Lucy, repasemos una vez más tu declaración.
—Lo hemos hecho cien veces.
—Y lo haremos otras cien, el juicio comienza en dos días, Lucy. Todo tiene que estar bien atado.
—¿Cuándo les vas a dar la lista de testigos? —le preguntó Jeremy.
—Ya la tienen.
—¿Ya saben quién los va a traicionar?
—Ese testigo aún no está confirmado, seguramente será algo de última hora.
—Me gusta, es arriesgado, pero colará.
—Eso creo. Llamaré a Rina.

* * *

Leo colocó el plato de pasta a la albahaca delante de Lester mientras este rellenaba las copas con agua con gas.

—La próxima vez podríamos salir —sugirió.
—Sí, es buena idea —aceptó Leo pinchado los espaguetis casi sin ganas.
—Estás muy callado —comentó Lester.
—¿Tú no estás nervioso?
—Estoy que me subo por las paredes, ni siquiera puedo hacerme una puta paja, claro que estoy nervioso. Pero estamos cumpliendo y no nos hemos peleado y eso es... no sé... nuevo, y... me gusta.
—A mí también me gusta —sonrió Leo—, pero echo mucho de menos el sexo, eso también me gustaba, ¿sabes?
—Pero tú crees que solo estoy contigo por eso y tienes, tenemos que conocernos más, hablar y, no sé, esos rollos.
Leo se rio por la forma en que Lester le decía que para él era importante.
—¿Estás totalmente reconciliado contigo mismo? ¿Con quién eres?
—Si te refieres a lo de ser gay, la verdad es que no sé si lo soy. Eres el único hombre con el que me he acostado, el único con quien quiero hacerlo en un futuro. No me gustan los hombres, me gustas tú. Quiero estar contigo, siempre.
—En realidad no lo sabes, pero me acabas de decir algo muy bonito.
—Enmárcalo, pero no te acostumbres.

—Te quiero, Les. Siempre te he querido, desde que te vi por primera vez cuando éramos unos críos.

—Yo también te quiero, Leo. Más que a nada en el mundo, pero no va a pasar nada esta noche, el plazo que nos dio Olga termina en breve y vamos a cumplirlo.

Leo asintió con fastidio y volvió a pinchar la comida.

—¿Te vendrás a vivir conmigo? —le preguntó sin mirarlo.

—No quiero dejar sola a Lucy durante el juicio. Cuando acabe...

—Es cierto, no pasa nada. Pasaremos más tiempo en tu casa.

—Gracias, Leo. Siempre antepongo mis problemas a tus necesidades, lo sé, pero es que Lucy...

—No pasa nada, lo entiendo, me parece bien, en serio.

Para Leo era una tortura estar cerca de Lester y no poder tocarlo, parece que lo de la abstinencia lo llevaba peor él, a pesar de que habían pasado tanto tiempo diseccionando su relación que por fin comenzaban a entenderse. Leo quería comenzar de cero, ya había decidido darle una oportunidad a lo suyo y quería empezar cuanto antes, pero para Lester cumplir la terapia al pie de la letra era importante, y él sabía que debía apoyarlo en eso.

Ya estaban en la cama, pero ninguno de los dos dormía.

—Les, ¿por qué no me llamaste durante la terapia?, ¿por qué me echaste de tu lado aquella noche? Necesito la verdad.

Lester se puso boca arriba en la cama, encendió la luz de la mesita y se sentó acomodando la espalda contra las almohadas.

—He pensado mucho en esa noche. Ojalá hubiera hecho las cosas de forma diferente, pero la verdad es que estaba desquiciado. Te deseaba tanto que me dolía de todas las maneras posibles. Aunque supiera que Jack era un cabrón, fueron muchos años escuchando lo que opinaba de los que tenían nuestras inclinaciones...

—¿Nuestras inclinaciones? —lo interrumpió Leo.

Lester lo miró con dulzura.

—Ya me entiendes. Lo que quiero decir es que en ese momento, y por más que te quisiera, yo estaba convencido de que algo en mí estaba mal. Quería cambiarlo. Para serte sincero, cuando comencé la terapia pensé que si dejaba de beber también desaparecería esa parte de mí.

—Creías que dejarías de ser homosexual.

—Que dejaría de amarte. No quería amarte, Leo. Soy un gilipollas, pero esa es la verdad.

—Está bien, continúa.

—Cuando terminé y volví al rancho y al trabajo, por un tiempo me sentí bien, pero luego comencé a pensar en ti de nuevo, a desearte a... no podía no estar contigo. Simplemente esa era la verdad.

—¿Cómo llegaste a aceptarme?

—No debía aceptarte a ti, Leo. Tenía que aceptarme a mí mismo. Pero para ello primero debías perdonarme. Por eso me planté en tu casa en un principio, quería que me perdonaras, pero pasó lo que pasó y luego te vi con el médico ese y todo se complicó.

—Gracias por contármelo.

—¿Me has perdonado?

—Hace mucho que lo hice —le contestó cogiéndole la mano.

—Leo... —le amonestó ante la incipiente caricia.

—Olga no se tiene por qué enterar, además, qué más da unos días menos que más.

Lester se soltó y apagó la luz. Le dio un beso suave en los labios y se dio la vuelta dándole la espalda.

—Pronto —prometió.

* * *

Segunda cita. Estaba en una segunda cita con un buen chico. Hasta el momento Charlie se había mostrado respetuoso, aunque con un punto de apasionamiento, amable a la vez que firme en sus principios, era un caballero a la antigua usanza, alguien con quien sentirse protegida y, seguramente con el tiempo, querida.

Entonces, ¿cuál era el problema? Se preguntaba. Constantemente pensaba en Stuart. Cómo sería pasear con él: probablemente caminaría rápido y sin prestar atención a su alrededor; ir al cine con él: se pelearían porque querría ver una de acción y ella prefería las llamadas películas en versión original; si fuesen a tomar un helado, lo más seguro sería que terminara estampándose en la cara. Podrían ir a algún mercadillo a ver antigüedades, había observado que él tenía muebles verdaderamente bonitos...

—Tierra llamando a Lucy —interrumpió sus pensamientos Charlie.

—Perdona, me he distraído —confesó con cierto rubor.

—Sí, lo has hecho. ¿Puedo preguntarte en qué pensabas?

—En Stuart —se le escapó sin pensar.

—¡Vaya! Eso sí es sinceridad. Por favor, si vuelvo a preguntar algo así, miénteme un poquito. Sé clemente.

—¡No! —se arrepintió ella—. Quiero decir en el juicio, claro. Es solo que en este momento pensaba... —tuvo que estrujarse la sesera para no mentir absolutamente— en... en cómo reacciona él a lo que le digo y a no sé... a todo. Por el caso, ¿sabes?

—Claro, por el caso —contestó con lo que a Lucy le pareció una extraña sinceridad.

—Sí.

—¿Y puedes decirme en qué en concreto?

—No sé. En todo. Por ejemplo, en cómo me presiona cuando preparamos el juicio como si estuviéramos en la sala.

—¿Quieres que le pegue una paliza? —le preguntó él en tono de broma.

Lucy se echó a reír, no pudo evitarlo. Stuart probablemente dejaría hecho papilla al bueno de Charlie, no solo peleaba muy bien, sino que sabía jugar sucio y no dudaba en hacerlo. Y eso la aterraba, se le cortó la risa.

—Perdona —se disculpó Lucy al ver que Charlie la miraba confundido.

—¿Crees que no podría con él? —la interrogó más serio de lo que requería la chanza.

—No es eso, es que Stuart no es como tú.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Ninguna de las dos cosas.

Charlie asintió.

—Hemos llegado —la informó al ver el portal del bloque de apartamentos en el que residía junto a Lester, desde que la prensa se había enterado de que vivía en el rancho de Candy.

Era el momento del beso, y Lucy se descubrió deseando que pasara rápido. Solo era un beso, podía pensar en otra cosa y no darse ni cuenta. Eso era lo que habría hecho la antigua Lucy, pero no la nueva. La de ahora se respetaba a sí misma y apreciaba lo suficiente a Charlie como para ser sincera. Cuando él bajó la cabeza y acercó sus labios, ella se puso tensa y colocó las manos a modo de barrera contra su pecho, a la vez que un casi imperceptible no era dibujado con un leve movimiento de sus labios. En el fondo de su corazón estaba enterrado el temor a que él siguiera con sus intenciones sin pararse a valorar los deseos de ella. Era como una burbuja que vibraba presta a saltar; el terror. En los meses que siguieron a la violación, dijo sí muchas veces para evitar las represalias del no, a pesar de que iba en contra de sus deseos. Lo había hablado con Olga, sabía que no era racional, pero esa pequeña bolita llena de aire y pánico seguía ahí. Fue tan solo un

segundo; el tiempo que necesitó Charlie para desviar sus labios hasta la frente de la joven y depositar allí su cariño en forma de casto beso.

—Si necesitas tiempo, te lo daré, no tengo prisa, no contigo. Pero si tu corazón está ocupado, me gustaría saberlo.

—No, yo no... —Por algún motivo sintió que le estaba mintiendo. Stuart. Su imagen se coló en la conversación como por ensalmo—. ¡Oh!

—¿Te acabas de dar cuenta? —le preguntó él con media sonrisa mientras le cogía la cara entre las manos.

—Yo no... yo... es que... no puede ser... no...

—Uno no elige de quién se enamora, Lucy.

—Pero es totalmente inapropiado, ni siquiera puedo decirte quién es —musitó ella.

—Me da la impresión de que Stuart y tú sois los únicos que no os dais cuenta de lo que hay entre vosotros.

Lucy abrió los ojos hasta sentir toda la presión del aire en ellos.

—Pero...

—Sh... no pienses en eso ahora. Sube a descansar, concéntrate en el juicio, y cuando termine, ve a por él. Me parece que al caballero le va a hacer falta un empujoncito.

Lucy sonrió, ante ella se abría un enorme cráter lleno de posibilidades y trampas.

* * *

Ahí estaba él, jugándoselo todo si lo pillaban y, aun así, dispuesto a estar con ella esa última noche antes del juicio. Quería darle todo su apoyo y ella... ella andaba besuqueándose con el pelirrojo de los cojones.

Stuart sentía el corazón latiendo de tal forma que ni mil infusiones de Leo harían efecto. El pecho le escocía, ¿era eso posible? Sintió un nudo en la garganta que se iba haciendo tenso y grande, pero sobre todo tenía ganas de interrumpir la tierna escena y liarse a hostias con el niño ese. Estaba poniendo su caso en peligro, y Lucy era una inconsciente que no se daba cuenta de que lo que el tonto ese quería era acostarse con ella y punto. No era el hombre que ella necesitaba, que merecía. Cuando esa persona llegara, él lo reconocería y sería el primero en animarla a... ¿a qué?, ¡joder! Estaba cansado y ya no sabía ni lo que pensaba.

Sería mejor marcharse y dejar a la parejita despedirse. Puso el coche en marcha y antes de marcharse dio un último vistazo. Charlie tenía la cara de la chica entre las manos. ¡Maldito idiota!

Capítulo 24

Toca atrevimiento

Lester sintió la caricia aún entre sueños. Su cuerpo cobró vida de repente. Su miembro se había puesto duro y pedía atención por parte de Leo, este lo intuyó y lo tomó con una mano.

—Buenos días —dijo Leo besándole en la mejilla.

—Sí que lo son —contestó Lester moviendo la cara para recibir el beso en los labios. Un sonido interrumpió el lujurioso despertar—. ¡Mierda! ¿Qué hora es?

—La última vez que he mirado el reloj eran las ocho. ¿A qué hora comienza el juicio?

—A las diez, pero tengo que recoger a Lucy y llevarla al juzgado, te lo dije, ¿no? —declaró levantándose y metiéndose en el baño sin dar tiempo a Leo a protestar. Este se acomodó en la cama de nuevo.

—No, no me lo dijiste y ahora voy a tener que hacerme una paja.

—¿Decías algo? —preguntó Lester desde el baño a gritos. Leo podía escuchar el sonido del agua de la ducha correr.

—Que si quieres que prepare café o algo de desayuno —chilló a su vez.

—Café. Gracias.

Leo se resignó a posponer su desahogo y, poniéndose el calzoncillo, fue a la cocina. Sacó unos bollos de un armario que calentó en la tostadora mientras salía el café. Se concentró en el sonido de las burbujas del agua hirviendo para no pensar en toda la libido que le corría por las venas en este momento. Tampoco quería saber por qué a Lester le estaba resultando tan fácil aquella carencia.

Lester se sentía aterrado. Había llegado el momento de mostrarle a Leo todo lo que sentía por él, y no solo con palabras. Y no es que no lo hubiera hecho antes, la diferencia estribaba en que ahora estaba sobrio y plenamente

consciente después del tiempo de reflexión, de lo que significaba el momento, más allá de los hechos. Por mucho que lo deseara, la verdad era que se sentía como si fuera aquella primera vez. La primera vez que lo amó.

* * *

Lucy miró el traje que le había entregado Jeremy de parte de Stuart la noche anterior. Ella nunca se había puesto algo así. Sobrio, ceñido aunque pudoroso, gris claro, con una camisa blanca inmaculada, le había indicado que debía maquillarse discretamente y recogerse su excesiva melena, así la había llamado él, y cuando ella le había preguntado por qué excesiva, él le había contestado que era demasiado para los sentidos, los hombres y tal vez algunas mujeres, solo podrían pensar en el atractivo de esa cabellera, y el resto de las mujeres y tal vez algunos hombres, envidiarla.

Estaba coqueteando con la idea de presentarse en el juicio con sus sempiternos vaqueros y una camiseta, solo por disfrutar de la cara de cabreo que pondría Stuart, cuando sonó el teléfono y, como si lo hubiera conjurado, su nombre apareció en la pantalla.

—¡Mierda! Me ha pillado —susurró para sí misma con una sonrisa—. ¿Sí? —contestó.

—¿Te has puesto la ropa que le di a Jeremy?

Lucy hubo de contenerse para que su sonrisa no se convirtiera en una profunda risotada.

—Estoy en ello.

—Recuerda lo que te dije del peinado.

—Lo recuerdo.

—¿Estás bien? ¿Tranquila?

—Estoy bien. Tranquila.

—Por lo menos uno de los dos lo está.

—Muy gracioso. ¿Nunca te han dicho que bromear no es lo tuyo?

—Bueno, no se me da muy bien, no. —Se hizo un silencio que por fin rompió Stuart—. ¿Te lleva Lester al juzgado?

—Sí. Candy me ha dicho que los periodistas están apostados en su puerta desde anoche, y parece que también han descubierto la dirección de Jeremy y pretenderán seguirlo.

—Seguramente lo harán.

—Tanto Jeremy como Byron los perderán rápidamente. Sus raíces son profundas.

—Prefiero no arriesgar, los periodistas también tienen raíces, aunque tienen más que ver con el morbo que con la ascendencia. Lucy...

—¿Sí?

—Todo va a salir bien.

—Sí. Gracias.

Tras colgar la llamada, Lucy comenzó a sentir la enorme presión de lo que estaba a punto de suceder. Dejó el aparato sobre la mesilla y se dio cuenta de que le temblaba la mano. Se la cogió con la otra y respiró hondo, tal y como le había enseñado Olga.

Media hora después, estaba sentada en una de las sillas de la zona del comedor, la vista fija en el reloj de pared, la chaqueta sobre el regazo y la cartera negra en la que llevaba su documentación, un paquete de pañuelos y una pluma de águila que le había regalado su bisabuelo antes de morir.

El minuterero avanzaba despacio y ella sentía las gotas de sudor correr por su espalda y las manos húmedas. Escuchó el sonido de unas llaves forcejeando en la entrada. Lester. Había llegado la hora.

Hicieron el camino hasta el juzgado en un tenso silencio. Aparcaron cerca y el último tramo lo recorrieron a pie. Intentaron mezclarse entre el gentío que subía las interminables escaleras hasta la entrada, evitando así que los periodistas apostados allí los acosaran. No fue hasta que casi estaban entrando que los divisaron, los flases comenzaron a saltar y los pulsadores a percutir. Los gritos de los periodistas sobrepasaron el ruido que hacía la gente y en ese momento Jeremy salió del juzgado y la abrazó protectoramente a la vez que la empujaba dentro; tras él, Stuart se enfrentó a los periodistas con un discurso reprobatorio a la vez que cariñoso hacia el gremio. Los quería de su parte, a pesar de que la única opinión que contaba era la del jurado que estaría aislado por orden del juez mientras durase el juicio.

* * *

Los primeros testigos llamados por la defensa la describían a ella como una mujer fatal, alguien que desayunaba hombres cada mañana y luego escupía sus huesos al cubo de basura. A Lucy le estaba costando escuchar todo aquello y seguir poniendo cara de buena. Tenía ganas de tirarse al cuello de alguno de aquellos chicos y chicas y arrancarles los ojos. Sintió cómo Jeremy le daba un pequeño apretón en la mano.

—Mantén la compostura —le recordó Stuart—, ya nos tocará a nosotros.

—¿Por qué no has interrogado a ninguno de esos testigos?

—No me interesa nada de lo que tienen que decir.

—Tienes que demostrar que mienten.

—No. Tengo que conseguir que el jurado se olvide pronto de ellos o, en su defecto, que le dé igual los buenos chicos que fueran antes de los hechos, y crean sin lugar a duda en ti y en que lo que dices que pasó, pasó realmente.

Lucy se puso pálida. ¿Qué era lo que quería decir con eso?

—¿Acaso tú no me crees?

—Lo que yo crea no importa.

—A mí sí.

—¿El señor fiscal y su representada tienen algo que compartir con la sala?
—les interrumpió el juez.

—No, señoría. Lo siento mucho.

—Mantengan el orden, por favor. Tendrán tiempo de sobra en estos días para intercambiar impresiones —sentenció el hombre—. Prosiga, letrado.

* * *

Al final del segundo día el abogado defensor pronunció el primer nombre que haría que la piel de Lucy se erizase y las arcadas amenazaran de nuevo.

—Jackson Phelps.

—Que el señor Phelps suba al estrado a declarar —aclaró el juez.

El chico iba vestido con un traje impecable y su cabello rubio claro peinado con gomina hacia atrás. Lucía un rostro compungido y los ojos rojos como si hubiera estado llorando. Era el líder del grupo y el de la clase de teatro, y se notaba, porque hasta ella estaba a punto de tragarse su actuación.

—Señor Phelps, ¿puedo llamarte Jackson? —preguntó el abogado defensor apoyando las manos en su prominente barriga.

—Sí, señor —contestó el chico mirándolo a los ojos.

—Las cosas de las que te acusa esta... jovencita, son muy graves. Toda tu vida, tu prominente carrera, tu círculo social impecable y tu...

—Protesto, señoría —se quejó Stuart poniéndose de pie—. ¿El letrado va a hacer una pregunta en algún momento del discurso del club de fans de Phelps?

—Señores, por favor, en mi sala procuren comportarse o me veré obligado a tomar medidas. Y les aseguro que no les va a gustar.

—Sí, señoría —contestó el abogado rascándose la barba compungido.

—Nada de truquitos ni opiniones personales, señor Rainbow. —El abogado levantó las manos con las palmas a la vista en respuesta—. Fiscal Lyon, deje los sarcasmos para su vida privada.

—Lo intentaré —contestó Stuart.

—Lo hará —confirmó el juez. Stuart asintió—. Prosiga, abogado.

—Señor Phelps, cuéntenos cómo era su relación con la... susodicha.

—Abogado... —lo convino el juez.

—Perdón, señoría. Descríbanos su relación con la señorita en cuestión.

—Yo... nos conocíamos de la facultad. Estábamos cursando el último curso, los dos.

—Y ¿qué pasó a raíz de los... supuestos hechos?

—Al principio nada, pero luego ella comenzó a mentir y a inventarse cosas...

—Señoría, nuevamente protesto. Está dando su opinión, eso no son hechos.

—Se acepta. Procure ceñirse a los hechos sin dar opinión alguna, caballero.

—Sí, señoría.

—Continúe —le indicó su abogado.

—Pues, luego Lucy empezó a decir que la habíamos forzado y dejó de ir a clase y al final nos denunció, y el rector nos ha apartado hasta que se resuelva todo.

—No se preocupe, todo se arreglará —le animó el letrado.

—¡Señoría, por favor! ¿Es esto un salón de té?

—Solo estoy animando a mi cliente para poder conseguir respuestas, fiscal.

—Está intentando que el jurado lo vea como a una víctima inocente...

—Que yo sepa aún no le han nombrado culpable y...

—«Aún» es la palabra clave aquí.

—Suficiente, acompañenme a mi despacho.

Stuart se levantó y le hizo un gesto a su adversario para que le precediera, ambos siguieron al magistrado.

Lucy se retorció las manos apoyadas en su regazo bajo la mesa. Miraba al suelo sin atreverse a dirigir sus ojos hacia Phelps, pero la traicionaron y se encontró con los vidriosos iris apuntándola directamente y una sonrisa socarrona en los labios. Lucy se echó a temblar y en ese momento le vinieron a la cabeza imágenes de Stuart y sus enseñanzas.

Mira al jurado, es importante que vean lo que sientes. Que se identifiquen contigo. Y nunca, bajo ningún concepto pierdas los nervios, una lágrima, bien, pero no te pongas histérica.

No hubo de esforzarse para que una cristalina gota resbalase por su mejilla, los miró uno a uno. Más de la mitad le sonrieron. Luego lo miraron a él.

Juraría que lo vieron sonreír antes de volver a poner el gesto compungido con el que había estado durante todo el juicio. Se sintió algo más fuerte, pero notaba la ausencia de Stuart como si le hubiesen cortado un brazo. De repente sintió una de las manos de Jeremy rodear las suyas.

—No te preocupes, Stuart maneja como nadie estas situaciones.

* * *

El juez se sentó detrás de la mesa.

—¿Están decididos a convertir mi sala en un circo, señores?

—No, señoría —confirmó Stuart—. No obstante, tiene que estar conmigo en que aquí mi colega tiene una forma muy... particular de plantear sus preguntas.

—Solo hago mi trabajo, Stuart. Ya sabes cómo va esto.

—Y yo solo hago el mío, Floyd. Ya sabes cómo va esto.

—Pues ahora voy a hacer yo el mío —les interrumpió el juez—. La próxima vez que me pongan en esta situación, les acusaré de desacato. Rainbow, no sea tan descarado a la hora de manipular al jurado; Lyon, límitese a protestar, sin coletillas, por favor. Informaré al jurado de que no tenga en cuenta el comentario de su colega.

—Sí, señoría. No obstante...

—¿Otro *no obstante* fiscal?

Stuart sonrió y prosiguió.

—... todos aquí sabemos que no existe una frase más vacía que esa. Siempre lo tienen en cuenta —contestó Stuart.

El otro asintió.

—Me temo que eso es cierto. Ahora salgan y hagan su trabajo, pero háganlo sin tocarme las pelotas porque les aseguro que soy más que capaz de dejarles pasar la noche en el calabozo, amén de hacer que les duela el bolsillo.

Lucy vio salir a Stuart con una sonrisa ladeada que indicaba que las cosas habían ido bien, y no pudo evitar suspirar.

—¿Te ha castigado? —le preguntó Jeremy.

—Es posible que en algún momento del juicio duerma en el calabozo.

Jeremy se rio.

—¿Cómo puedes reírte, Jer? Stuart, lo siento, yo...

—Tranquila, no será la primera vez —aseveró Stuart.

—Probablemente, tampoco la última —apuntilló Jeremy.

—¿Qué puedo decir? Tengo un don.

El martillo resonó en la peana y el Juez informó:

—Podemos continuar. El jurado no tendrá en cuenta la última... apreciación del señor abogado.

—Cuéntenos con sus propias palabras... —Se escuchó un carraspeo en la mesa de la fiscalía— qué pasó la noche en cuestión.

—Nosotros... es decir, mis amigos y yo estábamos bebiendo y llegó Enola con su novia...

—¿Puede señalarnos a la novia de Enola?

—Sí, es esa —marcó con el dedo índice el lugar en el que Lucy estaba sentada.

—¿Y qué pasó después?

—Ella... la acusada...

—¡Señoría! —gritaron Stuart y Jeremy levantándose a la vez.

El juez dio con el mazo un nuevo golpe.

—Señor Phelps, el acusado aquí es usted, téngalo muy presente en lo que resta de juicio, y también el jurado. No toleraré un nuevo ataque de ese calibre, ¿estamos?

—Sí, señoría. Lo siento. Ha sido sin querer, yo...

—Eso lo dudo, joven, pero si esta trepa se repite, no se irá de rositas. Siéntense, caballeros.

Stuart y Jeremy tomaron asiento, Lucy pudo escuchar perfectamente a Stuart susurrarle a Jeremy:

—Lo voy a machacar.

—Deja algo para mí —contestó el otro.

—De este, ni los huesos.

—Se nota que es hijo de un abogado, se sabe todos los trucos.

—Eso solo va a hacer que lo disfrute más.

—¿Estamos seguros de que nuestro testigo estrella no se echará para atrás?

—Lo estamos.

—Comparten abogado.

—Lo sé. Forma parte de la estrategia. Tengo un precioso acuerdo con él y con su padre. Lo firmamos con los abogados de la familia, pero todo se ha hecho en secreto.

—¿El hecho de que no lo presentes como testigo de la acusación no puede traer problemas?

—No te preocupes, está controlado.

Lucy volvió a concentrarse en la declaración de Jackson, seguía contando cómo ella lo provocaba con sus bailes, cómo se quitó la camiseta delante de

todos. Miró a Stuart desesperada.

—Es mentira... no puedes dejar que diga esas cosas.

—Debo dejar que lo diga, llegará nuestro turno. Mantén la compostura.

Ella no sabía cómo iba a poder escuchar esas mentiras una y otra vez sin explotar. Ojalá le hubiera hecho caso a Stuart, ojalá hubiese llegado a un acuerdo.

—Ella, la chica —continuaba diciendo Jackson—, se plantó delante de mí y se quitó el sujetador mirándome con ganas de que yo la tocara y...

—Señoría, protesto, eso más que un hecho parece una escena de American Pie —se quejó Stuart.

—Señor Jackson, límitese a los hechos, no interprete lo que la chica quería o pensaba.

—¡Pero está mintiendo! —Lucy no pudo evitar levantarse y gritar, quería acabar con la absurda pantomima de una vez por todas.

—Señorita Toyer, cálmese, no me obligue a apercibirla. Tendrá su momento para replicar.

Lucy apretó los dientes y se sentó cruzando los brazos sobre el pecho y con cara de pocos amigos.

—Bien hecho —le susurró Stuart.

—¿Sí? —se sorprendió ella.

—Sí, pero no lo vuelvas a hacer hasta que no te lo diga, y ahora pon cara de arrepentimiento.

—... se acercó y me puso sus... bueno, su pecho en la cara y yo pensé... ella... pues, la toqué y... todo pasó muy rápido. Fuimos hasta el sofá y se tumbó en él, yo me puse encima y lo hicimos, pero ella quería más, así es que, bueno, mis amigos siguieron con ella.

—Cuando terminaron ¿qué pasó?

—Enola le dijo que no quería volver a verla, que era una puta, y la chica se puso a llorar. Yo intenté consolarla, pero se enfadó y se fue.

—Antes de irse ¿les dijo algo?

—Nos dijo que nos arrepentiríamos, que se vengaría de nosotros.

—Gracias, Jackson. He terminado, señoría.

—Señor Lyon, su turno, después tendrá el suyo el abogado particular de la acusación, el señor Jeremiah Hunter.

—Gracias, señoría —dijo Stuart poniéndose en pie muy despacio. Se acercó al estrado con su media sonrisa puesta en la boca. Se metió una mano en un bolsillo mientras que con la otra se rascaba una mejilla—. Jackson, Jackson, Jackson... perdona —le dijo—, ¿puedo llamarte Jackson?

—Sí, señor —contestó el chico levantando la cabeza con pose retadora.

—¿Conocías a la señorita Toyer antes de los hechos?

—No.

—¿No? Tengo que recordarte que estás bajo juramento, chico.

—Señoría, ruego al fiscal que trate con respeto al señor Phelps.

—Me disculpo con el acusado, señoría.

—¡Señoría!

—¿Acaso no es el acusado?

—No ha lugar. Prosiga, Lyon, si es que tiene intención de preguntar algo, claro —le indicó el magistrado.

—La tengo, señoría. Solo quiero asegurarme de que el... acusado es consciente de lo que supone mentir ante el tribunal.

—¿Es usted consciente de lo que supone mentir en el tribunal, señor Phelps?

—Sí, señoría.

—Repetiré la pregunta. ¿Conocía usted a la señorita Toyer antes de la noche de autos?

—La había visto por la universidad unas cuantas veces.

—Entonces, la conocía. ¿Nos ha mentido antes o nos miente ahora?

¿Tiene por costumbre mentir, señor...?

—¡Protesto, señoría! Está acosando al testigo y...

—Al acusado —intervino Stuart.

—¿Qué? —le contestó el abogado.

—Que estoy acosando al acusado, no al testigo.

—No me corrijas, imberbe.

—¡Señores! Acaban de ganarse una multa de mil dólares por cabeza, sigan así y harán rico a este tribunal. Reformule, fiscal.

Lucy se retorció las manos por debajo de la mesa, no podía apartar los ojos de Stuart y se tuvo que recordar que ella debía mirar al jurado, mostrar sus sentimientos a esos doce desconocidos, entonces se dio cuenta de que los doce estaban hechizados por él. Por Stuart, lo miraban con ansiedad y expectación, a él, solo a él.

—Jackson, entonces quedamos en que sí conocías a la víctima.

—¡Señoría! —se quejó de nuevo el abogado.

Lucy pudo ver cómo Jeremy se tapaba la boca con la mano para esconder una sonrisa. Ella no entendía nada. ¡Pero si no le había hecho apenas preguntas, no había refutado lo que el chico había declarado!

—Reformulo, reformulo. ¿Conocía o no a la señorita Toyer?

—La había visto algunas veces por el campus con Enola.

—Algunas ¿cuántas? —El chico levantó los hombros con indiferencia—. Lo siento, no le he oído.

—¿El fiscal pretende llegar a alguna parte, señoría?

—Conteste con un sí o un no, joven.

—Supongo que bastantes, creo.

—Bien, se había usted fijado en ella, supongo.

—No sé.

—¿No sabe si se había fijado en ella?

—Supongo.

—Es una chica guapa, ¿eh?

—Supongo.

—¿Es cierto que usted les dijo a sus amigos, y cito: «Nunca lo he hecho con una salvaje, tiene que molar»?

—Puede.

—¿Sí o no?

—Sí —contestó el chaval mirando a sus amigos con cara de odio—, pero no significa que yo...

—Limítese a contestar a mis preguntas.

—Pero usted hace que...

—¡Señoría! —lo cortó Stuart.

—Señor Jackson, limítese a las preguntas.

El chico cerró la boca y miró a Stuart con odio reflejado en todo su ser.

—¿Se basta usted solo para satisfacer a una dama o siempre necesita la ayuda de sus amigos?

—¡Señoría! Esto es... insultante.

—Tiene un propósito, señoría.

—Eso espero, Lyon —contestó el magistrado—. Prosiga y no tarde en llegar a algún sitio.

—¿Era la primera vez que sus amigos y usted hacían algo como eso?

—Si refiere a practicar sexo en grupo, sí.

—Me refiero a que, sea lo que sea lo que pasó aquella noche, ¿era la primera vez que pasaba?

—Ya he contestado.

—Cierto. —Stuart se alejó del estrado y se acercó a la mesa en la que Jeremy le esperaba con unos documentos en la mano, sacó del bolsillo un mando a distancia y se dirigió al magistrado—. Solicito permiso para mostrar las pruebas 1a y 1b de la acusación federal y particular conjunta en el caso

Toyler contra Phelps, Preston, Mathew, Simpson y James —anunció Stuart dejando en el estrado los documentos.

El juez los ojeó.

—Prosiga —le comunicó.

Stuart accionó el mando y la imagen de una captura de pantalla de unos mensajes de grupo se hicieron visibles para todos.

Un «oh» generalizado se escuchó en la sala.

—¿Puede leer lo que pone, señor Phelps? —le indicó Stuart. El chico apretó los labios y no dijo nada—. Yo lo haré por usted. «Lois: Tíos, hacerlo en grupo es una puta pasada. Richard: Sí, tíos, me encanta que nos follemos a la misma puta. Anthony: No deberíamos hablar de esto por aquí. Enola: creo que tengo algo muy bueno para la próxima. Jackson: Anthony tiene razón, por aquí no. Borrada la conversación».

»Tengo una noticia para usted, Jackson, en el mundo digital nada se borra, nunca. Ahora, tenemos aquí de nuevo otra mentira, porque este chat está fechado antes de la noche que estamos aquí tratando y sospecho que ya sé cuál era la sorpresa que les tenía preparada Enola.

—Señoría, protesto, especulativa —se quejó el abogado, aunque con poca convicción.

—Prosigo —claudicó Stuart avanzando hasta poner la prueba 1b en la pantalla—. ¿Es tan amable de leer lo que pone, señor Phelps?

El chico de nuevo calló.

—Señor Phelps, lea lo que pone la pantalla —le ordenó el juez.

Jackson apretó tanto los dientes que Lucy pensó que podrían rompersele en cualquier momento.

—«Linda: cómo has podido hacerme esto, yo te quiero. Yo: no te he hecho nada. Linda: me violasteis, me obligasteis a todo, yo no quería, te lo dije. Yo: eso no es cierto, y no pienso hablarlo más contigo. Ve a tirarte a otro pordillo, si es que te quiere alguien, guarra».

—Señoría, quiero incluir a la señorita Linda Vincent en la lista de testigos de la acusación.

—Señoría, la señorita en cuestión no estaba en el lugar de los hechos, no puede testificar nada acerca de lo que pasó.

—Señoría, estoy tratando de demostrar un patrón, y creo que tengo una buena base, además de las mentiras reiteradas del acusado. Él mismo me ha abierto la puerta al hablar del sexo en grupo.

—Señoría, quiere hacer otro juicio con otros hechos diferentes.

—Por los pelos, pero estoy de acuerdo con Lyon. Además, me gustaría recalcar que, acabe como acabe este juicio, el señor Jackson Phelps será procesado por perjurio. Ni una mentira más en mi tribunal, les advierto. ¿Ha terminado el fiscal?

—Ni mucho menos, señoría.

Lucy vio cómo Stuart continuaba hostigando a su torturador, y por primera vez desde que todo ocurrió comenzó a sentir algo diferente al miedo al mirarlo. En ese momento su monstruo menguaba, aquel bicho grande y oscuro que la atormentaba por las noches se estaba convirtiendo ante sus ojos en un pobre y absurdo ser, humillado y acorralado por el fiscal.

Cuando Stuart terminó con él, el chico temblaba como una hoja llevada por el viento.

Fue entonces el turno de Jeremy, se acercó al estrado, colocó una de sus enormes manos en el borde del banquillo y sonrió. Llevaba el cabello suelto, el traje le quedaba a la perfección y en los pies vestía mocasines, no zapatos negros y brillantes, no, mocasines de ante, con dibujos indios.

—¿Estás bien? ¿Necesitas un descanso? —le dijo al chico.

—No, señor —contestó este cuya soberbia había desaparecido hacía ya mucho rato.

—Bien, voy a hacerte unas preguntas y te ruego que trates de ser sincero, ¿de acuerdo? —le insistió con voz melosa.

—Sí, señor.

—Jackson, tú y tus amigos ¿habéis disfrutado más torturando a una nativa o a una blanca?

—¡Señoría! —gritó Rainbow.

El mazo se descargó nuevamente y el juez suspiró con resignación.

* * *

Los siguientes días fueron un calco de este último: cada uno de los chicos subió al estrado, se sentó en el banquillo y repitió la historia que en un principio había contado su amigo Jackson, también Enola lo hizo, y a Lucy se le escaparon las lágrimas sin poder evitarlo, ella había pensado que sería él el que al final se habría echado atrás, pero no; por algún motivo eso le dolió aún.

Ellos no mintieron acerca de que era la primera vez que lo hacían, eso lo habían aprendido ya. Cuando les tocaba el turno a Stuart y Jeremy, primero uno y luego el otro, los destrozaban con conversaciones entre ellos y con algunas chicas y desmontaban su fachada de cachorros de pedigri. Tan solo faltaba Anthony.

—Señoría, la defensa llama a Anthony Preston.

El chico subió al estrado con menos apostura que los otros, se notaba que el abogado defensor no había querido hacerlo hasta el último momento, no se fiaba de él, pero necesitaba que todos dieran la misma versión, era imprescindible para llevar el caso a buen puerto.

—Anthony, siento mucho lo que estáis pasando. —Hizo una pausa esperando la protesta de su colega, pero no llegó, y por algún motivo, eso lo puso nervioso—. Quisiera que nos contaras con tus propias palabras cómo pasó todo. Tómate tu tiempo, no te agobies.

—Yo... Enola llegó con su nueva novia, había estado un tiempo detrás de ella y por fin había conseguido que aceptara salir con él. —En ese momento hizo un alto y dirigió una mirada hasta ella, articuló un lo siento que a Lucy no le dijo nada—. Nos la presentó, le pusimos una copa, ella nos dijo que prefería un refresco y... bueno, le pusimos los polvos dentro para que no la liara mucho y...

De nuevo un «oh» de estupor se generalizó en la sala, el jurado se unió al sobresalto, incluso el juez gimió con estupor. El único que se mantuvo impassible fue Stuart.

—Señoría, solicito que se declare al testigo hostil —pidió Rainbow.

—Nuevamente le recuerdo que no es un testigo, es un acusado —le contestó el juez.

—Un receso, pido un receso para procesar esta nueva información que no sabía.

—No es problema del jurado que usted no haya hecho su trabajo, señor abogado.

—Pero, señoría... —Se volvió hacia Stuart, que se mantenía calmado con los brazos cruzados y disfrutando del espectáculo—. ¿Tú lo sabías?, ¿has actuado a mis espaldas? Anthony —se dirigió de nuevo al estrado—, ¿has llegado a un acuerdo con la fiscalía?

—Me temo, señor Rainbow —le interrumpió el juez—, que esta nueva pregunta tendrá que esperar a que termine de contestar la primera que usted le hizo. Continúe, señor Preston.

—Pero, señoría...

—Le apercibo, Floyd. Vamos a continuar, que tengo hambre y se hace la hora del almuerzo. Señor Preston.

—Ella nos dijo que se había mareado y que no se sentía bien...

Lucy desconectó, no quería volver a escuchar, y de boca de sus agresores, lo que había temido soñar cada noche, la noche en que todo pasó. No quería

revivir el momento en que la desnudaron desgarrándole la ropa, ni cuando había despertado de lo que ella pensaba que era una pesadilla, solo para darse cuenta por el peso de otro cuerpo sobre el de ella de que, en realidad, la pesadilla continuaba. En algunos momentos quiso morir, porque sabía que así terminaría todo, y cuando pensó que por fin era libre, solo descubrió que su condena era perpetua, que nunca olvidaría aquella noche, que nunca dejaría de revivir el horror.

—Ahora le repito mi pregunta anterior, señor Preston —escuchó Lucy que decía el abogado defensor—, ¿ha llegado a un acuerdo con la fiscalía para dar este testimonio?

—Sí, lo he hecho.

—No hay más preguntas, señoría.

—Su turno, fiscal.

—Anthony, puedes decirle al jurado en qué consiste el acuerdo al que hemos llegado por decir la verdad.

—Señoría, no está demostrado que sea la verdad. Es solo su versión.

—De acuerdo. Anthony, por favor, explica el acuerdo.

—Cumpliré mi condena íntegra en un centro de rehabilitación de conductas.

—Señoría, el fiscal no presentó al acusado en la lista de sus testigos.

—Ha sido algo de última hora, señoría. El chico ya estaba presentado como testigo de la defensa.

—Debiste informar.

—No me has dado tiempo.

—Ya basta. Lo voy a permitir, con muchas reticencias ante la maniobra del fiscal, pero el resultado, al final, habría sido el mismo. Le concedo cuarenta y ocho horas para refutar este testimonio, Rainbow. Continuaremos el lunes a las nueve de la mañana.

Tras el mazazo de rigor el juez desapareció por la puerta ante el estupor de la sala por todo lo acontecido.

* * *

La maniobra de la defensa fue intentar demostrar que Antony estaba desequilibrado y era adicto a ciertas sustancias, lo que aprovechó Stuart para demostrar que todos tenían acceso a la droga que usaron con Lucy para atontarla. Rainbow tuvo a bien no incidir en el hecho de que no se hubiera presentado al acusado en la lista de testigos de la acusación, ya que él mismo había aleccionado al chico para que mintiera en el estrado, era consciente de

que con mucha probabilidad esto era algo que Lyon sabría, por lo que se abstuvo de acusar de nada a Stuart.

Linda testificó que también ella había sido víctima de los chicos, y como ella, otras tres jóvenes más.

Ante las preguntas de Stuart, Olga Kierlovsky habló de los ataques de pánico de Lucy, de cómo se sintió, además de humillada y ultrajada, traicionada por su novio, su gente. De lo difícil que le sería adaptarse a vivir con lo que pasó.

El miércoles era el día en el que Lucy iba a subir al estrado.

Capítulo 25

Se acaba el juego

Lester, sentado a un lado de la cama, arropó a Lucy y le dio un beso en la frente.

—Intenta dormir, mañana será tu gran día —la animó.

—Estoy muy nerviosa —confesó ella.

—Tranquila —intervino Leo—. La infusión te hará efecto en unos minutos y te quedarás roque como un bebé.

—Espero que como un bebé de los que sí duermen —se rio Lester.

Lucy dejó aparecer algo parecido a una sonrisa, Lester tenía el poder de relajarla.

—¿Qué te ha dicho el estirado sobre el juicio? —le preguntó Leo.

—El estirado es Stuart, por si tienes dudas —le aclaró Les.

—No lo llames así, él no es un estirado, solo es... no sé...

—¿Tieso? —aportó Lester.

—¿Engreído? —apostilló Leo.

—¿Tirano? —incluyó Les.

—¡No es así! —lo defendió ella elevando la voz.

Los chicos sonrieron.

—Tal vez te quedes más tranquila si hablas con él. ¿Por qué no lo llamas? —le aconsejó Leo.

—No sé, desde que comenzó el juicio casi no hemos hablado, dice que no quiere influir en mi testimonio, que está perfecto tal y como lo ensayamos. No me habla mucho, la verdad.

—Además de estirado, tonto de remate —insistió Leo.

—¡Leo! —se quejó ella.

—Perdón, pero es verdad. —Leo se sentó en la cama al otro lado de la chica—. ¿Estás muy enamorada? —le preguntó directamente.

Lucy sintió el rubor subir por su cuello hasta cubrir todo su rostro. ¿Lo estaba? Había estado pensando en eso durante bastante tiempo últimamente. El corazón se le expandía en el pecho cada vez que lo veía. No podía quitarse de la cabeza el beso que compartieron, y sobre todo, quería más, mucho más de él. Todo su cuerpo lo reclamaba y eso era algo que ella había perdido la esperanza de volver a experimentar.

—¿De quién? ¿Del chico de gimnasio? —quiso saber Lester.

Ella negó con la cabeza y miró a Leo con una sonrisa pícaro.

—No lo entiendo, aunque me alegro por ti, porque sé de buena tinta que él tiene enfermo el corazón por tu culpa —le confesó Leo.

—No estaréis hablando del tonto del culo, ¿verdad? —insistió Lester.

—¡Que no lo llames así! Además, deberías sentir empatía con él, a ti tampoco te aprobábamos para Leo.

—Y teníais razón, no lo merezco, como el tonto del... perdón, el fiscal, no te merece a ti, aun así es un tío muy tonto. Por no decir gilipollas.

—A mí me gusta así de tonto.

—Y de gilipollas.

—Sí, también.

—Chica, estás perdida —le advirtió Lester mientras negaba con la cabeza.

—El estirado es buen tipo, y está loco por ti, pero vas a tener que sacar ese carácter recién descubierto que tienes, para hacérselo ver. Es un poco obtuso —le confesó Leo.

—¿Cómo sabes que está loco por mí? Nunca me ha dado una señal.

—Ya te he dicho que es un obtuso. No puedo decirte cómo lo sé, pero confía en mí, es así. Y ahora a dormir.

Leo notó cómo a Lucy se le borraba la sonrisa y una nube de tormenta pasaba por sus ojos.

—¿Quieres que nos quedemos un rato contigo? —le preguntó.

—¿Lo haríais?

—Por supuesto —contestó Leo.

—¿Ah, sí? —preguntó Lester.

—Gracias, sois los mejores amigos. Después de todo, esta horrible experiencia me ha dado una segunda familia.

—Tu familia te quiere, Lucy.

—Lo sé, pero esto... es demasiado para ellos, no han podido afrontarlo. Habrían sido más felices si hubiera hecho como si no hubiese pasado. Ellos... querían que no removiese las cosas.

—Cada cual afronta las penas a su manera, no los juzgues, de verdad, los he visto sufrir contigo en el juicio, si pudieran borrarían esa parte de tu vida, y se culpan, no pudieron protegerte y no es fácil admitirlo para ellos.

—Leo, eres el mejor, de verdad.

—¡Eh! Que yo soy tu amigo antes que él —se quejó Lester.

Ella sonrió y se giró hacia Lester para darle un beso en la mejilla, luego viró hacia el otro lado e hizo lo mismo con Leo.

—Creo que ahora podré dormir —dijo cerrando los ojos mientras los cogía de las manos.

—No sueñes con el fiscal, que de angelito no tiene nada —apostilló Lester.

Lucy sonrió y cerró los ojos, pensando precisamente en su demonio de hombre, porque era suyo, o lo sería. En cuanto terminase el juicio...

* * *

No pasó mucho tiempo hasta que Leo se dio cuenta de que el ritmo de la respiración de Lucy había cambiado, por fin se había dormido, la chica estaba exhausta, pensó. Iba a decírselo a Les cuando escuchó un silbido, era el ronquido de Lester que también se había dormido, sonrió, su novio había aprendido a dormir después de tantos años, lo hacía durante toda la noche y además había cogido algo de peso, ya no era el saco de huesos andante que vagaba por el mundo con los pantalones colgando. Lo observó a placer, se fijó en que los vaqueros le sentaban genial, casi podía parecer que tenía algo de culito. Se decidió a despertarlo y llevarlo a su cama. Por fin arreglarían el tema que tenían pendiente tras el celibato impuesto por Olga Kierlovsky, y esa noche Lester sería suyo.

Se levantó y fue al baño, tras vaciar la vejiga se lavó las manos y los dientes, se peinó el rebelde cabello hacia atrás y se quitó la camiseta, se había duchado cuando volvieron del juicio. Estaba preparado, entonces, ¿por qué estaba tan nervioso como si fuese la primera vez? Llevaba toda la vida acostándose con ese hombre, lo conocía como a él mismo y, aun así, sentía un nudo en el estómago. Como si lo hubiera conjurado vio la imagen de Lester reflejada en el espejo.

Le sonrió y fue hacia el váter, se abrió el botón y la cremallera y vació la vejiga.

—¿Quieres intimidad? —le dijo Leo con tono irónico.

—Lo siento. ¿Te molesta? —le contestó Lester.

—Supongo que no —afirmó Leo mirándolo directamente ahí.

—Si sigues mirándome así no voy a poder.

—Haberlo pensado antes.

—Pues no te quejes si no doy en la diana.

Leo puso los ojos en blanco.

—Eres incorregible, Les.

—Y por eso te gusto —aseveró colocándose todo en su sitio, pero sin molestarse en abrochar los pantalones. Se acercó al lavabo y se lavó las manos—. ¿Sabes? Estoy tan nervioso como la primera vez que nos acostamos. —Leo soltó una carcajada—. ¡Sh! Calla, no vayas a despertar a Lucy.

—Vamos a tu habitación —le ordenó Leo cogiéndole de la mano.

—Nuestra habitación —lo corrigió Lester.

En cuanto entraron, Leo se volvió y cogió la cara de Lester entre sus manos.

—¡Dios! No te imaginas las ganas que te tengo —le confesó.

—Leo, estoy a punto de correrme en los pantalones como un adolescente cachondo, así es que no te pongas explícito, por favor.

Leo se rio en su boca. Bajó las manos por la espalda de su amante hasta agarrarle el culo para sobarlo a placer.

—Leo, cielo, esto va a ser rápido, ya nos entretendremos en el segundo.

Lo llevó hasta la cama y lo tumbó poniéndose encima de él.

Leo quería tomarlo, siempre había sido al revés, Lester huía de la entrega que requería darse, pero ahora Leo necesitaba saber si él estaba preparado para ello. No físicamente, ya que llevaban toda la vida jugando, y habían llegado bastante lejos, pero Les siempre se arrepentía al final y terminaba siendo él el que dominaba la situación.

Se decidió y con un hábil movimiento intercambió su postura.

—Quiero tenerte. ¿Estás preparado? —le dijo.

Lester sonrió con picardía y afirmó con la cabeza. Leo buscó una sombra de duda en los sinceros ojos de su amante, pero no la encontró.

Ambos estaban impacientes, se quitaron la ropa con premura y Leo preparó su momento con mimo, tiento y mucho amor. Cuando por fin entró en su amante, lo miraba directamente y todo quedó dicho entre ellos; desde ese momento, el pasado se evaporó para prometerles un futuro lleno de esperanza. Se movió con cuidado mientras lo tocaba y lo excitaba aún más con la boca y las manos.

Lester se agarró al cabecero de la cama y con un pequeño rugido se dejó ir, Leo se fue detrás, escucharlo correrse estando aún dentro de él fue la gota

que colmó el vaso de su contención, no pudo evitar gritar.

Realmente, para ellos, había sido una primera vez. Y eso tenía que agradecérselo a Kierlovsky, aunque por momentos la hubiera odiado en las últimas semanas.

* * *

Quería mover los brazos, pero no podía. Una fuerza ajena la sujetaba. Iba a pasar de nuevo, aquellos chicos la acosaban, la amenazaban con hacerle daño si gritaba. Uno le tapaba la boca y ella intentó morderle, pero no lo consiguió, sintió que su cuerpo se cubría de una pátina de sudor frío y que perdía el sentido, comenzó a caer en un agujero negro que le era conocido; necesitaba ir con su querida Survivor, debía alejarse con ella hacia alguna parte en la que pudiera estar a salvo.

Escuchó de fondo el sonido de unas voces que la llamaban, eran voces conocidas, pero el fondo del túnel la atraía y no la dejaba salir. Y ella quería salir, lo quería con todas sus fuerzas. No sabía cómo había pasado, pero ahora estaba montada en su preciosa yegua y corría hacia ninguna parte, y las voces seguían diciendo su nombre.

—¡Lucy! ¡Despierta! —gritó Lester zarandeándola.

—Despacio, Les, deja que vuelva poco a poco.

Les miró el vaso de agua que había sobre la mesita e hizo amago de cogerlo.

—Ni se te ocurra, déjala volver a su ritmo.

—Pero está sufriendo...

—Les, déjala. Saldrá cuando tenga que salir. Solo llámala. Di su nombre, hazle saber que estás aquí con ella, poco a poco su cerebro procesará la información y sabrá lo que es cierto y lo que es sueño.

—¡Joder, Lucy! Despierta de una puta vez.

—O grítale sin compasión —ironizó Leo.

—¡Lucy! Es solo una pesadilla, despierta, coño.

Lucy abrió los ojos, le había parecido escuchar a Lester llamándola y diciendo las barbaridades a las que la tenía acostumbrada. Decidió parar su huida y volver con él antes de que le explotará la vena del cuello, cosa que, por el aspecto que le vio, no tardaría mucho en pasar. A su pesar, sonrió.

—Hola, Les. ¿Te he asustado? —le preguntó acariciándole el rostro.

—¡Joder, nena! Me he cagado en los pantalones —le confesó atrayéndola hacia él para abrazarla.

—Con el tiempo, te acostumbras, ¿sabes?

—No digas eso, esto pasará. Como todo lo demás, quedará atrás y será solo un mal recuerdo, al que nunca, escúchame bien, nunca, acudirás. ¿Lo prometes?

—Lo prometo —le sonrió ella.

—Ahora en pie, dormilona. Nos espera un gran día —intervino Leo—, y he preparado un desayuno espectacular con las cuatro cosas que tiene este en la nevera. Lester, pon la mesa.

—Me pone un montón que me des órdenes —le contestó este dándole una palmada en el culo.

Lucy saltó de la cama y los abrazó a ambos a la vez.

—Os quiero, chicos. Mucho.

* * *

Lucy miró al público sentado en la sala y se sintió arropada. Al principio, al sentarse en la incómoda silla de madera en el estrado, no pudo evitar que su vista se dirigiera a los acusados, una ola de pánico amenazó con ahogarla y en ese momento la voz de Stuart se coló en su cabeza. «Cada vez que te sientas intimidada por ellos o su abogado, mírame a mí, a la gente que te quiere y te apoya, y luego al jurado, ellos son tus aliados, gánatelos, haz que te quieran, eso sabes hacerlo muy bien». Hasta ese momento no se había preguntado qué quería decir con ello el fiscal, pero ahora, tal vez...

Vio a sus padres cogidos de la mano y se dio cuenta de que Leo tenía razón, les había costado aceptar la situación, tal vez no le habían dado el apoyo que ella necesitaba, pero lo hicieron lo mejor que pudieron, y ahí estaban, con ella. Su padre engalanado con algunas plumas de águila en las trenzas y su madre con un precioso collar de cuentas que no paraba de mover entre sus dedos enlazados con los de su padre.

A su lado, Candy y Byron, que habían sido su gran apoyo cuando todo se empezó a desmoronar a su alrededor; los seguía el *ranger*, George, y su esposa. Él había sido el que la convenció para denunciar los hechos, todavía no sabía si debía agradecerse. También estaban el Gigante rubio y Beatrix, el Gigante había sido para ella una especie de roca de seguridad cuando comenzaba a caminar de nuevo. Al otro lado de este estaba su inseparable ayudante en el taller mecánico y esposa de Jeremy, Roxie. Y, por supuesto, Leo y Lester, que consideraba ya sus mejores amigos. En la mesa del fiscal, Stuart y Jeremy se hablaban en susurros.

Como si una fuerza los atrajera, justo cuando ella lo miró, Stuart levantó la vista y le sonrió. Era todo lo que Lucy necesitaba para llenarse de valor.

Entonces él hizo un gesto casi imperceptible con el rostro y Lucy se acordó. Se giró un poco en su silla y le dedicó al jurado la más tierna de sus miradas.

—Buenos días, Lucy. Voy a hacerte algunas preguntas acerca de lo que ocurrió la noche de autos. ¿Estás de acuerdo? —le preguntó el abogado de los acusados.

—Sí —contestó Lucy.

Capítulo 26

Mi verdad

—¿Es cierto, señorita, que la noche en que usted se reunió con los chicos sus ropas eran bastante... subidas de tono?

—Protesto —se levantaron Jeremy y Stuart a la vez—. Señoría, juzgamos una agresión sexual, no el gusto en moda de mi clienta.

—Le prometo que mi pregunta tiene un propósito, Señoría.

—Lo imagino, y para serle sincero, no me gusta. Reformule.

—En realidad, Señor, si se me permite, quisiera contestar —intervino Lucy.

Stuart la miró con inseguridad, que enseguida disimuló con una sonrisa para el jurado.

—La voy a matar —le susurró a Jeremy cuando se sentaron.

—Adelante pues, pero cuidado, señorita Toyer. En adelante le ruego que haga caso a sus abogados.

—Es que, verá usted, la pregunta tiene un fallo.

—¿Ah, sí? —preguntó el juez.

—Sí —contestó ella mirando al jurado.

—Cuéntenos, no le importa, ¿verdad, abogado? —se dirigió el juez a Rainbow.

—Por supuesto, señoría.

—Yo nunca me reuní con los acusados. Yo me reuní con el que pensé que era mi novio en aquel momento, él me dijo que íbamos a ir a un sitio especial y yo... le creí. No sabía que me iba a encontrar con ellos allí, esperándonos.

—Ya. Y para esa ocasión usted se puso... ropa provocativa.

—¡Señoría! —gritaron a la vez de nuevo los abogados de la joven.

—Señor Rainbow, ya le he dicho que no me gusta ese camino. Reformule.

Lucy respiró hondo, miró al jurado, luego al abogado y contestó:

—¿Está diciendo que merecía que me violaran...?

—Limítese a contestar —objetó el abogado.

—... cuatro chicos... —continuó ella por encima de la voz de Rainbow.

—¡Señoría!

—Señorita Toyer —la llamó al orden el juez dando unos golpecitos con el mazo, tratando de placar el murmullo creado en la sala.

—... por llevar minifalda? —finalizó.

—Señorita Toyer, conteste a las preguntas sin emitir juicios, sus abogados ya se encargan de protestar cuando sea conveniente y yo de recordarle al jurado lo que no deben tener en cuenta. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor.

—Señoría.

—¿Qué?

—Debe dirigirse a mí como *señoría*. ¿Es que no le ha enseñado nada, Lyon? —se quejó el juez.

—Parece que no, señoría —contestó el aludido.

—¿Este truquito de soy más inocente que un bebe y digo todo lo que me viene a la cabeza se lo has enseñado tú? —le preguntó al oído Jeremy.

—Me temo que no, y puede salir bien o muy mal.

—El jurado la mira con simpatía —confirmó el indio.

Stuart asintió expectante.

—Señorita Toyer, retomemos el interrogatorio. ¿Le parece?

—Sí, señor —contestó ella clavando su negra mirada en el abogado.

—¿Había usted planeado mantener relaciones sexuales esa noche?

—¡Protesto! —se quejó Stuart.

—¿Me van a dejar interrogar a la testigo, señoría?

—Voy a permitir que continúe. Adelante. Conteste, señorita Toyer.

—Yo... supongo que quería...

—Eso es un sí.

—Con mi novio.

—¿Sí o no?

—Sí.

—Y se visitó para la ocasión.

—Señoría, el señor Rainbow tiene alguna obsesión con la ropa que quiera compartir con nosotros, tal vez —se quejó Stuart.

—Señor Lyon, deje al abogado terminar alguna pregunta, por favor, o no acabaremos nunca.

—Conteste —la urgió el juez.

—Me vestí como siempre para salir. No tengo demasiada ropa.

—Mis clientes han declarado, uno tras otro, que usted les provocó, se les insinuó, que vestía como alguien con «ganas de marcha» —apostilló la frase con unas comillas con los dedos. Lucy pensó que odiaba ese gesto— y que finalmente ellos cedieron a la aventura, ya que usted es una mujer atractiva...

—Señoría, ya hemos escuchado a los acusados los días previos, ¿Rainbow va a hacer una pregunta en algún momento?

—Ya voy, señoría. Señorita Toyer, son todos ustedes jóvenes, guapos, habían bebido más de lo recomendable, nunca me cansaré de luchar contra el consumo de alcohol en los jóvenes, ¿no cree posible que estos buenos chicos pensaran que estaban correspondiendo a su deseo de mantener relaciones sexuales esa noche?

Lucy desvió la mirada al jurado, uno a uno, para terminar fijándola en un hombre de mediana edad, que le pareció que la miraba de forma paternal. Cuando se reunieran para deliberar y juzgarla, porque la juzgarían a ella y su ropa casi tanto como a ellos, lo necesitaba de su lado.

—Dije no. Todas y cada una de las veces. Grité no. Al día siguiente me dolía la garganta. Porque chillé mucho. Tenía los ojos rojos de tanto llorar y hematomas en...

—¡Señoría, es suficiente! —la cortó el abogado.

—Usted ha preguntado, señor Rainbow. Voy a dejarla continuar. Señorita...

—Tenía hematomas en las muñecas y en el cuello, porque me sujetaron...

—Eso no se ha podido demostrar, señoría —volvió a cortarla el abogado.

—Le recuerdo a Rainbow que la señorita Toyer está describiendo lo que piensa acerca de los hechos a petición suya. No está presentando pruebas.

—Es suficiente. He acabado con la testigo, señoría.

—Está bien. ¿Lyon?

—Solo una pregunta, señoría.

—Proceda.

—Lucy, ¿cómo te sientes ahora? ¿Te has recuperado de la traumática situación que te hicieron padecer los acusados?

—¡Señoría, no son hechos probados! —intervino Rainbow poniéndose en pie.

—Lyon, reformule.

—¿Cómo estás, Lucy?

—Yo... aún tengo pesadillas. Anoche soñé que volvía al lugar en el que pasó *todo lo malo* y casi volví a vivirlo, pero me despertaron mis amigos, mi

familia. Porque ya no puedo dormir sola, siempre tengo que estar con alguien. Al principio me iba a las caballerizas y dormía con mi yegua, Survivor, ahora puedo estar en una habitación sola, pero tengo que saber que hay alguien cerca. Me ha costado mucho poder volver a estar en el mismo lugar que un grupo de hombres y sigo en terapia. La doctora Olga Kierlovsky —Lucy se interrumpió y miró al jurado—, es mi terapeuta —les aclaró—, me está ayudando mucho. Tengo que aceptar que pasó y que mi vida no se ha acabado. Tengo que seguir hacia delante.

—Gracias, Lucy. Sabemos lo mucho que te ha costado todo esto. Has sido muy valiente.

—Puede retirarse, señorita Toyer —indicó el juez.

Tras los alegatos de los abogados el jurado se retiró a deliberar. Gracias a la intervención de Jeremy, la comunidad india se había posicionado a favor de Lucy y en contra de Enola, había grupos con pancartas fuera del palacio de justicia pidiendo una condena ejemplar. Rainbow intentó un último y desesperado acercamiento para pactar. Fue rechazado.

A las cinco de la tarde estaba prevista una rueda de prensa en la que el fiscal jefe y futuro congresista hablaría del resultado del juicio, ya que había sido muy mediático.

Lucy escuchó casi como en una ensoñación las palabras que tanto había deseado.

Culpable de todos los cargos... culpable de todos los cargos... culpable de todos los cargos... culpable de todos los cargos...

Lucy se dejó abrazar, primero por Jeremy, después vinieron los demás y también su familia, pero no Stuart, él se dirigió al abogado contrario y le dio la mano. Y después la miró, le sonrió y salió de la sala.

Fue Jeremy quién se encargó de decirle lo que vendría ahora. Ella solo pudo mirar al vacío que el hombre había dejado en la puerta, con lágrimas en los ojos. Estaba tan rodeada de gente que no pudo ver cómo los alguaciles se llevaban a los acusados, y en ese momento se dio cuenta de que lo superaría.

Capítulo 27

Nuestra prenda

Stuart estaba metiendo en una caja su último objeto, una planta que le había regalado Rina, mientras su secretaria lloraba y gritaba con el mismo entusiasmo. Uno muy elevado, demasiado para los nervios de Stuart.

—¿Podrías calmarte?

—No. No me da la gana. Es más, voy a dimitir, eso haré.

—No lo harás, estás a punto de jubilarte y no...

—Serás grosero, no soy tan mayor.

—Rina, cariño. Sé práctica, no sé qué va a ser de mi vida. No te voy a arrastrar a un mundo de incertidumbres.

—Pues anda que no te pones dramático tú también.

—Eso no cambia los hechos.

—¿Trabajarás con tu amigo el comanche?

—Es posible, no lo sé. Llevo tanto tiempo metiendo gente en la cárcel que no sé si sabré hacer todo lo contrario.

—Puedes ser la acusación en juicios civiles.

—Lo sé. Tengo que pensarlo.

Stuart cogió la caja, que la verdad es que no pesaba nada, le dio un beso a Rina y se dispuso a salir del despacho tras un último vistazo. Mandaría a una empresa de mudanza especializada a por sus muebles y sus libros.

Antes de que le diera tiempo a salir, apareció en la puerta Jake.

—Stu, muchacho, no hemos tenido ocasión de hablar. Deja un momento esa caja.

—En realidad está todo dicho, Jake.

—Bueno, tal vez me precipité... La cosa ha salido bastante bien después de todo, he ganado muchos votos nativos gracias a ti. Aunque también es

cierto que he perdido una fortuna en apoyos económicos, pero podremos recuperarlo. Estoy seguro.

—¿Podremos?

—Tú y yo. No sé si te has dado cuenta, pero hacemos un gran equipo.

—Jake, estoy despedido, ¿recuerdas?

—Minucias, Stu, los jóvenes sois tan poco prácticos. Aun así eres el hombre del momento y te quiero conmigo. En mi campaña.

Vale, pensó Stuart, era eso, Jake quería seguir rentabilizando el juicio.

—No me interesa.

—Si prefieres seguir optando a la fiscalía, las posibilidades están bastante a tu favor en este momento. —El hombre se acercó y le puso una mano sobre el hombro—. Tienes que pensar en tu futuro, Stuart, y tu futuro puede estar en la política, sé que eres ambicioso, piénsalo bien antes de tomar una decisión. —Con un pequeño apretón lo soltó y salió del despacho.

—Es una gran oferta —le dijo Rina.

—Lo es.

Alguien dio unos golpecitos en la puerta que permanecía abierta. Stuart se giró y vio a Lucy. Vestía una falda vaquera, botas camperas y una camisa también vaquera, el cabello negro azabache descansaba sobre un lateral de su cuerpo y estaba trenzado. Preciosa, era la palabra que le vino a la cabeza a Stuart.

Escuchó la voz de Jake por detrás de la joven.

—Señorita Toyer, pase, pase. No he tenido la ocasión de felicitarla en persona por el resultado del juicio. Ha sido un gran éxito.

—Gracias, supongo —contestó la joven mientras se acercaba a Stuart sin mirar a Jake.

—¿Viene a ver a nuestra joven promesa? Si tiene alguna influencia sobre él, convénzale de que no nos deje. —Stuart pudo ver la sonrisa lobuna, incluso el brillo en uno de sus dientes. Jake se relamía con anticipación—. Rina, vámonos, dejemos a los jóvenes hablar de sus cosas.

Cogió a la secretaria por el codo y la sacó fuera casi a empujones mientras esta protestaba. El hombre, al salir cerró la puerta tras ellos.

Stuart dejó la caja en la mesa y se apoyó despacio en el borde de la tabla, cruzó los brazos y la miró directamente a los ojos.

—Hola —le dijo ella suavemente.

—Hola. ¿Qué haces aquí? —le preguntó cortante.

—Yo... —La joven miró a su alrededor como buscando una respuesta. Por fin, dejó su bolso en un sillón y se acercó a él—. Quería darte las gracias

por lo que has hecho. Sé que te ha costado tu puesto y yo no...

—Tranquila, no lo he hecho por ti, ya sabes que soy un egoísta.

—No seas sarcástico —le reprochó ella.

—Es lo que hay, aunque prefieras creer en las hadas, la realidad es que yo no dejo que me pisoteen, ni siquiera el puto gran Jake Murdock.

Lucy lo vio darse la vuelta y revolver el contenido de la caja. Se acercó aún más a él y lo agarró del brazo.

—Stu, mírame —le ordenó. Él se giró quedando a pocos centímetros de ella—. Gracias.

—De nada. Ejem... —carraspeó Stuart—, debo irme. Ha sido un placer volver a verte.

Stuart intentó coger de nuevo la caja, pero unas pequeñas manos se lo impidieron. Miró hacia ellas como hipnotizado, sentía el corazón a punto de salir de su pecho. Un pecho que le escocía como una herida abierta, su vida era un caos en este momento y no debía empeorarla más enredándose en la negrura de esa mirada.

Pero esos pequeños dedos se aferraron a los suyos. Los llevaron hasta las caderas de la joven, redondas, sensuales, electrizantes. Otra fuerte sacudida bombeó su ya débil corazón, pero la joven no paró ahí, no. Llevó esos jodidos y curiosos dedos hasta la nuca de él, Stuart sintió que bajaba el rostro y que era llevado como en trance hasta quedar a un suspiro del de ella.

—¿Sabrás seguir desde aquí? —oyó que le decía la muy bruja.

Porque si algo tenía claro era que estaba hechizado, era incapaz de pensar o tomar una decisión coherente, necesitaba esos labios para poder seguir respirando, el deseo estaba a punto de partirlo en dos.

No le contestó. Se agarró a ella y la besó. Con una pasión desmedida, sin contención, unió su lengua a la de ella y la saboreó a placer. Dejó que el dique se abriera y desbordara todo lo que estaba sintiendo. La paz inundó su ser, se dio cuenta de que esa era la medicina que curaba su corazón y a la vez la que lo mataría. Aun así no paro. Giró con ella en brazos hasta poder colocarla encima de la mesa. Le subió la falda por los muslos mientras seguía besándola, no tenía suficiente, necesitaba tocar su carne, la piel le ardía y los pantalones estaban a punto de estallar, como su corazón.

De un tirón le abrió la camisa y dejó al descubierto su pecho, se apartó de ella lo justo para admirarla a placer. Le acarició los senos con la punta de los dedos, jugó con el pezón de uno y otro pecho hasta que los sintió duros y después los chupó, los quería húmedos y dispuestos. Quería sentirlos vibrar.

Volvió a su boca y metió la mano entre los muslos, la notó mojada y se le escapó un gemido, ella suspiraba y se retorció.

—¿Te gusta? —le preguntó Stuart.

—Sí, sigue, por favor, sigue.

Stuart le metió la mano dentro de las braguitas y con delicadeza buscó su clítoris, lo encontró terso, tirante, preparado para él. Lo tocó, movió su dedo en círculos mientras escuchaba cómo la respiración de la chica se interrumpía y disfrutaba del movimiento de las caderas que buscaban un encuentro más íntimo. Stuart abandonó su boca y volvió al pecho de la joven, lo succionó a la vez que introducía un dedo en su interior y con la palma de la mano continuaba friccionando el punto más sensible de la joven. Ella se tensó unos instantes antes de gritar. Stuart sintió el orgasmo de Lucy como si hubiera salido de dentro de él. Regresó a su boca y se bebió el sonido de su placer. Cuando la joven terminó, él se bajó la cremallera y acercó su miembro al sexo de ella.

Algo hizo clic en su cabeza. ¿Qué coño estaba haciendo? Lucy no se merecía eso.

Se apartó tan bruscamente que la joven se tambaleó. Stuart se arregló la ropa y fue hasta la pared de enfrente. Apoyó la cabeza en la estantería y contó hasta veinte respirando hondo para relajarse.

—¿Stu? —lo llamó Lucy con un asomo de duda en la voz.

—Será mejor que te vayas, Lucy, no tienes nada que agradecerme.

—Pero... Stuart, yo...

—Intenta olvidar esto, por favor —le pidió dándose la vuelta para enfrentarla.

—¿Olvidarlo?

Stuart se dio cuenta de que Lucy estaba confundida de verdad y se sintió como un cabrón, deberían cortársela por capullo. Se pasó la mano por el cabello y volvió a intentarlo.

—Lo siento, Lucy, de verdad, esto no tendría que haber pasado. Tú no te mereces...

—Yo he empezado, Stuart.

—Lo sé, pero tú estás confundida y eres joven, tu experiencia con el sexo es poca y mala y no...

—Gracias, Stuart. Por una vez había conseguido olvidarme por completo de todo lo que pasó, gracias por ensuciar lo que para mí ha sido un gran momento —le reprochó.

—¡Por Dios, Lucy! ¿Un gran momento? He estado a punto de follarte sobre la mesa de mi despacho.

—Exdespacho. Y yo quería que lo hicieras, idiota. ¿Te has parado a pensar lo que significa eso para mí? Pensé que nunca volvería a querer sexo, pensé que estaba perdida en ese aspecto para siempre, y llegas tú, me tocas y exploto como un cohete, quiero hacerlo contigo, ¿te enteras? Pero no es solo eso. Te quiero, Stuart. No sé cómo ha pasado, pero me he enamorado de ti.

Stuart se quedó paralizado, notó que perdía por completo el color de la cara y que las piernas comenzaban a fallarle. ¿Qué estaba diciendo aquella loca?

—Lo que sientes es agradecimiento por el juicio.

—No me digas lo que siento. He mentido, sí sé cómo pasó. Has soportado todos mis llantos, mis gritos, mis ataques de pánico, y siempre podía contar contigo. Has tolerado a mis amigos acosándote y zarandeándote, me acompañaste a las sesiones de terapia, me enseñaste a pelear y a enfrentarme a mis miedos. Me enseñaste a besar de nuevo... —Se tocó los labios al decirlo—. Y con cada uno de esos actos me robabas un trozo de corazón. Dime que tú no me quieres, podré aceptarlo, sobreviviré, tú me mostraste cómo hacerlo, pero no me digas lo que siento.

Stuart sintió que la cabeza le iba a explotar. ¿Amor? ¿Estaban hablando de amor? Era una locura. Él no se enamoraba, no le pasaban esas cosas. La presión en el pecho creció hasta hacerle imposible respirar, estaba a punto de desmayarse. Decidió decir lo necesario para hacerla marcharse, si seguía mirándola acabaría por enterrarse dentro de ella y no iba a hacer eso, ¿verdad?

—No te quiero, Lucy. Todo lo hice por el caso.

Lucy sintió las palabras como una bofetada. Sabía que había arriesgado mucho, pero había decidido que, pasara lo que pasara en el juicio, ese día comenzaría su vida, una vida que había pospuesto demasiado tiempo. Volvería a la universidad, sabía que le iba a costar mucho emocionalmente, pero lo haría con la ayuda de sus amigos, su familia y Olga Kierlovsky. Le habría encantado que Stuart formara parte de su vida, pero no estaba preparado, era evidente que estaba a punto de tener un ataque de pánico, ella conocía muy bien los síntomas. Decidió darle algo de espacio para que se enfrentara a sus propios fantasmas.

Stuart esperó escuchar un fuerte portazo, pero la puerta se cerró suavemente. No pudo soportarlo fue hasta ella la abrió y la empujó hasta que escuchó el fuerte ruido al cerrarse. Algo más tranquilo se dejó caer en el sofá,

se estaba mareando. El dolor del pecho estaba comenzando a bajar de intensidad, pero el desasosiego no le dejaba respirar. Lo que Lucy sentía era un reflejo del agradecimiento o una transferencia, o algo así. Había leído sobre ello, no podía ser cierto, en un tiempo volvería a su vida, conocería a otros chicos, como el gilipollas pelirrojo, y se enamoraría de verdad. Dio un brinco y el corazón le dio un vuelco. ¿Por qué le dolía como el demonio pensar en Lucy enamorada de otro? ¿Qué coño le pasaba? Tenía que hablar con la psicóloga rara esa, sí. Ella le diría si estaban los dos sufriendo alguna especie de raptó emocional.

Cuando cogió el teléfono de mesa del escritorio, se dio cuenta de que le temblaba la mano, lo dejó en su sitio y respiró hondo unas cuantas veces antes de volver a intentarlo.

El tono de la llamada sonó cuatro veces hasta que por fin una voz al otro lado le contestó.

—Consulta de la doctora Kierlovsky, dígame.

—Tengo que hablar con la doctora.

—En este momento está en consulta, deme su mensaje y en cuanto esté disponible ella se pondrá en contacto con usted.

—Eh, no. Necesito hablar con ella ahora.

—¿Puede decirme de qué se trata?

—No.

—¿No?

—Pero es un asunto de vida o muerte.

—Dígame su nombre, señor.

—Soy el fiscal Lyon —mintió. Ya no lo era, o tal vez sí. Su vida estaba patas arriba y él no estaba acostumbrado a eso.

Un par de minutos después, por fin escuchó a Olga a través de la línea.

—Señor Lyon, ¿está bien Lucy?

—No.

—Qué raro, ha venido a verme esta mañana a primera hora y estaba estupenda, ¿qué le ha hecho, Lyon?

—He estado a punto de follármela encima de mi escritorio.

—¿Y ella estaba de acuerdo?

—Bastante.

—Bueno, tal como yo lo veo, eso no es precisamente algo malo.

—¿Cómo que no es malo? Es horrible. Ella... ¿se puede creer que piensa que está enamorada de mí?

Stuart escuchó un hondo suspiro al otro lado.

—Stuart, ¿está usted sentado?

—No.

—Siéntese.

Stuart obedeció, suponiendo que ahora vendría una larga explicación sobre algún trastorno que estaban sufriendo, ambos.

—Dígame, doctora.

—A ver, cielo. Un lápiz, a veces, es solamente un lápiz.

—¿Qué coño quiere decir eso? —se sorprendió Stuart.

—Que, en ocasiones, las cosas son lo que parecen.

—Y...

—Que probablemente, sí esté enamorada de ti. La cuestión es... ¿sientes tú lo mismo por ella?

—¿Yo?

—Tú, Stuart. ¿Qué sientes?

—Yo... tengo una llamada, debo colgar.

—Stuart, antes de dejar esta conversación, piensa que la vida te está regalando algo hermoso; si lo quieres, tómallo.

Stuart colgó la llamada sin contestar.

* * *

Habían pasado dos semanas desde la increíble declaración de Lucy. Stuart acababa de salir de la ducha y se disponía a vestirse para comenzar la jornada en su nuevo trabajo. Había dedicado todo ese tiempo a decidir qué hacer con su vida. Pasó mucho tiempo con Jeremy viéndolo trabajar, le gustaba lo que hacía, podía serle de ayuda y la verdad es que disfrutó regalándole un enorme no a Jake. Que, por supuesto, seguía sin darse por vencido. Había bloqueado en su cabeza todo recuerdo de la joven, bueno, casi siempre, o algunas veces, por lo menos, cuando lo conseguía. Casi nunca. Nunca. Pensaba en ella constantemente y las infusiones ya no ayudaban.

Llegó al despacho con tiempo para preparar la investigación del caso que estaban llevando, acababa de dejar el maletín sobre la mesa de su despacho cuando escuchó unas voces en el *hall* de entrada donde un joven recepcionista nativo atendía las llamadas.

Jeremy entró en su despecho.

—Perdona el retraso, he ido a llevar a Lucy a comprarse unas maletas.

Eso llamó su atención.

—¿Unas maletas?

—Sí. ¿Le has contestado ya al gobernador acerca de presentarte a la candidatura contra Murdock?

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? Te dio una semana de plazo para que le contestaras.

—Para qué las maletas, ¡joder!

—Para poner ropa, supongo. ¿Para qué va a querer unas maletas? ¿Qué has decidido?

—Acaso... ¿se marcha?

—¿Lucy?

—Claro que Lucy, ¿de quién coño estamos hablando si no?

—Yo intentaba hablar de tu futuro, pero tú te has vuelto monotemático últimamente. ¿No se suponía que Lucy no te interesaba? Por lo que nos contó no sientes lo mismo que ella.

—¿Tú también con la cantinela? Y no soy monotemático.

—Stuart, te voy a contar algo. Cuando conocí a la Loba me enamoré de ella de inmediato. Siempre lo supe, incluso cuando estábamos separados, sabía que era mi mujer. Mi única mujer. No voy a decirte que sé cómo te sientes porque no tengo ni idea de lo que tiene que ser negarse a uno mismo los propios sentimientos.

—¿Crees que estoy haciendo eso?

El otro se encogió de hombros.

—Renunciaste a tu carrera por ella, Stuart, no te niegues también eso.

—Le había hecho una promesa.

—Y por algún motivo para ti, eso era lo único importante en ese momento.

—Supongo.

—Eso es lo que pasa cuando quieres a alguien. Además de que no puedes dejar de pensar en esa persona y de que hablas de ella a todas horas y de que te gustaría estar con ella en todos los momentos de día, y que te la follarías incluso sobre la mesa del despacho.

Stuart levantó la cabeza de golpe.

—¿Lo sabes?

—Me lo contó Lucy. Está tratando de entenderte.

—Yo también.

—No lo hagas. Déjate llevar por una vez en tu vida. Te gustará.

Stuart miró el reloj y se preguntó dónde estaría Lucy en ese momento.

—¿Se va de Houston?

—No. Va a mudarse a casa Les definitivamente, él vive con Leo. Quiere ser independiente.

—Ya.

—Va a volver a la universidad y trabajará aquí a media jornada.

—¿Aquí? —casi gritó Stuart.

—¿Algún problema?

—No voy a poder soportarlo.

—Es lo que tiene el amor.

—Sí.

—¿Has dicho sí?

Stuart sintió que por primera vez en mucho tiempo el nudo que le apretaba la garganta se deshacía. La opresión en el pecho dejaba paso a un cálido cosquilleo, y por algún tonto motivo no podía dejar de sonreír.

—Sí. He dicho sí. Estoy enamorado, tío. La amo con locura.

—Deberías decírselo a ella antes de que le dé por volver a salir con el chico ese.

—¿Es que lo ha vuelto a ver?

—No lo sé. ¡¿Qué vas a hacer con el gobernador?! —le preguntó gritando al vacío que había dejado Stuart al salir corriendo.

Stuart no escuchó la pregunta porque ya estaba saliendo del despacho.

Capítulo 28

Nuestra verdad

Lucy acababa de salir de la ducha, se había recogido la melena en un moño alto para no mojársela y ahora solo llevaba una toalla enganchada en el pecho. Escuchó el timbre de la puerta de arriba, era alguien conocido ya que el portero le había dejado pasar. Investigó por la mirilla quién era. Y se quedó de piedra. Stuart. No lo esperaba y, a la vez, lo esperaba a cada momento. Decidió abrir la puerta tal y como estaba. Se lo jugaría al todo por el todo. Y no se lo pondría fácil.

Stuart la miraba con nerviosismo, tenía las pupilas dilatadas y respiraba con dificultad. Vestía, como siempre, un impecable traje de chaqueta, esta vez gris claro con una camisa blanca, la corbata colgaba floja y los primeros botones de la camisa estaban desabrochados. Se veía despeinado, como si se hubiera pasado las manos por el pelo una y otra vez. Tenía las manos en los bolsillos y jugaba con las llaves o lo que fuera que mantenía a raya su evidente impaciencia. Lucy había abierto la puerta lo justo para que la viera, pero no lo suficiente para dejarlo entrar.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

—Hablar. ¿Puedo pasar?

—No lo sé, Stuart. No sé si tenemos algo que decirnos.

—Por favor.

Eso era nuevo. Stuart pidiendo algo por favor. Se echó a un lado dejándole el paso franco.

—Siéntate —le indicó—. ¿Quieres un café?

—Eh, no —le contestó él acercándose al sofá que reposaba en el centro de la habitación. No se sentó, tocó la tela del mueble con los dedos y murmuró sin mirarla—: ¿Puedes ponerte algo encima?

—Di lo que tengas que decir, Stuart.

—Preferiría que ambos estuviéramos vestidos.
—Qué pena que no siempre se cumplan tus deseos, ¿verdad?
—¿Estás enfadada?
—Qué perspicaz eres.
—¿Por qué? —Ahora sí la miró a los ojos.
—Creía que eras tú el que quería hablar.
—Tienes razón —asintió.

No dijo nada más. Tan solo la miraba, ahora sí, a placer. Lucy sintió esos azules ojos en el rostro, repasando los suyos propios, su nariz, los labios, se dio cuenta cómo bajaba por el cuello y descansaba unos segundos en su pecho. ¿Se estaba acercando? No sabía si era eso o esa especie de imán invisible que los atraía. La mirada de Stuart bajó hasta el borde de la toalla y le repasó las piernas, hasta los dedos de los pies que se aferraban a la alfombra para no caer. Hizo el mismo recorrido hacia arriba, aún en silencio.

—Te deseo —confesó Stuart.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí, bien. Porque yo también te deseo a ti. Y créeme, no es fácil para mí. Pensé que jamás volvería a sentir algo así. Y ahora que sé que puedo curarme, que puedo ser de nuevo yo en todo mi ser, tú me rechazas y no sé por qué, si también quieres eso. Así es que, si te sientes confuso, asustado y perdido, bien. Porque yo también me siento así.

—Y enfadada.

—Sí. Mucho.

—Yo no estoy enfadado, bueno, sí, un poco —le dijo acercándose a ella hasta quedar completamente pegado a su cuerpo— conmigo mismo.

—Ya somos dos.

—Lo siento, no quería hacerte daño.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué estás enfadada?

—Porque sigues ahí, parado, sin hacer nada y... yo no voy a volver a dar el primer paso.

—Me parece justo. ¿Te parece bien que dejemos la conversación para después?

—¿Después de qué? —contestó Lucy con voz temblorosa.

Stuart guió su mano hasta la toalla y deshizo el nudo dejándola caer. Aún sin tocarla siguió admirando las partes de ella que antes solo había imaginado bajo la tela. Sin dejar de mirarla se quitó la corbata y la metió en un bolsillo

de la chaqueta. Se deshizo también de esa prenda y la dobló dejándola en el respaldo del sofá. Con parsimonia y sin dejar de mirarla comenzó a desabrocharse la camisa.

—Stuart... —se impacientó ella.

Él se acercó de nuevo a la joven hasta que sus cuerpos se tocaron, ahora piel contra piel. Stuart llevó una mano hasta la nuca de la joven y la otra la posó en la parte baja de su espalda. Lucy se abrazó a él con fuerza, apoyando la cabeza en su pecho.

Stuart la hizo mirarlo a los ojos con un gesto de su mano. Le besó la frente, la sien, la nariz, los labios... ahí se recreó. Los rozó, hacia arriba, hacia abajo. Cogió el inferior con los suyos y lo chupó. Con las bocas aún unidas, él habló:

—Si en algún momento te sientes incómoda, si algo de lo que hacemos no te gusta o quieres dejarlo para otro momento, solo dímelo. Lo más importante es que te sientas segura y que disfrutes de esto. ¿Estás disfrutando?

—En realidad, no —se quejó ella.

—¿No? —Stuart se apartó un poco para mirarla a los ojos.

—Eres muy lento, Stuart. ¿Nunca te lo han dicho?

—Mi pequeña impaciente —se rio él.

Stuart decidió no ser tan suave, no parecía que ella lo necesitase. La agarró por la cintura y la elevó sobre su cuerpo. Lucy se aferró con las piernas alrededor de él y sus bocas se unieron de la misma forma desesperada y pasional que lo habían hecho sus cuerpos. De alguna manera Stuart consiguió llegar hasta la primera puerta que vio que supuso sería el dormitorio, mientras seguían besándose. Se equivocó, era el baño.

—¡Maldita sea! —se quejó sobre los labios de la joven.

—La de la derecha —señaló ella agarrándolo del pelo y llevándole la cabeza hasta su cuello.

Stuart la apoyó en la pared más cercana justo al lado de su objetivo, el dormitorio, bajó su boca hasta el pecho de la joven y se lo metió, mordió suavemente el pezón para luego lamerlo, y succionó hasta que la oyó gemir. Hizo lo mismo con el otro mientras con una mano le pellizcaba el que acababa de dejar sensible y dispuesto. Si no encontraba pronto una cama se lo haría allí mismo, apoyados en la pared, o en el suelo. Y no era eso lo que quería.

—A la de tres agárrate fuerte, vamos a entrar al dormitorio o terminaré follándote aquí mismo.

—Aquí mismo está bien.

—No.

—Eres un mandón.

—Quiero que estés cómoda con todo.

—Lo estoy, deja ya de recordármelo, ¿de acuerdo?

Él la besó por toda respuesta, hasta que Lucy se olvidó de todo. Incluso de su nombre.

—Agárrate.

Ella se enroscó aún más en él con sus piernas y brazos abarcándolo por completo.

Llegaron a la cama, Stuart no sabía ni cómo lo había conseguido. La dejó caer y se quitó el resto de ropa.

Vio cómo Lucy miraba su erección e inmediatamente se ponía nerviosa. Él se acostó a su lado y comenzó a acariciarla despacio hasta que la sintió relajarse bajo sus manos.

—Tócame —le pidió él—. Soy tuyo.

Lucy estiró su mano temblorosa hacia el miembro erecto, lo rozó apenas mientras lo miraba fijamente, Stuart vio cómo se mordía el labio y substituyó los dientes de la joven por los suyos propios. Le cogió la mano y la guio en su avance mientras la besaba profundamente.

—Es suave —le dijo ella.

Stuart se rio.

—Bueno, es una forma de verlo. No te va a hacer daño.

—No. No me lo va a hacer.

Él se colocó encima de ella y le acarició el vientre con los dedos. Siguió bajando por la cadera hasta que llegó a los muslos, le separó las piernas con delicadeza y buscó con su mano el clítoris de la joven. Lo tocó, lo masajeó, la sintió retorcerse contra él. Estaba mojada. Muy mojada y a punto de correrse, podía sentirlo. Él siguió torturándola con su mano mientras la besaba en los pechos, en la boca, en la cadera, parecía que estuviera en todas partes.

Lucy sentía que llegaba una y otra vez y cada una de las veces se le escapaba de entre los dedos, ella quería, lo quería con todas sus fuerzas, pero tal vez no era capaz.

—Puedo oír tu cerebro pensar —le dijo Stuart.

—Lo siento, cada vez que creo que viene, se pierde, no sé qué me pasa, bueno, sí lo sé. ¡Dios!

—Shh, tranquila, no tenemos prisa. Podemos estar buscándolo todo el día y toda la noche. Yo estoy disfrutando mucho del proceso, mi pequeña

impaciente. No lo busques, vendrá solo. Ahora quiero que abras las piernas porque voy a probar tu sabor.

Le dio un beso húmedo en la boca y bajó por su cuerpo hasta la unión de los muslos. Y ahí se entretuvo, la besó, la lamió, la succionó y se grabó su sabor con todo detalle. Le sujetó las caderas cuando comenzó a embestir con ellas casi inconscientemente y un profundo gritó rompió el silencio de jadeos y murmullos de amor.

Stuart se tumbó a su lado y la colocó a ella encima.

—¿Quieres dejarlo aquí? —le dijo apartándole del rostro los mechones de cabello que se le habían soltado.

—No. Hasta el final, por favor.

—Si me lo pides así, no puedo negarme —se rio él. La colocó encima de su erección—. Tú mandas, haz conmigo lo que quieras.

Lucy sonrió. Se sentía bien, segura, poderosa. Él le había cedido el control y eso era justo lo que ella necesitaba, más adelante aprendería a cederlo, pero no de momento, por ahora lo necesitaba.

Se lo introdujo dentro, despacio, controlando el movimiento, mirándolo a los ojos y diciéndole sin palabras todo lo que estaba sintiendo en ese instante.

—Mi pequeña impaciente, como no vayas más despacio no voy a quedar muy bien —se quejó él.

Lucy ralentizó el ritmo durante unos minutos, hasta que sintió que volvía a tensarse con las caricias previas del placer de un nuevo orgasmo, lo apretó y lo llevó con ella a ese punto de placer único y absoluto.

Stuart la dejó respirar unos instantes antes de preguntarle:

—¿Quieres que hablemos ahora?

—No —le contestó ella acurrucándose sobre él—, lo estropearás, y no quiero que lo estropees.

—No quiero estropearlo, quiero decirte que te quiero. Te quiero mucho. Te amo tanto que me duele, y eso es un hecho. Incluso fui al hospital en una ocasión, creía que me había dado un infarto, pero no, es que me estaba enamorando de ti como un idiota.

Stuart esperó una respuesta de Lucy, pero no llegó. Sí escuchó un silbido, suave, casi como una respiración profunda. Se había quedado dormida mientras él le declaraba su amor.

Capítulo 29

Nuestro beso

Al despertarse Lucy sintió un peso que le impedía moverse, aún entre el sueño y la realidad abrió los ojos. Miró al hombre que tenía una pierna sobre las suyas y un brazo rodeándole el pecho y un montón de palabras le vinieron a la mente. Stuart le había declarado su amor, y ella se había quedado dormida. Cuando terminaron de hacer el amor, había sentido cómo la relajación más absoluta inundaba su ser. Una especie de paz interior la tomó por sorpresa y la llevó al mundo de Morfeo. Las palabras que él pronunció no hicieron más que dejarla completamente laxa, confiada, querida y libre.

Miró el reloj de la mesilla y se dio cuenta de que eran las dos de la tarde. En media hora tenía que estar en la universidad para formalizar la matrícula. Por un instante estuvo tentada de despertar a Stuart y pedirle que la acompañara, pero había decidido que comenzaría una nueva vida, una en la que ella sola, sin sus muletas habituales en forma de amigos salvadores, haría las cosas. Se levantó con cuidado, se dio una ducha de tres minutos y se vistió con un vaquero, una camiseta y unas deportivas. Cogió su mochila y salió en busca de su nueva vida, una vida que había interrumpido la noche en que sucedió *todo lo malo*.

Stuart se despertó lánguidamente. Abrió los ojos y se ubicó. No estaba en su casa. ¡Joder, Lucy! Todo lo vivido las horas previas se le agolpó en la mente. No sintió miedo. Esta vez no, la quería, quería estar con ella. Sabía que debía decir que no a presentarse a gobernador, porque Jake no dudaría en echar mierda sobre su relación, y él lo soportaría e incluso podría machacarlo, pero debía proteger a Lucy. Ella se merecía poder dejar atrás lo que vivió, y eso no pasaría si él seguía en el candelero. Renunciaría a su carrera por ella, otra vez, y mil veces si hiciera falta. Estaba enamorado. Se rio, con ganas,

abiertamente, a carcajadas, hasta que cayó en la cuenta de que estaba solo en la cama.

—¿Lucy? ¡Lucy! —la llamó.

Se levantó y miró por toda la casa. No estaba. Buscó en la cocina, en la mesilla, por el salón, nada, ninguna nota. Se sacó el móvil del bolsillo de la americana para ver si le había enviado un mensaje; tampoco.

Comenzó a preocuparse. Hizo tiempo mientras se duchaba y se tomaba un café. La llamó. Sin respuesta. Ahora ya estaba oficialmente preocupado. Se visitó y llamó a Jeremy. Su amigo no la había visto y no la esperaba hasta el día siguiente. Llamó a Candy; no, no había ido a ver a Survivor. Cuando llamó al taller del Gigante rubio, este lo amenazó con arrancarle la cabeza si era el culpable de la desaparición.

Fue al gimnasio, allí vio al chico pelirrojo, y aunque se tuvo que armar de valor, le preguntó si la había visto. No, no había estado allí desde hacía un par de días.

Tal vez sí había escuchado su declaración, quizá ahora lo odiaba por lo que habían hecho. Él pensó que los dos lo habían pasado bien, pero qué coño podía saber él, no era más que un hombre, él no podía ni imaginarse lo que la chica había sufrido. Si solo pudiera hablar con ella de nuevo... Sintió el familiar dolor en el pecho, el puño apretarse en torno a su garganta. Quería llorar, ¡joder! ¡Olga! El nombre le vino a la cabeza, claro, después de lo que pasó era muy posible que hubiera ido a hablar con ella y por eso tampoco atendía el teléfono.

Media hora. Fue el tiempo que tardó en llegar a la consulta y salir derrotado.

Finalmente se marchó a su apartamento. En algún momento aparecería y él tan solo le diría lo mucho que la amaba, cómo la cuidaría y mimaría, él podía vivir sin sexo, claro que podía. Lo haría. Sería una tortura, pero lo haría.

Las lágrimas se le agolparon en los ojos, aunque se resistía a dejarlas caer. Caminaba despacio, no tenía prisa por llegar a su casa vacía de ella. Llevaba la chaqueta colgando en una mano y la otra en el bolsillo y miraba hacia el suelo. Un olor conocido le inundó el cerebro y levantó la vista de golpe.

Allí estaba, en los escalones de entrada a su casa. Sentada, tranquila, preciosa, sonriendo. Y a él se le doblaron las rodillas. Se apoyó en el coche más cercano y se dejó caer hasta quedar en cuclillas.

—¡Vaya! No era lo que esperaba después de tu declaración de ayer —se burló la chica.

—¿Me escuchaste? —le preguntó aún sin moverse del sitio.

—Algo así. ¿Te ríes o lloras? —quiso saber ella al ver cómo le temblaban los hombros.

—¡No lo sé! —gritó el hombre con lágrimas por las mejillas.

—¿No?

—No. Depende.

—¿De qué depende?

—¿Has venido a dejarme o quedarte a mi lado? —le preguntó mirándola directamente a los ojos.

—A quedarme. Si me quieres. ¿Me quieres?

—Me ha costado darme cuenta, pero... te amo. No desde que te vi, sino desde que comencé a conocerte. Cuando empezaste a pelear y a ser tú misma. Me enamoré de ti como un loco, y no quería, en serio, no quería, pero es un hecho. Te quiero. Y quiero que me quieras.

—Te quiero —confesó ella—, pero eso ya lo sabías, porque yo lo dije primero. Yo comencé a amarte cuando toqué fondo en la consulta de la doctora y tú me diste la mano y me ayudaste a salir.

—¿No será que te sientes agradecida? —inquirió él, con inquietud.

—Me siento agradecida, pero además te amo. —Él siguió sin moverse, las lágrimas inundando su rostro—. ¿Por qué lloras?

—Yo qué sé. No lo sé. Yo no lloro nunca —le contestó limpiándose la cara con el dorso de las manos—. Eso lo haces tú.

—Cuidado con lo que dices. Recuerda que ahora sé pegar.

Él se rio.

—Sí, bueno. Mis chicas y yo nos acordamos —le contestó señalándose la entrepierna.

—¿Vas a venir a besarme o piensas quedarte todo el día ahí sentado llorando?

—Voy, en cuanto me sostengan las piernas —le sonrió guiñándole un ojo. La voz de un desconocido les interrumpió.

—Tío, lo siento, pero tengo que subir al coche.

—Sí, claro —contestó Stuart poniéndose de pie.

Se acercó a ella despacio. Lucy se puso de pie.

—Hola —dijo ella con dulzura.

—Hola —respondió él.

—Tenía un discurso ensayado, ¿sabes? —le confesó Lucy.

—Nada de discursos, no puedes volver a hacerme llorar —le contestó mientras ponía las manos en su cintura y la acercaba a sus labios—. Si hubiera algún reportero cerca, adiós a mi reputación.

—Solo quiero que sepas que mi yo, cuando estoy contigo, es valiente y fuerte y es el yo que quiero ser.

—Pues parece que mi yo, cuando estoy contigo, es llorón y propenso a los infartos, pero oye, mi yo contigo es mi verdadero yo.

Stuart la abrazó y la inclinó para besarla profundamente.

FIN

Agradecimientos

Esta es la parte del libro que más me cuesta. Hay tanta gente en mi vida a la que agradecerle el que esté a mi lado, que siempre tengo miedo de dejar a alguien fuera.

Gracias a mi marido que, en esta aventura siempre tiene un lugar especial, porque soporta mis ausencias aun estando presente y mis muchos desvaríos. Por supuesto, a mis hermanas que me leen y sufren o disfrutan conmigo y mis personajes. A mi madre, que siempre está dispuesta a darme un café cargado de amor y los mimos necesarios para seguir. A mi hermano, que de vez en cuando me pregunta cómo llevo el libro, aunque estoy segura de que no sabe cuál de todos es.

A mi editora, Lola Gude, como ya he dicho en otras ocasiones, la mujer con más paciencia del mundo. A mi correctora Laura Socías, un amor que descarga su boli rojo sin compasión y con mucho acierto. A mis compañeras de Selecta porque su grandeza me llena cada día. A mi grupo de eróticas, chicas, sois la caña. A mis sufridoras lectoras, Carmen, Ely y Mariola, no sé cómo podría seguir sin vosotras. Muy especialmente a Ana por su asesoramiento, cualquier error legal es debido a mi exceso de imaginación, nunca a su conocimiento del sistema legal estadounidense. A Charon Asetoyer y Lucy Bonner, porque sin ellas no existiría Lucy. A mis chicas de A solas, he llegado hasta aquí gracias a vosotras, os echo de menos físicamente. A mis compañeros de Los rejun@s, nuestros desayunos son los mejores.

En estos tiempos tan difíciles que estamos pasando quiero agradecer muy especialmente no solo su apoyo, sino también su labor a todos mis compañeros sanitarios. A los que veo continuamente y a los que ya solo veo por redes. Os quiero, sigamos adelante.

A todos los que me leéis, o tenéis intención de hacerlo, las gracias se quedan cortas. Este nuevo bebé ya ha dejado de ser mío para convertirse en vuestro, solo deseo que ocupe una pequeña parte de vuestros corazones.

Os quiero, seguid leyendo.

Bibliografía

- Asetoyer, Charon, «¿Qué le digo a mi hija cuando la violen?»
- Eldiario.es
- Google Maps
- The Guardian
- The Suits y Bull (series Netflix)
- www.justice.gov
- www.texasbar.com (Colegio de abogados de Texas, aunque no lo parezca)
- www.adiccionesalicante.es
- <https://www.houstonmethodist.org/>
- www.mesondumonde
- www.ventaunica.com



BELA MARBEL nació en Benalúa de Guadix, Granada, en la década de los setenta. En la actualidad, reside en Alicante con su marido y dos gatos persas, con los que comparte su vida desde hace casi veinte años.

Es *coach*, dietista y auxiliar de enfermería en una clínica de reproducción y supervisora en un centro asistencial. En su tiempo libre, colabora con la ONG Intermon Oxfam.

Tras descubrir la novela romántica, las historias de Marbel empiezan a encuadrarse en este género. Durante años gestionó un blog, «El amor y otras psicopatías», donde hablaba sobre literatura y compartía sus textos.

Marbel ha publicado la serie «Segundas oportunidades», compuesta por títulos como *Mi tierra eres tú*, *Te tengo en mi piel*, *Espiraletas en el ombligo* o *Quererte así*. Además, ha participado en varias antologías.